

Encuentro en Zarathustra

H. Beam Piper

EDITORIAL BRUGUERA

Encuentro en Zarathustra

H. Beam Piper

Título original: *Little fuzzy*. (Ace; 1976)

Traducción: J. L. Yarza

© 1962; H. Beam Piper

@ 1976; EDITORIAL BRUGUERA. Colección Libro Amigo nº 472.

ISBN 84-02-04951-6

Depósito legal: B. 43.097 – 1976

Edición digital de Umbriel. Junio de 2002.

Presentación

Uno de los temas básicos de la ciencia ficción es, por supuesto, el de la exploración y colonización de otros planetas por parte de los terrestres. Y dentro de este tema, lógicamente, juega el papel primordial la cuestión del posible encuentro con otras razas inteligentes.

Razas que pueden estar mucho más avanzadas que la nuestra o, por el contrario, en el estado semisalvaje de las llamadas «sociedades primitivas». Esta última posibilidad, abordada por el género con bastante frecuencia, se presta a una obvia extrapolación del problema del colonialismo. ¿Cuál sería la actitud de unos exploradores terrestres, dotados de una tecnología tan avanzada como para permitir los viajes espaciales, ante estas hipotéticas sociedades primitivas alienígenas? Lo cierto es que los precedentes históricos —baste recordar la brutal aniquilación de las civilizaciones americanas por los invasores europeos— no son muy halagüeños, y no hay más remedio que temer que si el hombre ha sido y sigue siendo capaz de tratar como animales a sus propios semejantes, no dispensaría mejor trato a seres extraños,, por muy racionales que fuesen.

Porque, además, la cuestión de la racionalidad, cuando de seres extraterrestres se trata, plantea toda una serie de interesantes (o angustiosos, según el caso) problemas previos. ¿Qué es un ser racional?

¿Dónde acaban el instinto y el aprendizaje por simple imitación y dónde comienza el raciocinio? ¿Puede haber formas de inteligencia radicalmente distintas de la nuestra, tan ajenas que resultara imposible cualquier modo de comunicación?

La ciencia ficción ha planteado a menudo y a muy distintos niveles el problema de la dificultad o imposibilidad de comunicación entre seres distintos, dando lugar, sin duda, a una de las temáticas más sugestivas del género.

En este campo, Little Fuzzy es un pequeño clásico. Novela de gran difusión en su día, traducida a varios idiomas y recientemente reeditada en Estados Unidos, no había sido, sin embargo, publicada nunca en castellano. Se trata de una obra sencilla, incluso un tanto ingenua, si se quiere, sin pretensiones estilísticas ni intelectuales, y que sin embargo no deja de lado ninguno de los aspectos del hipotético encuentro de los terrestres con unos salvajes alienígenas: el problema de la detección y definición de la racionalidad, el colonialismo, los intereses económicos que condicionan la investigación científica y deforman la verdad... Todo ello como base de una narración lineal pero absorbente, lo que hace que la novela se lea de un tirón, sin que por ello se olvide luego fácilmente. Pues si el argumento es sencillo y lineal, sus implicaciones inmediatas se trenzan en un entramado de enorme y sugestiva complejidad,

GARLO FRABEITÍ

A Kenneth S. White, sin cuya ayuda no se hubiera publicado Encuentro en Zarathustra.

1

Un sol anaranjado hería los ojos de Jack Holloway, que levantó una mano para echarse hacia adelante el ala de su sombrero. Acto seguido volvió a bajarla a fin de accionar los mandos de los generadores del campo antigravedad, con lo que se elevó con su vehículo manipulador unos treinta metros más. Durante un instante contempló una banderola roja colocada en un matorral situado en la pared rocosa de una garganta a unos quinientos metros de allí. Dio una chupada a la corta pipa que hacía amarillear los extremos de su blanco bigote y sonrió pensando en voz alta, como suelen hacer tantos hombres que durante mucho tiempo han sido su propia y única compañía:

—Este será bueno. Veremos qué tal salta.

Siempre lo hacía así. Podía recordar al menos un millar de barrenos colocados por él mismo, durante años, y en más planetas de los que era capaz de nombrar en un momento. Algunas de aquellas explosiones habían sido termonucleares, pero todas eran distintas y siempre tenían algo diferente, algo especial, incluso en el caso de un pequeño barreno como éste. Pulsó con el pulgar el botón para hacer detonar el barreno mediante un impulso radioeléctrico. La banderola roja desapareció en medio de una nube de polvo y humo que se elevó desde la garganta rocosa y adquirió la tonalidad del cobre por efecto de la luz del sol. El vehículo manipulador, que estaba inmóvil gracias al campo antigravitatorio producido por sus generadores, se vio zarandeado por la onda explosiva. Los fragmentos proyectados por la explosión cayeron como una granizada en los árboles y rodaron hasta un curso de agua en el fondo de la garganta.

Jack aguardó hasta que su aparato se estabilizó y a continuación lo desplazó hasta el punto en que merced a la carga de cataclismita había abierto una brecha en la roca. El barreno había surtido su efecto haciendo saltar una gran masa de piedra arenisca y rompiendo la veta silíceas sin estropearla. Se habían desprendido muchas y voluminosas lastras de piedra. Extendió los brazos mecánicos de su vehículo manipulador y comenzó a empujar y arrastrar los fragmentos. Luego, utilizando los brazos aprehensores de la parte inferior, levantó un bloque de roca y lo dejó caer en una explanada situada entre el río y la pared rocosa. Tomó otro bloque y lo dejó caer sobre el primero, provocando la rotura de ambos, después dejó caer sobre ellos otro bloque y otro más hasta que reunió el suficiente material para cubrir el trabajo de la jornada. Hizo descender el manipulador, sacó el cajón de las herramientas y la palanca antigravedad, que llevó hasta el lugar donde estaban los bloques que había dejado caer. Abrió la caja de las herramientas y, poniéndose los guantes, se colocó una pantalla protectora para los ojos. A continuación sacó también un martillo vibratorio y una especie de espectroscopio de microrradiaciones.

El primero de los bloques de roca que rompió no contenía nada de interés; el espectroscopio dejó ver con trazo continuo en su pantalla, lo cual indicaba que la estructura del cuerpo analizado era homogénea. Con el dispositivo elevador, arrojó el bloque a la corriente de agua. Ya con el decimoquinto bloque se señaló en la pantalla espectroscópica fue discontinua, lo cual le hacía suponer que en el interior del bloque se encontraba una "piedra solar" o "algo", probablemente "algo".

En el planeta llamado Zarathustra, cuya edad era de unos cincuenta millones de años, se había dado cierta forma de vida marina durante lo que se podía considerar su juventud geológica (unos veinticinco millones de años atrás). Esta forma de vida marina era algo parecido a una medusa. Cuando estos seres murieron se hundieron en el lécamo de los fondos oceánicos. La arena fue cubriendo estas capas de lécamo, comprimiéndolas cada vez más hasta convertirse

con el tiempo en una especie de pedernal cristalino. Las bolsitas que contenían aquella especie de medusas fósiles tenían el aspecto de habichuelas pétreas, pero algunas de ellas, por algún desconocido fenómeno caprichoso de la bioquímica, en otras eras, poseían una curiosa termofluorescencia. Se utilizaban como piedras preciosas, pero con la particularidad de que tales gemas brillaban intensamente debido al calor del cuerpo del usuario.

En otros planetas como la Tierra, Baldur, Freya o Ishtar un pequeño fragmento de esta "piedra solar", cortado y pulido, valía una fortuna. Incluso en Zarathustra, los compradores de gemas de la Zarathustra Company pagaban altos precios por las piedras solares. Sin demasiadas ilusiones para no sentirse defraudado, Jack sacó de la caja de herramientas el pequeño martillo vibratorio y comenzó a golpear cuidadosamente el extraño objeto hasta que la masa silícea se rajó y al abrirse mostró una especie de cuerpo ovalado, de color amarillo y superficie lisa, de unos trece milímetros de longitud.

—Esta debe de valer unos mil créditos —comentó en voz alta mientras con hábiles golpecitos lograba desprender aquella especie de habichuela amarilla de su envoltura de pedernal. Sacó la gema y mientras se decía que posiblemente no era una piedra solar de calidad la frotó en la palma de la mano y la arrimó a la cazoleta de su pipa; pero a pesar de aquel tratamiento, la piedra solar no brilló con el calor. La dejó caer y exclamó—: ¡Otra medusa que no supo vivir como es debido...!

Algo que se movía entre las hierbas y producía un roce seco que escuchó por detrás le hizo quitarse el guante de su mano derecha y llevarla a la altura de la cadera. Entonces vio al autor de aquel ruido: un crustáceo de algo más de treinta centímetros, de doce patas, largas antenas y dos pares de pinzas en forma de tenaza. Le arrojó uno de aquellos cascotes de pedernal mientras soltaba una palabrota. Se trataba de otro de aquellos malditos bichos a los que llamaban camarones terrestres.

Jack detestaba aquellos crustáceos, eran horribles, lo cual desde luego no era culpa suya; pero además eran dañinos. En los campamentos se metían por cualquier sitio y trataban de comer lo primero que encontraban. Se metían incluso entre las máquinas,, posiblemente porque encontraban sabrosa la grasa de los mecanismos, pero lo cierto es que a menudo eran causa de averías y provocaban el agarrotamiento de alguna pieza o destruían el aislamiento eléctrico. Incluso se metían en la cama y mordían produciendo dolorosos pinchazos. Ciertamente estos crustáceos no le gustaban a nadie, ni siquiera a sus propios congéneres.

Aquel camarón terrestre esquivó la pedrada, corrió un corto trecho y se volvió, meneando las antenas como en son de burla. Jack volvió a llevarse la mano hacia la cadera, pero se contuvo un momento. Los cartuchos de pistola eran carísimos y no era cosa de gastarlos tontamente. Reflexionó un instante y llegó a la conclusión de que ningún proyectil que da en el blanco puede considerarse desperdiciado realmente y a fin de cuentas él no había hecho prácticas de tiro últimamente. Arrojó otro pedazo de pedernal pero apuntando corto y hacia la izquierda de aquel detestable bicho y tan pronto como la piedra se alejó de sus dedos su mano empuñó la culata de su pistola automática, que antes de que la piedra cayera al suelo ya se hallaba desenfundada y con el seguro quitado. Tan pronto como aquella especie de crustáceo inició la escapada, Jack disparó desde la cadera y destrozó al animal. Complacido murmuró:

—El viejo Holloway sigue dando allí donde apunta.

No hacía mucho tiempo, estaba seguro de sus habilidades. Pero ahora se estaba haciendo lo suficientemente viejo como para tener que comprobarlas. Bajó el seguro de su pistola y la volvió a enfundar de nuevo. A continuación recogió el guante de trabajo y se lo puso nuevamente.

Jamás se habían visto tantos camarones terrestres como durante aquel verano. El año pasado ya había sido malo en este aspecto, pero no tanto como éste. Incluso los colonizadores más antiguos de Zarathustra lo afirmaban. Debía de haber alguna explicación, sin duda; algo que le haría sorprenderse por no haberlo descubierto antes. Posiblemente la anormal sequía tuviera algo que ver con esta proliferación de crustáceos terrestres, bien por incremento de alguno de sus alimentos preferidos, bien por disminución de sus enemigos habituales.

Jack había oído decir que los camarones terrestres no tenían enemigos naturales, pero dudaba de la veracidad de esta afirmación, ya que había algo que los mataba. Había visto muchos caparazones destrozados, algunos incluso en las proximidades de su campamento. Posiblemente hubieran muerto por aplastamiento, pisoteados por alguna pezuña, y luego los insectos habían dejado limpio el roto caparazón. Tendría que preguntárselo a Ben Rainsford; Ben debería saberlo.

Media hora más tarde, el espectroscopio mostró en su pantalla un trazo discontinuo. Jack lo dejó y comenzó a manejar el pequeño martillo vibratorio. Esta vez que trataba de una gema mayor, de tinte ligeramente rosado; la separó de su alojamiento silíceo y al frotarla comenzó a relucir.

—¡Ajajá! —exclamó gozoso—, ¡Esta vez sí que es!

Frotó nuevamente la gema *j* la acercó a la cazoleta de su pipa. Ahora pudo ver cómo centelleaba. Debía de valer más de mil créditos, y su color era muy hermoso. Se quitó los guantes y desabrochando su camisa sacó una bolsa de cuero. Aflojó los cordones que cerraban el saquito y que servían también para llevarlo colgado del cuello; introdujo la piedra en su interior y al tiempo contempló unos instantes una docena y media de aquellas gemas que brillaban como ascuas. Lleno de satisfacción, dio unas fuertes chupadas a su pipa»

Víctor Grego contemplaba una de aquellas piedras solares mientras la frotaba sobre la palma de su mano derecha. Entretanto escuchaba una grabación de su propia voz. Había en ella cierto tono enfático y presuntuoso —que no era el que se suele emplear en los mensajes grabados, suaves y desprovistos de énfasis—. Bien, si en Johannesburgo, en la Tierra, alguien se sorprendía por el tono de aquella grabación, efectuada a seis meses de distancia cronológica, que contemplase la bodega de la nave espacial con su cargamento venido de una distancia de quinientos años luz. Lingotes de oro, platino y gadolinio. Pieles, productos bioquímicos, y brandy. Perfumes imposibles de obtener por síntesis; maderas preciosas que ninguna sustancia plástica podía imitar. Especies y el cofre de acero con las piedras solares. Prácticamente todo el cargamento estaba constituido por artículos de lujo, que eran los únicos géneros seguros en el comercio interestelar.

También hablaba de otras cosas, del incremento del siete por ciento en la carne de ñu durante el mes pasado y del veinte por ciento desde el año pasado, y que seguía en demanda en una docena de planetas incapaces de producir comestibles semejantes a los de la Tierra. Granos, cueros y tablas de madera. A la lista agregó una docena de productos que Zarathustra podía ahora producir en la cantidad adecuada y que ya no necesitaba importar. Tampoco anzuelos ni cordones para el calzado, ni siquiera explosivos para barrenos o combustibles propulsores,, repuestos para los generadores de campo antigravedad, herramientas, tejidos sintéticos y productos farmacéuticos. La Compañía ya no tenía que subvencionar a Zarathustra puesto que Zarathustra podía llevar a la Compañía y llevarse a sí mismo.

Quince años atrás, cuando la Compañía Zarathustra le envió aquí, sólo había un racimo de cabañas prefabricadas o hechas con troncos junto a un improvisado

campo de aterrizaje, casi exactamente en el mismo sitio que ahora ocupaba este rascacielos. Hoy Mallorysport era una ciudad de setenta mil habitantes; el planeta en conjunto tenía casi un millón y estaba creciendo. Disponía de fundiciones de acero, plantas químicas, reactores para la producción de energía y fábricas de maquinaria. Producía todas las sustancias fisionables que consumía y hasta había comenzado la exportación en pequeña escala de plutonio refinado y la producción de planchas de colapso.

La voz de la grabación se detuvo. Rebobinó el carrete de la cinta y lo puso a sesenta de velocidad para transmitirlo a la oficina de radio. En veinte minutos una copia de la cinta estaría a bordo de la nave que iba a salir hacia la Tierra aquella noche.

Mientras concluía la operación, su pantalla de comunicaciones comenzó a zumbar.

—El doctor Kellogg quiere comunicarse con usted, señor Grego —dijo la voz de la señorita de su antedespacho.

Él asintió, las manos de la señorita se movieron y ésta desapareció en medio de una explosión policromática en la pantalla, apareciendo en su lugar el jefe de la División de Estudios Científicos e Investigaciones. Víctor Grego dirigía la mirada ligeramente por encima de su propia pantalla y mostraba quizá excesivamente los dientes al sonreír cordialmente,

—Hola, Leonard. ¿Va todo bien?

Si todo iba bien, Leonard Kellogg merecía confianza de la que se le otorgaba, y si las cosas no marchaban como era debido no habría más remedio que echarle las culpas a alguien antes de que se las echasen a él.

—Buenas tardes, Víctor —dijo empleando el nombre de pila con un ligero toque deferente propio del trato de un "pez gordo" con otro "más gordo"—. ¿Le ha dicho algo hoy Niek Enamert del proyecto Big Blackwaier?

Niek era el delegado de la Federación; esa Zarathustra era, a todos los efectos, el mismísimo Gobierno Federal de la Tierra, También era un importante accionista de la Compañía Zarathustra.

—Pues no me ha dicho nada; ¿tenía que hacerlo?

—Posiblemente, Víctor. Hace un instante lo tenía en mi pantalla. Dice que se hacen comentarios desfavorables acerca de los efectos del proyecto sobre el Índice de pluviosidad en el área Piedmont del continente Beta. El delegado está preocupado.

—Bueno, el caso es que pudiera afectar al régimen de lluvias, ya que hemos desecado más de millón y medio de kilómetros cuadrados de pantanos y los vientos dominantes son del Oeste, por lo tanto el aire que se desplaza al este de la zona contendrá el mínimo grado de humedad. Pero ¿quién es el que habla desfavorablemente de esto qué es lo que preocupa a Nick?

—Nick teme el efecto que todo esto pueda causar en la opinión pública en la Tierra. Ya sabe usted lo fuerte que es el sentimiento de conservación y lo mucho que se opone todo el mundo a cualquier tipo de explotación destructiva.

—¡Por Dios! No irá nadie a llamar explotación destructiva a la creación de dos millones y medio de kilómetros cuadrados de tierras cultivables, ¿verdad?

—No, claro. Desde luego, Nick no lo considera así, pero está preocupado por los comentarios que puedan llegar a la Tierra sobre los trastornos que producimos en el equilibrio ecológico. El hecho es que yo mismo también estoy preocupado.

El sabía lo que preocupaba a ambos. Emmert temía que el Departamento Colonial de la Federación le echase las culpas por atraer sobre este organismo las

quejas de los partidarios de la conservación, y Kellogg temía ser acusado de no predecir los posibles efectos del proyecto antes de que su división suscribiera el convenio para llevar a cabo dicho proyecto. En su calidad de jefe de división, había dado considerables pasos en el escalafón jerárquico de la Compañía, pero ahora se encontraba como un caballo de carreras echando el resto para no verse desbancado y conservar su puesto.

—El índice de pluviosidad ha decrecido en un diez por ciento durante el año pasado —decía Kellogg—, y personas ajenas a la Compañía lo saben, lo mismo que la agencia Interworld News. Ya sabemos lo que pasa cuando estas historias llegan a la Tierra; los fanáticos de la conservación del medio ambiente aprovechan para criticar a la Compañía.

Sin duda a Leonard le dolería aquello. Se identificaba con la Compañía. Algo enorme y mucho más poderoso que él, como Dios.

Víctor Grego identificaba a la Compañía consigo mismo. Era algo grande y poderoso, como un vehículo, y él estaba a los mandos de ese vehículo.

—Leonard —dijo—, un poco de crítica no perjudicará a la Compañía en lo que nos importa: los dividendos. Me temo que usted está resultando demasiado sensible a la crítica. De todas formas, ¿sabe usted de dónde sacó Emmert esta versión? ¿De alguien de ustedes?

—No, señor, rotundamente no, Víctor. Y eso es lo que le preocupa. Fue ese Rainsford quien inició el asunto.

—¿Rainsford?

—Ni del naturalista doctor Rainsford, ni del *Instituto* Zeno para las Ciencias me fio gran cosa. Son gente que siempre mete las narices en lo que no les importa, y el Instituto jamás deja de informar al Departamento de Colonias de sus hallazgos.

—Ahora sé a quién se refiere usted; un tipo menudo de patillas pelirrojas y aspecto tan desaliñado que parece que haya dormido vestido. Esa gente, desde luego me refiero a los del Instituto Zeno, son unos entrometidos y notifican al gobierno todo lo que descubren —comenzó a impacientarse—. Pero no sé a qué viene todo esto, Leonard. Ese individuo llamado Rainsford se limitó a efectuar unas observaciones rutinarias sobre efectos meteorológicos. Le sugiero que haga que sus meteorólogos comprueben dichas observaciones y si son correctas las transmitan al servicio informativo junto con el resto de los hallazgos científicos.

—Nick Emmert supone que Rainsford es un agente federal encubierto.

Aquello le hizo reír. Naturalmente que en Zarathustra había agentes federales encubiertos, centenares de agentes. La Compañía tenía personal aquí para controlarle y él lo sabía y lo aceptaba. Otro tanto sucedía con los grandes comerciantes como Interstellar Explorations, el Cártel de Banca y las Líneas Espaciales Tierra-Baldur-Marduk. Nick Emmert tenía su cuerpo de espionaje y sus señuelos. Además la Federación Terrestre tenía aquí individuos que le vigilaban a él y a Emmert. Rainsford bien podía ser un agente federal, ya que un naturalista viajero hallaría en su profesión un excelente medio de encubrir su calidad de agente federal. Pero este asunto del proyecto Big Blackwatek era una locura. Nick Emmert tenía muchas cosas pesando sobre su conciencia; desde luego, era lamentable que algunas conciencias cuando se hallaban sobrecargadas no pudieran hacer saltar los fusibles.

—Suponga que lo es, Leonard. ¿Qué es lo que ese agente podría decir sobre nosotros? Somos una empresa concesionaria y disponemos de un excelente gabinete de asuntos legales que nos mantiene jurídicamente a salvo dentro de las reglas de la concesión de arrendamiento que tenemos concedida. Esta concesión es realmente liberal y nos favorece toda vez que se trata de un planeta de clase III, un planeta deshabitado. La Compañía puede hacer y deshacer mientras con ello no

viole las leyes coloniales o la Constitución Federal. En tanto no sea éste el caso, Nick Emmert no tiene por qué preocuparse. Y ahora olvide este dichoso asunto, Leonard —constató tajantemente, y Kellogg parecía molesto—. Sé que llegaron a la Tierra ciertos informes desfavorables sobre usted y que ello fue lamentable, pero...

En aquel momento Kellogg pareció alegrarse de nuevo. Víctor apagó la pantalla, se recostó en el respaldo de su asiento y rió. Al instante la pantalla recibió otra señal y, cuando la conectó, la señorita de la antesala dijo:

—Le llama el señor Henry Stenson.

—Bien, pásame la imagen —dijo, sorprendiéndose a sí mismo murmurando que ya era hora de poder cambiar de conversación y tratar con alguien que tuviera talento.

El rostro que apareció en la pantalla era de una persona entrada en años y de aspecto delgado. La boca era de rasgos duros y en los extremos de los ojos aparecían unas bien marcadas arrugas.

—Bien, Stenson. Ha hecho bien en llamarme. ¿Qué tal está?

—Muy bien, gracias, ¿y usted? —Cuando se le respondió que, efectivamente, gozaba su interlocutor de buena salud, prosiguió—: Y el globo. ¿Qué tal marcha? ¿Sigue perfectamente sincronizado?

Víctor cruzó la oficina con la mirada, contemplando la más preciada de sus posesiones: un gran globo que representaba al planeta Zarathustra, construido expresamente por Henry Stenson. El globo se mantenía a un par de metros del suelo gracias a su propia unidad antigravitatoria. Un foco de color naranja lo iluminaba como el sol KO y también tenía a su alrededor los dos satélites que daban vueltas, mientras el planeta giraba lentamente. —El globo mantiene una exacta sincronización y el satélite Darío también. El satélite Jerjes mantiene una posición adelantada unos pocos segundos en longitud respecto a la posición verdadera.

—Eso es terrible, señor Grego —exclamó profundamente conmovido Stenson—. Lo primero que haré mañana será ajustar las órbitas, pero sin duda debí haberle llamado antes para comprobar si todo marchaba correctamente... En fin, ya se hará usted cargo, ¿verdad? Abundancia de trabajo y escasez de tiempo...

—Lo mismo me sucede a mí, señor Stenson. Charlaron un rato y finalmente Stenson se disculpó por el valioso tiempo que su charla debía de hacer perder a su interlocutor. Al desaparecer la imagen de la pantalla, Grego se mantuvo sólo todo unos instantes contemplándola y deseando tener en su organización un centenar de colaboradores como Stenson, con *m* temperamento y su talento. Pero el disponer de un centenar de instrumentistas de precisión de la talla de Stenson era algo impensable, estaba fuera de lugar incluso como limpie deseo. Sólo había un Henry Stenson, lo mismo que sólo hubo un Antonio Stradivarius. ¿Cómo era posible que un hombre como aquél estuviera trabajando en un pequeño taller en un planeta fronterizo como Zarathustra?

Volvió de nuevo a mirar con orgullo el globo. El continente Alfa se había desplazado lentamente hacia la derecha, donde brillaba la pequeña mancha que representaba Mallorysport iluminada por el *sol* de color naranja. Darío, la luna de órbita más cercana, en donde estaba la estación terminal de la empresa de Líneas Espaciales Tierra-Baldur-Marduk, quedaba casi encima mismo, y la segunda luna, de órbita exterior, el satélite Jerjes, comenzaba a aparecer en el plano visual. Jerjes era prácticamente lo *único* que tenía Zarathustra y que no pertenecía a la Compañía. La Federación Terrestre conservaba dicho satélite como base astronáutica; era lo único que hacía recordar que allí había algo mas grande a Compañía.

Gerd van Biebeek vio cómo Ruth Ortheris dejaba la escalera automática y miraba hacia la sala de aperitivos. En la barra del mostrador dejó su vaso con un par de dedos de whisky y, mirando hacia Ruth, la saludó con un gesto al que ella correspondió al verle; se levantó y se acercó a ella. Ruth le dio un leve beso en la mejilla y se escabulló cuando él intentó tomarla del brazo.

—¿Tomamos un trago antes de comer? —pregustó Gerd.

—¡Claro que sí! —respondió ella—. ¡Llevo un día...!

El la acompañó hasta una de las máquinas del bar. Introdujo su llave de crédito y colocó un jarro de cuatro raciones bajo la espita de la máquina,, marcando en el selector el tipo de aperitivo que solían tomar ambos cuando coincidían allí. En aquel momento se percató de la indumentaria que llevaba Ruth: una chaquetilla negra, un pañuelo de cuello de color espliego y una falda gris claro. No era su atuendo habitual de vacaciones.

—El departamento de educación te ha hecho volver, ¿verdad? —le preguntó él, mientras el jarro se llenaba.

—No, el tribunal de menores—respondió Ruth, mientras sacaba un par de vasos de la estantería situada bajo la máquina y retiraba la jarra—. Un caso de delincuencia juvenil: un ratero de quince años.

Encontraron una mesa libre al final de la sala, alejada del bullicio habitual a la hora del aperitivo. Tan pronto como él llenó el vaso de la joven, ella bebió de un sorbo la mitad del contenido y encendió un cigarrillo.

—¿Suburbios? —preguntó él.

—Hace sólo veinticinco años que se descubrió este planeta —comentó ella, respondiendo a la pregunta afirmativamente con la cabeza— y ya tenemos suburbios. Estuve allí gran parte de la tarde acompañada por un par de policías. Y tú, ¿qué hiciste hoy? —dijo, cambiando de tema como si no quisiera seguir hablando de los problemas de los suburbios.

—Ruth, tendrías que decirle al doctor Mallín que alguna vez fuese a dar un vistazo a Leonard Kellogg.

—¿No habrás vuelto a tener problemas con él otra vez? —preguntó Ruth con ansiedad.

El hizo una mueca y dio un sorbo a su vaso, comentando :

—Con ese tipo siempre hay problemas, Ruth, y aun a riesgo de emplear un calificativo de los que tu profesión deplora, te diré que se trata de un chinado. ¡Eso es lo que es Len Kellogg! —dijo, tomando un sorbo más de su vaso y encendiendo un cigarrillo a continuación, mientras continuaba—; Mira, hace un par de días me dijo que estaba recibiendo consultas sobre la plaga de camarones terrestres que padecía el continente Beta. Me pidió que redactara un proyecto de investigación a fin de averiguar la causa de la plaga y lo que se podía hacer.

—¿Y qué?

—Pues que lo redacté. Hice dos llamadas a través de la pantalla, escribí un informe y se lo hice llegar. En eso me equivoqué por lo visto, pues debí dejar pasar un par de semanas y echarle mucho teatro a la cosa para presentar un trabajo por todo lo alto.

—¿Qué le decías en tu informe?

—Pues nada más que los hechos. Que el factor capaz de limitar la multiplicación de los camarones terrestres es el clima. Los huevos son puestos bajo tierra y en la primavera salen las crías inmaduras. Si ha llovido mucho, la mayor parte se ahogan en sus propios agujeros o son arrastradas tan pronto como salen.

Según los anillos de los troncos de árbol, la pasada primavera fue la más seca durante siglos en la zona de Piedmont del continente Beta; por eso hubo gran supervivencia de crías entre los crustáceos terrestres, y puesto que se trata de hembras que se reproducen por partenogénesis, todos ponen huevos. Al ser esta primavera todavía más seca que las anteriores, han aparecido camarones terrestres por todo el centro de Beta. Ignoro lo que se puede hacer para remediar esa plaga.

—Bueno, ¿creyó él que tú no hacías sino formular una hipótesis?

—No tengo ni idea de lo que piensa —respondió exasperado—. Tú eres la psicóloga y, por tanto, te toca a ti ese problema. Ayer por la mañana le envié mi informe. De momento pareció satisfecho, pero hoy precisamente, después de mediodía, me mandó llamar y me dijo que no le servía de nada y trató de convencerme de que la pluviosidad en el continente Beta había sido la normal. Una estupidez, porque le hice ver que mis informes estaban tomados de los datos de sus meteorólogos y climatólogos. Se lamentó de que los servicios de noticias le iban detrás para conseguir una explicación al fenómeno y yo a mi vez insistí en que le había dado la única explicación plausible. Pero el muy terco no dice más que mi informe no puede utilizarlo y que tiene que haber otra explicación.

—Cuando a uno no le gustan los hechos reales, los ignora, y si necesita hechos imagina unos que le gusten —dijo Ruth—. Ese es el típico rechazo de la realidad. No es una reacción psicótica ni siquiera neurótica... Pero esa reacción no es la normal de una mente sana, ¿sabes? —dijo ella sorbiendo lentamente otro vaso—. Es interesante. ¿Acaso tiene otra teoría que anule la tuya?

—No, al menos que yo sepa. Mi impresión es que, simplemente, no desea que salga a relucir la cuestión de la pluviosidad en Beta, es decir, que no quiere tocar el tema en absoluto.

—Es extraño. ¿Ha ocurrido algo en esa zona últimamente?

—Nada de particular que yo sepa —respondió él—. Desde luego, el proyecto de desecación de pantanos que afectaba a Beta es el causante de la sequía del año pasado, pero no veo...

Su vaso estaba vacío, y cuando inclinó sobre él el jarro solamente cayeron unas gotas. Miró su reloj y le preguntó a Ruth:

—¿Tomamos otro cóctel antes de comer.

2

Jack Holloway posó su manipulador frente al grupo de cabañas prefabricadas. Durante un instante se quedó sentado, dándose cuenta de lo fatigado que estaba; a continuación descendió de la cabina de control y atravesó la porción de terreno cubierto de hierba que lo separaba de la puerta de la vivienda principal. Abrió la puerta y entró dispuesto a encender las luces, pero dudó un instante y miró hacia el satélite Darío.

Un halo rodeaba a Darío y recordó que durante el día había visto jirones de cirros, y aquellas nubes indicaban que acaso por la noche llovería. La sequía no iba a ser eterna. Últimamente había dejado el manipulador al raso, pero decidió que por si acaso más valdría meterlo en el cobertizo. Volvió a salir, abrió la puerta del hangar y metió en su interior el vehículo manipulador que flotaba ingravido, Al regresar a la vivienda se dio «cuenta de que había dejado abierta la puerta.

—¡Qué Idiota soy! —se reprochó—. Es probable que ya tenga el interior de la casa lleno de camarones terrestres.

Dio un rápido vistazo por el salón mirando baje *9/* mueble que le hacía a un tiempo de biblioteca *j* escritorio, bajo el armero, bajo las sillas, detrás de la pantalla de comunicaciones y hasta por detrás del armario metálico que hacía de biblioteca de microfilmes. No encontró nada sospechoso, de manera que colgó su sombrero, se quitó del cinto la pistola y la depositó sobre la mesa, hecho lo cual se dirigió al cuarto de baño para lavarse las manos.

Al encender la luz oyó que algo o alguien que debía estar en la ducha gritaba con voz sorprendida: "¡Yeeeeek!"

Volvióse inmediatamente y pudo ver cómo dos ojos grandes y redondos que sobresalían de una especie de bola de pelo dorado le miraban asombrados. Quienquiera que fuese aquel ser, tenía la cabeza redonda y grandes orejas, con una nariz chata y un rostro ligeramente humanoide. Estaba sentado de cuclillas y en esa posición su estatura no sería sino de unos 35 centímetros. Sus dos manos eran pequeñas y de pulgares en oposición. Jack se agachó para poder contemplar mejor al intruso.

—Hola, amiguito —le saludó — . Jamás he visto nada parecido a ti. ¿Qué eres?

Aquel pequeño ser le miró seriamente y con voz tímida exclamó:

—Bueno, lo que tú eres es un pequeño peludo, eso eres. —Acercóse más, pero lo hizo con cuidado para no hacer ningún movimiento alarmante y continuó hablando—: Apuesto a que has entrado mientras me dejé abierta la puerta. Claro, ¿por qué si un peludo como tú encuentra una puerta abierta no ha de entrar a echar un vistazo?

Acercóse y le tocó suavemente, mientras aquel ser retrocedía un poco, luego extendió su manita y palpó el tejido de la manga de la camisa de Jack, quien a su vez le estrechó la mano y le dijo que tenía el pelo más suave y sedoso que jamás había visto. Tomó al peludo y lo sentó sobre sus piernas en tanto aquel ser emitía un suave grito de contento y extendía un brazo echándose al alrededor del cuello.

—¿Verdad que vamos a ser muy buenos amigos? ¿Quieres comer algo? Supongo que sí. Vamos a ver qué encontramos.

Colocó su mano bajo aquel ser para levantarlo en brazos como a un niño pequeño. Bueno, por lo que Jack recordaba, así era más o menos como se tomaba en brazos a una criatura, aunque debía reconocer que nunca le habían

entusiasmado gran cosa los bebés. Incorporóse y al hacerlo se dio cuenta de que aquel ser debía de pesar unos ocho kilos. El peludo, al verse elevado, se asustó; luego se calmó y hasta pareció divertido con el paseo en brazos. Ya en la sala, Jack se sentó en su butaca favorita y a la luz de la lámpara de pie examinó a su nuevo amigo.

Sin duda se trataba de un mamífero —en Zarathustra había muchos seres pertenecientes a esta clase zoológica—, pero aparte de este hecho poca cosa más podía decir, ya que no era un primate como los de la Tierra y no tenía ninguna afinidad con nada de lo que hasta entonces conociera de la Tierra o de Zarathustra. Se trataba de un bípedo y no podía sino constituir una clase en sí mismo dentro de aquel planeta. Era un "peludo" y eso era todo.

Este tipo de nomenclatura zoológica era el mejor que podía aplicarse en un planeta de clase III, pues si se tratase de un planeta de clase IV como Loki, Sesha o Thor, el denominar a los animales era un juego, porque bastaba con señalar al que fuese y preguntarle a un aborigen, el cual soltaba un puñado de sílabas que podían significar solamente "¿qué quieres saber?", y entonces decía el nombre del animal o de lo que fuese y bastaba con tomar nota y transcribir fonéticamente el nombre, con lo que aquello por lo que preguntábamos quedaba automáticamente bautizado. Pero en Zarathustra no era así, puesto que no había habitantes aborígenes, de manera que en este caso se trataba de un "peludo" y basta.

—¿Qué te gustaría comer? —preguntó—. A ver, abre esa boca y deja que papá Jack vea qué tal dotado estás para masticar.

La dentadura de aquel ser, aparte del hecho de que su mandíbula era más redonda, no difería gran cosa de la de Holloway.

—Probablemente eres omnívoro. ¿Te gustaría probar una ración de emergencia extraterrestre, de las del tipo III?

Aquel pequeño ser peludo expresó con un sonido algo parecido al asentimiento y a la curiosidad por probarlo. Las raciones del tipo III no habían mostrado ningún efecto perjudicial en la alimentación de muchos mamíferos de Zarathustra, de modo que Holloway llevó al visitante hasta la cocina, lo dejó en el suelo y a continuación abrió una lata. De su interior sacó un pedazo que entregó al peludo. Este agarró aquel pedazo de pasta de color castaño dorado y, tras olerlo, emitió un grito de satisfacción y se lo metió en la boca de una vez. Sorprendido por la fruición con que comía aquello, Jack comentó :

—Se nota que no has tenido que vivir durante un mes comiendo esto exclusivamente.

Acabó de sacar el pastel de la lata y lo partió *en dos*. Una de las mitades la desmenuzó en porciones adaptadas al tamaño de la boca de su invitado y las puso en un platillo. Pensó que seguramente querría también beber y comenzó a llenar con agua una bandeja, como haría para un perro, pero al ver que el peludo se sentaba sobre sus cuartos traseros y comía apaciblemente con ambas manos, cambió de idea. Limpió la caperuza plástica que cubría el tapón de una botella vacía de whisky y la dejó junto a un barreño lleno de agua. El peludo tenía sed, pero no había que enseñarle para qué era aquel vaso Improvisado, ya que lo utilizó con toda naturalidad.

Ya era tarde para preparar una cena algo complicada, de manera que sacó del refrigerador algunas cosas que habían quedado de otras ocasiones y con ellas hizo una especie de estofado. Mientras se calentaba la cena se sentó ante la mesa de la cocina y encendió su pipa. El destello del encendedor hizo abrir los ojos al pequeño y peludo invitado, pero lo que realmente le impresionó fue ver a papá Jack echar humo por la boca. Durante unos minutos contempló extasiado aquel fenómeno extraño hasta que la cena estuvo lista y Jack dejó su pipa, entonces el peludo volvió a mordisquear su ración de emergencia del tipo III.

De pronto dio un grito de triunfo y entró en la sala de estar. Un instante después regresó y dejó en el suelo, a su lado, un instrumento metálico y alargado.

—¿Qué traes ahí? Déjase lo ver a papá Jack —dijo, mientras al mirar más de cerca aquella cosa reconocía que se trataba de su propio formón de una pulgada. Ahora recordaba que hacía cosa de una semana, después de efectuar unos trabajos de exterior, se lo había olvidado y cuando volvió a buscarlo no consiguió encontrarlo. Ciertamente aquello le había preocupado, ya que quienes se muestran negligentes u olvidadizos con el material no suelen sobrevivir en un ambiente hostil. Después de cenar, Holloway llevó los platos a la fregadera y se agachó junto a su amigo, diciendo—: Deja que papá Jack eche un vistazo. Está bien, no te lo voy a quitar. Sólo quiero verlo.

El filo estaba desgastado y lleno de muescas ¿ por lo visto aquella herramienta había sido utilizada para infinidad de cosas muy distintas de aquellas para las que se supone que se han hecho los formones. Seguro que había servido para excavar y hasta como arma. Para un ser como aquél, el formón era una herramienta polivalente y versátil. Holloway volvió a dejar su vieja herramienta en el suelo y se puso a lavar los platos.

Durante unos momentos el peludo le contempló con curiosidad y a continuación se puso a pasar revista a la cocina y a investigar por su cuenta. Algunas de las cosas objeto de su atención hubo que quitárselas de las manos; al principio aquello le contrarió, pero luego se dio cuenta de que eran cosas que sin duda no le estaba permitido tocar. Finalmente los cacharros de la cena quedaron listos. En la salita de estar había mucho que investigar, y particularmente llamó su atención la papelera. Pronto vio que podía volcarla y la volcó, sacando de su interior todo lo que no había caído al volcarla. Dio un mordisco a un pedazo de papel, masticó y en seguida escupió disgustado. Luego descubrió que el papel arrugado podía extenderse, y tomando varias bolas de papel arrugado las desdobló extendiéndolas cuidadosamente y descubrió también que el papel podía doblarse en pliegues. A continuación pareció divertido al quedar enredado con una larga tira de cinta magnetofónica inservible. Por fin perdió todo interés por aquellas novedades y dejó la papelera.

—De ningún modo, amiguito —dijo Jack, atrapándolo—. No creas que ahora que has volcado la papelera la vas a dejar así y te vas a largar... Ahora mismo vas a meter dentro todo lo que has tirado. Ya verás, esto es pa-pe-le-ra —dijo lentamente y vocalizando, mientras ponía en pie el recipiente y arrojaba en su interior uno de los papelotes que había en el suelo, haciéndolo desde la altura del hombro del peludo y repitiendo—: Así, a la papelera —y entregó una bola de papel al peludo para que hiciera lo mismo que él acababa de hacer.

Su peludo amigo le miró perplejo y murmuró algo que bien pudiera significar algo así cornos

"¿Te crees que soy tonto o qué?"

Después de un par de intentos, consiguió que el peludo metiera otra vez en la papelera todo lo que había sacado, excepto una caja de cartuchos, de material plástico y de colores, y una botella de cuello ancho con tapón de rosca. Tomando ambos objetos, aquel extraño ser preguntó como pidiendo permiso:

—¿Yeek?

—Claro que puedes quedarte esas cosas. Pero ahora papá Jack te va a enseñar algo.

Holloway mostró al peludo cómo se abría y cerraba aquella vistosa caja de cartuchos, y a continuación enroscó y desenroscó el tapón de la botella, diciendo luego:

—Ahora prueba tú, anda.

El peludo miró intrigado y, luego, tomando la botella, la sujetó entre sus rodillas, sentándose en el suelo. Desgraciadamente hizo las cosas al revés, y en lugar de desenroscar el tapón, no consiguió sino apretarlo más y más cada vez. Se puso a gritar, mostrando gran contrariedad.

—Repítelo y no te preocupes. Sé que puedes hacerlo.

Volvió a tomar la botella, mirándola detenidamente, y trató de hacer girar en sentido inverso el tapón, consiguiendo desenroscarlo. Emitió entonces un grito que sin duda debía ser el equivalente a "¡Eureka!" e inmediatamente quitó el tapón de la botella y la levantó. Luego, siguiendo las indicaciones de Jack, se fijó en la botella y el tapón y en las estrías de la rosca. A continuación enroscó el tapón de nuevo.

—Eres muy mañoso, peludito —dijo Holloway, dándose cuenta de la inteligencia de su pequeño amigo, que en unos segundos acababa de mostrar su capacidad de deducción al descubrir por mera observación de las estrías de la rosca cuál era la forma de apretar y la de aflojar el tapón.

No cabía duda que aquello igualaba o superaba a las mayores muestras de inteligencia animal que jamás hubiera conocido.

—Voy a hablarle de ti a Ben Rainsford —dijo, mientras se acercaba a la pantalla de comunicaciones y seleccionaba la frecuencia de Ben, que se encontraba en su campamento de naturalista a un centenar de kilómetros aguas abajo del río de la Serpiente a partir de la desembocadura del arroyo Frío. La pantalla de comunicaciones de Rainsford debía de estar en sintonía automática, ya que nada más accionar el dispositivo de llamada, Jack recibió la señal de escucha y en su pantalla apareció una tarjeta que estaba colocada frente a la pantalla del naturalista y que decía:

"AUSENTE POR VIAJE, REGRESO DÍA QUINCE, GRABANDO."

—A Ben de Jack Holloway —dijo—. Acabo de encontrar algo muy interesante.—A continuación explicó brevemente de lo que se trataba, añadiendo—: Confío en que aún esté aquí cuando regreses. No se parece a nada de lo que hasta ahora he visto en este planeta.

El peludo se mostró contrariado cuando Jack desconectó la pantalla. Aquello le había hecho gracia. Jack lo levantó en brazos y lo sentó en sus rodillas, diciendo:

—Verás. Mira esto. Seguro que te gustará —y accionó los mandos de la pantalla de televisión.

Al sintonizar un programa al azar, apareció en la pantalla un espectáculo que sobrecogió al huésped de Jack: eran unos primeros planos de los incendios que el personal de la Compañía estaba produciendo en los bosques muertos de la zona afectada por el proyecto de desecación de pantanos Big Blackwater. El pequeño ser peludo dio un grito de terror al ver el fuego, se abrazó al cuello de Jack y ocultó su rostro en un pliegue de la camisa. Ciertamente que los incendios forestales a veces se inician por efecto de una tormenta, pero sin duda era algo positivamente malo para aquellos seres. Accionó en el selector de programas hasta que apareció una vista de Mallorysport desde la parte superior del edificio de la Compañía. La gran ciudad se hallaba situada a tres husos horarios en dirección oeste y la vista desde allí era magnífica, con el resplandor de la puesta de sol. El peludo estaba extasiado ante aquello, cosa natural para quien sin duda había pasado toda su vida en los grandes bosques.

También le impresionaría el puerto espacial y un montón de cosas más que iría viendo en la pantalla. Una vista del planeta tomada desde el satélite Darío le

dejó perplejo. Luego, en medio de una sinfonía interpretada por la orquesta de la Opera de Mallorysport, el peludo dio un brinco y saltó al suelo, agarró el formón y empuñándolo como un mandoble lo levantó por encima de sus hombros.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Jack.

Seguramente mientras la puerta había estado abierta debió de entrar uno de aquellos camarones terrestres, pues ahora uno de estos crustáceos cruzaba por el cuarto de estar. El peludo corrió tras él, lo adelantó y con un preciso giro descargó un golpe seco con el formón. El filo dio limpiamente en el punto de arranque de la cabeza, decapitando al camarón. El peludo contempló un instante su víctima y después la volteó haciendo palanca con el formón, con cuya parte plana le dio varios golpes a fin de romper el caparazón de la parte inferior. Empezó a extraer pedazos de carne del crustáceo y a comérselos con gran delicadeza. Tras haberse comido los pedazos mayores, cortó con el formón una de las pinzas del crustáceo y con una de las mitades utilizada como gancho fue extrayendo los pedamos de carne menos accesibles. Al concluir se lamió los dedos hasta dejarlos totalmente limpios y regresó a la butaca de Jack, quien señalándole la papelera y los restos del camarón terrestre le dijo:

—No, amiguito. Pa-pe-le-ra.

—¿Yeek? —exclamó con extrañeza.

—Sí, a la papelera,

El petado hizo un montoncito con los restos del crustáceo y los echó donde le habían dicho; luego se volvió hacia Jack y se sentó en su regazo contemplando desde allí todo lo que salía en la pantalla de televisión hasta que al rato se quedó dormido.

Jaek lo levantó y lo acostó en el asiento aún caliente, sin despertarlo; luego se dirigió a la cocina y se sirvió un trago llevando el vaso a la mesa grande. Allí encendió la pipa y se puso a escribir en su diario. Al cabo de un rato el peludo se despertó y se mostró sorprendido de que el regazo en que descansaba momentos antes hubiera desaparecido y se puso a sollozar desconsoladamente,

En un rincón del cuarto, una manta doblada en varios pliegues hizo las veces de comfortable cama para el peludo huésped, quien antes de acostarse comprobó la ausencia de pulgas. Acercó la botella y la caja de plástico obsequio de Jack y los colocó en el suelo junto a la manta. A continuación se acercó hasta la puerta principal y comenzó a gritar hasta que Holloway le dejó salir. Se alejó unos siete metros de la vivienda y con el formón excavó un pequeño hoyo que después de hacerlo servir como letrina volvió a tapar cuidadosamente y regresó corriendo a la vivienda.

Tal vez los seres peludos, como aquél, fuesen gregarios radicólas o algo así; el caso es que nadie desea que sus semejantes hagan sus necesidades en el interior de casa, y cuando alguna cría lo hace, sus mayores la reprenden o castigan, para que aprenda buenos modales. Este era el hogar actual del peludo y no cabe duda de que sabía cómo comportarse en él.

Al día siguiente al clarear, ya se encontraba en pie y se había encaramado en la cama de Jack intentando sacarle de entre las mantas. Además de ser un eficaz exterminador de camarones terrestres, era un despertador de primera, pero sobre todo era la mascota de Jack. Pidió para salir al exterior y esta vez Holloway al abrir tomó su cámara y sacó película de toda la operación. Sin duda se hacía precisa una puerta de pequeño tamaño y con la cerradura a la altura necesaria para ser accionada por el pequeño huésped. La puerta debía tener un resorte para mantenerla cerrada. Durante el desayuno Jack procedió al diseño, y la ejecución del dispositivo no llevó más de dos horas. Una vez instalada, el pequeño peludo se hizo cargo de su funcionamiento.

Jack se dirigió al taller, encendió la fragua y tomando una varilla de acero de unos seis milímetros de diámetro, la forjó hasta darle una forma de hoja, puntiaguda y bastante ancha en un extremo y de algo más de diez centímetros de longitud. Como quiera que al concluirle resultaba aquella herramienta demasiado pesada en la punta, le soldó en el otro extremo una bola que hacía de contrapeso. El peludo adivinó en seguida de lo que se trataba y asiendo la herramienta salió al exterior y excavó un par de hoyos para probar el instrumento que acababan de regalarle. Luego comenzó a buscar por los alrededores a ver si encontraba algún camarón terrestre.

Jack le siguió con su cámara y rodó un par de encuentros de su amigo con camarones terrestres, encuentros que pusieron de relieve la temible limpieza y precisión del peludo, cuya habilidad no había podido ser adquirida en la semana que hacía que tenía en su poder el formón de Jack.

Holloway entró en el cobertizo tratando de encontrar algo que le diera una pista sobre el particular, pero sin saber a ciencia cierta cuál sería la posible forma del objeto hasta entonces utilizado por su pequeño amigo. Sin embargo, en el mismo lugar en que recordaba haber dejado el formón encontró una especie de espátula puntiaguda de madera, de unos treinta centímetros de longitud, trabajada y pulida al parecer con piedra de afilar. En un extremo la hoja era suficientemente cortante como para decapitar un camarón terrestre y en el otro acababa en forma de punzón. Llevó la herramienta a su casa y se puso a contemplarla con una lupa. Pequeños fragmentos de tierra se hallaban incrustados en el extremo afilado en punta. El extremo terminado en forma de hoja había sido utilizado sin duda para decapitar, romper caparazones y excavar. El peludo sabía sin duda las características que esperaba obtener de su instrumento antes de construirlo y por eso no lo había afilado excesivamente, para no hacerlo frágil. Luego Jack dejó aquel instrumento en el cajón superior del escritorio, y estaba pensando en el almuerzo cuando su amigo entró sobresaltado en el cuarto de estar empuñando el arma-herramienta que Holloway le había construido y gritando con gran excitación.

—¿Qué sucede, chico? ¿Tienes problemas? —preguntó Jack levantándose y tomando un rifle del armero mientras a un tiempo comprobaba la recámara y decía—: Vamos a ver, enséñale a papá Jack qué es eso que te asusta.

El peludo siguió a Jack hasta la puerta dispuesto evidentemente a saltar al interior en cualquier momento. Lo que le había asustado era un pajarraco que recordaba en tamaño y forma a lo que debió ser el pterodáctilo del período jurásico en el planeta Tierra. Era lo suficientemente grande como para destrozar al peludo de un picotazo. Aquel gran animal volador había efectuado una pasada de ataque sobre el peludo y evidentemente se preparaba para volverse a lanzar contra él, pero en su trayectoria se encontró con un proyectil de seis milímetros que lo derribó.

El peludo se mostró muy sorprendido, miró un instante en dirección al animal volador y luego se fijó en la vaina del cartucho disparado por Jack, la tomó entre los dedos y se la enseñó a su amigo como preguntándole si se la podía quedar. Al acceder Holloway, el peludo se metió en casa y dejó la vaina junto a su manta. Cuando volvió a salir Jack lo acompañó hasta el cobertizo y lo introdujo en la cabina del manipulador.

El zumbido del generador del campo antigravitatorio y la sensación sustentadora al elevarse el aparato inquietaron al peludo, pero después de que con las pinzas del manipulador levantaron al animal muerto hasta casi doscientos metros de altura sobre el suelo, el pequeño pasajero se tranquilizó y hasta pareció disfrutar con el paseo aéreo. Soltaron el pajarraco unos tres kilómetros más arriba del lugar que los últimos mapas de la región señalaban con el nombre de Barranco de Holloway. Al regresar dio un pequeño rodeo por las montañas y aquello divirtió en extremo al pequeño acompañante de Jack.

Después de almorzar, el peludo echó una siestecita en la cama de Jack, quien entretanto llevó su manipulador hacia las montañas e hizo explotar un par de barrenos, sacando bastante pedernal y hallando otra "piedra solar". No era frecuente hallar aquellas piedras dos días seguidos. Cuando regresó, su peludo huésped estaba despedazando otro camarón terrestre enfrente de la vivienda. Pero a la hora de cenar no le hizo ascos a la comida cocinada y caliente, siempre que no estuviera quemando. Después de cenar pasaron a la sala de estar y Jack recordó

haber visto *en* el cajón del escritorio en donde dejó la herramienta de madera del peludo un tornillo con su tuerca, de manera que lo sacó y se lo enseñó. Al momento el peludo entró en el dormitorio y volvió con la botella que tenía el tapón roscado. Desenroscó el tapón y lo volvió a enroscar y a continuación sacó la tuerca del tornillo y se la mostró a Jack con unos sonidos que parecían querer decir:

¿Lo es? No hay problema.

A continuación volvió a desenroscar el tapón de la botella e introdujo en su interior, después de enroscar la tuerca, el tornillo y volvió a cerrar la botella emitiendo un grito de satisfacción,

Desde luego, tenía motivos para sentirse satisfecho. Lo que había efectuado entraba en el campo de las generalizaciones. Las tuercas y los tapones a rosca son objetos que pertenecen al género de "cosas que se enroscan alrededor de otras". Para sacarlas hay que girarlas a la izquierda y para colocarlas hay que girar a la derecha después de asegurarse de que encajen los surcos de la rosca. Así, desde el momento en que el peludo tenía conciencia de lo que era la derecha y la izquierda, se podía afirmar que era capaz de intuir las cualidades o propiedades como algo distinto de los objetos y que era capaz de formar ideas abstractas. Quizá esta hipótesis resultase un poco excesiva, pero...

—¿Sabes? Papá Jack tiene un estupendo peludo, pero ¿eres un peludo adulto o acaso eres una cría de peludo"? ¡Diablos! ¡De lo que sí estoy seguro es de que en tu género eres todo un catedrático!

Estaba pensando qué podía dar a aquel ser para que se entretuviera y ver cómo se las arreglaba, y estaba dudando sobre si sería o no conveniente el enseñarle demasiado sobre cómo desmontar cosas,, *ja* que podía encontrarse con la desagradable sorpresa de entrar en casa y encontrar algo despiezado o *lo* que quizá fuese peor: vuelto a montar en forma incorrecta. Se acercó a un armario empotrado y sacó, después de revolver entre varios trastos, un bidón de hojalata. Al volver a la sala, el peludo se había encaramado a la silla y tomando la pipa del cenicero se puso a darle unas chupadas, sobreviniéndole una fuerte tos.

—¡Eh! ¡No creo que eso te siente bien...!

Recuperó la pipa, secó la boquilla en la manga de su camisa antes de ponérsela en la boca, luego colocó en el suelo el bidón y a su lado puso al peludo. En aquel bidón debía de haber unos tres kilos de piedras. Apenas se hubo establecido en aquel lugar Jack comenzó a coleccionar minerales de los que se encontraban por la zona, y después de aprender de ellos lo que pretendía, los desechó guardando solamente veinte o treinta de los ejemplares más curiosos. Ahora se alegraba de no haberlos tirado.

El peludo contempló aquella lata y dedujo que la tapa era algo perteneciente al género de "cosas que se enroscan en otras cosas" y la destapó. La cara interior de la tapa del bidón estaba muy bruñida y reluciente como un espejo. No le costó gran cosa deducir que la imagen que allí se reflejaba era la de su propio rostro. Emitió un sonido como de corroboración y miró lo que contenía la lata, lo cual, a su juicio, pertenecía sin duda al género de "cosas que pueden ser volcadas" como papeleras, etc., y por lo tanto volcó en el suelo las piedras de Jack. Una vez extendidas empezó a observarlas y a clasificarlas por colores.

Salvo por el interés mostrado ante determinadas escenas televisivas en colores brillantes, aquélla era la primera demostración de que los peludos poseían percepción de colores en su sentido de la vista. Una prueba más de esta percepción de color la tuvo Jack cuando vio que aquel ser era capaz, dentro de un mismo color, de clasificarlos por matices desde los más claros a los más oscuros; y además colocó las piedras en perfecto orden espectral, desde un fragmento de una piedra de cuarzo parecida a la amatista hasta una piedra de color rojo oscuro. Era posible que hubiese contemplado alguna vez el fenómeno del arco iris o que hubiera vivido en las proximidades de alguna cascada, donde es frecuente ver el arco iris al brillar el sol al otro lado de las partículas de agua que flotan en el aire. Era posible también que considerase aquella manera de clasificar los colores como la única racional de mirarlos. A continuación, cuando el peludo se dio cuenta de que tenía a su disposición un material con el que se podían hacer muchas cosas, comenzó a colocar los minerales formando unas figuras de tipo espiral, circular, etc. Cada vez que concluía uno de los dibujos gritaba de contento como llamando la atención sobre su obra artística y se sentaba a contemplarla durante un rato. Luego revolvía las piedras y comenzaba a colocarlas formando otra figura. Era, pues, capaz de sentir un placer gracias a la creación artística y de construir cosas inútiles simplemente por el placer de hacerlo y de verlas luego.

Finalmente metió de nuevo las piedras dentro del bidón de hojalata, colocó la tapa y lo llevó rodando hasta el dormitorio, donde lo dejó entre sus otras pertenencias, junto a la manta. La nueva arma-herramienta que Jack le había regalado la colocó en la manta junto a sí, al irse a dormir.

A la mañana siguiente, Jack sacó un pastel entero de la ración espacial tipo III, lo vació y llenó de agua el recipiente. Una vez se hubo cerciorado de que nada había por allí que pudiera ser dañado por su peludo amigo o que a éste pudiera hacerle daño, se fue con el manipulador hasta las zonas de voladuras. Trabajó toda la mañana, triturando una tonelada y media de pedernal sin encontrar nada. Luego hizo saltar una serie de barrenos que provocaron una avalancha de arenisca y sacaron al exterior más pedernal. Después se sentó bajo un árbol para tomar su almuerzo.

A la media hora de haber regresado al trabajo encontró el fósil de una medusa, pero por desgracia para él, por lo visto aquel animalillo no había comido en su época lo que tenía que haber comido. Sin embargo, un poco después encontró sucesivamente cuatro nódulos; dos de ellos sí eran piedras solares. Luego, al romper el cuarto o quinto pedazo, encontró una tercera piedra solar. Evidentemente aquella zona debía de ser el cementerio al que fueron a morir la mayoría de las medusas prehistóricas. A última hora de la tarde, después de haber inspeccionado todos los pedazos de pedernal, había reunido nueve piedras solares, entre las que había una enorme de color rojo oscuro y de dos centímetros y medio de diámetro. Sin duda debió haber alguna corriente que arrastrase, en el océano de eras remotas, todo aquello hasta allí y solamente hasta allí. Cuando iba a colocar otros barrenos se dio cuenta de que era demasiado tarde para seguir trabajando *j* decidió volver a casa.

—¡Peludo! —gritó mientras abría la puerta del cuarto de estar—. ¿Dónde estás? Papa Jack es rico... ¡Vamos a celebrarlo!

Nadie respondía. Llamó otra vez y no oyó respuesta alguna ni rumor de pasos. Probablemente había hecho limpieza de camarones terrestres en la casa y sus alrededores y ahora, pensó Jack, se había dirigido a los bosques. Desenfundó su pistola y la dejó sobre la mesa. Luego se encaminó a la cocina. El pastel de la ración de emergencia había desaparecido casi en su totalidad. En el dormitorio, Jack vio que su peludo amigo había volcado las piedras de la lata y las había colocado en una forma determinada, dejando el formón en posición perfectamente diagonal sobre la manta.

Tras haber preparado la cena y haberla puesto en el horno, salió al exterior y estuvo llamando durante un rato. Luego se preparó un *high-ball* y con él en el vaso entró a la sala de estar, en donde revisó sus hallazgos del día. Casi no daba crédito a sus ojos al comprobar que había sacado unos setenta mil créditos por lo menos durante la jornada. Metió las gemas en el saquito de piel y fue tomándose con parsimonia la bebida hasta que el avisador del horno dio la señal de que la cena estaba lista.

Cenó solo —era curioso que a pesar de haberlo hecho así durante años ahora le resultase insoportable— y al anochecer, seleccionó en la biblioteca microfilmada una serie de títulos, pero o eran de libros que había leído cien veces o de obras que tenía para consulta. En varias ocasiones le pareció que la puerta se abría, pero se equivocó. Por fin se marchó a la cama.

Tan pronto como se despertó, miró hacia la manta doblada, pero el formón estaba todavía en aquel lugar. Puso más pastel de la ración espacial tipo IV y antes de regresar a la zona de los barrenos llenó un recipiente con agua. Aquel día encontró tres piedras solares más, y las introdujo mecánicamente en el saquito, sin gran complacencia. Dejó de trabajar más pronto que de costumbre y estuvo una hora dando vueltas en espiral por los alrededores de su vivienda, pero sin encontrar nada interesante. En la cocina, el pastel de la ración de emergencia continuaba intacto.

Acaso, durante aquellas horas, el peludo había ido a parar a las garras de cualquiera de las especies de grandes aves depredadoras que allí había. O quizá se había cansado de permanecer en el mismo sitio y se había marchado.

Sin embargo, le había gustado aquel lugar y había mostrado signos inequívocos de encontrarlo idóneo. Sacudió la cabeza melancólicamente: también él había vivido en un lugar hermoso donde se encontraba muy bien y en el que podía haber sido feliz, de no haber creído que tenía algo que hacer. Por eso se marchó y dejó a su gente. A lo mejor algo así le había pasado al peludo ahora y no se daba cuenta del lugar que había ocupado en casa de Jack ni de lo vacío que quedaba ese lugar sin él.

Entró en la cocina para tomar un trago y se dio cuenta de que su actitud no era muy razonable. Solamente tomaría un vaso, acaso más lleno que de ordinario, pero sólo uno, pues quien bebe por autocompasión es fácil que acabe bebiendo más de la cuenta.

3

Se frotó los ojos y miró el reloj; eran ya más de las veintidós cien, de modo que realmente era hora de tomar un trago y luego acostarse. Se levantó un poco torpemente, fue a la cocina, puso whisky en el vaso y lo llevó a su escritorio, sentándose y sacando su diario. Casi había concluido de hacer las anotaciones correspondientes a la jornada cuando la pequeña puerta que tenía detrás, la que había hecho para su ausente amigo peludo, se abrió y una vocecita gritó:

—¡Yeeek!

—¿Peludo?

Aquella voz se repitió impacientemente mientras el peludo mantenía abierta la puerta y desde el exterior le contestaban. Entró otro peludo y otro más, hasta totalizar cuatro; uno de aquellos seres llevaba en brazos una especie de bola blanca y sedosa, pero todos llevaban un arma-herramienta de las que servían para matar camarones terrestres. Aquellos instrumentos eran iguales al que Jack había guardado en el cajón. Los recién llegados se detuvieron al entrar y contemplaban sorprendidos el interior. Luego, dejando en el suelo su arma, Peludo corrió hacia su anfitrión, quien bajándose de la silla lo agarró y se sentó en el suelo con él.

—Así que por eso te marchaste y dejaste preocupado a papá Jack, ¿verdad? ¡Claro, querías traerte también a la familia!

El resto de los seres dejaron lo que traían junto a la herramienta de acero de Peludo y se acercaron tímidamente. Pareció que este último les hablaba; entonces uno de ellos se acercó a Jack y después de palpar el tejido de su camisa llegó hasta tirarle del bigote. Pronto el resto cobró confianza y se encaramó sobre Jack, haciéndolo incluso la hembra con su pequeñín. Aquel diminuto peludo era lo suficientemente pequeño como para sentarse en la palma de la mano de Holloway, pero en un minuto se encaramó hasta el hombro de su anfitrión y luego se le sentó en la cabeza.

—Vosotros querréis cenar, ¿verdad? —dijo Jack, Peludo gritó enfáticamente: había reconocido la palabra cena. Jack los hizo entrar en la cocina y probó a ver qué tal les sentaba un poco de fiambre de ñu, yumiyames y una fruta feculenta frita. Mientras comían de un par de grandes cazuelas volvió al cuarto de estar a fin de echar un vistazo a lo que habían traído consigo aquellos seres. Dos de las herramientas para matar camarones eran de madera, como la que dejó en el cobertizo el primer peludo. La tercera era de asta, muy bien pulimentada, y la cuarta parecía hecha de hueso de algún animal de Zarathustra, posiblemente de la paletilla de un zebra. Luego vio también un hacha pequeña de sílex, que en la Tierra hubiera sido clasificada seguramente como del paleolítico inferior, así como un instrumento tallado en pedernal que tenía forma de gajo de naranja. El canto recto debía tener unos trece centímetros. Ignoraba el uso de aquella herramienta, pero para una mano del tamaño de la de Holloway hubiera podido ser una especie de rasqueta. Instantes más tarde, al observarlo con detenimiento, se percató de que el filo tenía muescas como de sierra y dedujo que seguramente aquello era una sierra. Había entre otras cosas tres cuchillos para descamar, de muy buena calidad, y varias conchas que evidentemente servían de vaso.

Mamá peludo llegó mientras Jack se hallaba examinando lo que habían traído aquellos seres. De momento se mostró recelosa, hasta que se convenció que todo estaba intacto. El pequeñín peludo permanecía asido al pelo de su madre con una mano, mientras con la otra sostenía una rodaja de fruta a la que daba pequeños mordiscos. Se metió en la boca el resto de la fruta y saltó sobre Jack, encaramándose hasta su cabeza otra vez. Habría que pensar algo para disuadirle

de aquella actitud, pues pronto crecería lo suficiente para resultar excesivamente pesado para ello.

En pocos minutos el resto de la familia estaba allí alborotando y corriendo entre gritos de contento. Mamá peludo dejó el regazo de Jack y se unió al alboroto general, y mientras lo hacía el bebé peludo saltó de la cabeza de Holloway para aterrizar sobre la espalda materna. Jack Holloway pensaba que había perdido a su huésped y hete aquí que ahora tenía cinco y una cría. Cuando se cansaron del jugueteo y la persecución, Jack preparó en el cuarto de estar cama para todos, ya que si bien un peludo en su dormitorio no era gran inconveniente, cinco y medio eran demasiado. Sacó, pues, las pertenencias del primer peludo al cuarto de estar y colocó allí la manta.

A la mañana siguiente fue despertado por cinco peludos y un peludito que se revolcaban por su cama. Luego les construyó en varilla de acero un arma-herramienta para cada uno, y forjó media docena más para el caso de que apareciesen más seres de aquéllos. Les fabricó también un hacha en miniatura con mango de madera, una sierra que procedía de una hoja de sierra mecánica que se había roto y media docena de cuchillos de acero forjado, hechos de una pieza, aprovechando una hoja de ballesta.

El conseguir que a cambio de aquellas herramientas le entregaran las que traían le costó mucho menos de lo que imaginaba. Sin duda los peludos tenían muy desarrollado el sentido de la propiedad, pero era evidente que sabían reconocer y aprovechar la oportunidad de un buen negocio. En el cajón del escritorio colocó los artefactos de asta, de madera y de hueso. Así quizá comenzase la Colección de Armas y Herramientas de los peludos habitantes del planeta Zarathustra. Y acaso algún día esta colección sería donada al Instituto Federal de Ciencias Zeno.

Naturalmente, la familia no podía menos de probar sus flamantes herramientas, y Jack les siguió hacia el exterior con su cámara a punto. Mataron una docena y media de camarones terrestres y seguramente por eso a la hora del almuerzo mostraron muy poco interés por la comida, si bien se sentaron alrededor de Jack y le acompañaron, aunque quizá más para no desairarle y por imitar sus movimientos y gestos. Tan pronto como acabaron de comer se fueron todos a la cama de Jack para echar una siestecita, y Holloway aprovechó la tarde para ir haciendo una serie de pequeños trabajos y chapuzas que tenía pendientes y que había ido postergando hasta el momento. A última hora de la tarde, los peludos aparecieron en el exterior para revolcarse y corretear por la hierba.

Estaba Jack en la cocina preparando la cena cuando todos los peludos entraron atropelladamente por la pequeña puerta y se metieron gritando alarmados en el cuarto de estar. El primer peludo y otro de los machos del clan entraron en la cocina. El primero se agachó, puso una mano bajo su barbilla con el meñique y el pulgar extendidos y la otra mano en la frente con el índice hacia arriba, luego extendió su bazo derecho y emitió un estridente sonido que Jack nunca le había escuchado anteriormente. Tuvo que repetir otra vez aquella escenificación para que su anfitrión captase el significado.

Había en Zarathustra un carnívoro de gran tamaño, peligroso no sólo para los peludos sino incluso para seres de mayor talla como los humanos. Este animal tenía un cuerno en la frente y dos más situados uno a cada lado de la mandíbula inferior. Dada la peculiaridad y dificultad de la nomenclatura zoológica en los planetas deshabitados, este animal era conocido simplemente como un "maldita sea la cosa". Dejó Jack el tranchete que estaba empleando y el yumiyam que estaba pelando, se secó las manos y entró en el cuarto de estar pasando revista a sus huéspedes por si faltaba alguno de los peludos, y una vez comprobó que todos estaban bien se acercó al armero.

En esta ocasión en lugar de un rifle del calibre seis milímetros, se trataba de una escopeta doble express del 12,7. Comprobó su carga y se metió en el bolsillo

algunos cartuchos. Peludo le siguió y señaló hacia la izquierda de la vivienda. El resto de la familia permaneció dentro. Se alejó unos siete u ocho metros y dirigió la mirada en derredor en sentido inverso al de las agujas del reloj. Ni rastro del animal por el norte, tampoco por el oeste..., pero en aquel momento el peludo echó a correr rebasándole y señalando atrás. Jack giró en redondo y vio cómo aquella fiera se lanzaba hacia él cargando con la cabeza baja. Debió haberlo pensado antes; aquellos bichos atacaban por el sitio menos pensado y a menudo cazaban a sus propios cazadores.

Encaró la escopeta mientras esquivaba la embestida. El disparo produjo un poderoso estampido y su hombro recibió un culatazo respetable por el efecto de retroceso. El proyectil tumbó de espaldas la media tonelada de peso del atacante. El segundo disparo dio justamente bajo una de las orejas en forma de seta del animal, que tras unas sacudidas espasmódicas quedó inmóvil. Jack volvió a cargar su arma mecánicamente, pero un tercer disparo no tenía ya objeto pues el "maldita sea la cosa" estaba muerto, tan muerto .como él mismo lo hubiera estado de no ser por el aviso de Peludo.

Jack agradeció el gesto a su amigo; luego se frotó el hombro dolorido por el retroceso del arma y entró en casa dejando la escopeta en el armero. Sacó el manipulador para dejar el animal muerto sobre la copa de un gran árbol, lejos de donde vivía. Aquello constituiría sin duda un banquete para aquellos pajarracos enormes que ya habían atacado a Peludo, pero les sorprendería mucho encontrar carne en la copa de un árbol.

Después de cenar hubo otra alarma. La familia de peludos había regresado de su recreo en campo abierto y se hallaba reunida en el cuarto de estar, en donde Peludo estaba haciendo la demostración del principio de las cosas que se enroscan en otras, utilizando a tal fin tanto la botella con el tapón roscado como el tornillo y la tuerca. De pronto un sonido estridente pareció apoderarse de todo. Aquel ruido procedía de encima de sus cabezas y quedaron paralizados por el pánico, mirando hacia el techo, y luego echaron a correr y se metieron debajo del armero. Sin duda aquello que oían debía de ser algo mucho más grave y serio que el animal de tres cuernos. Pero daba la sensación de que nada de lo que pudiera hacer papá Jack iba a dar buen resultado. Los peludos se quedaron sorprendidos de ver la tranquilidad con que Jack Holloway se limitaba a acercarse a la puerta del comedor, la abrió y salió al exterior. No era extraño que ninguno de los peludos hubiera oído anteriormente un claxon de coche policial.

El vehículo policial se posó en el suelo frente a la finca donde se hallaba Holloway. Redujo la potencia de su generador antigravitatorio. Dos hombres uniformados salieron al exterior y a la luz de la luna los reconoció: se trataba del teniente George Lunt y de su lugarteniente y conductor Ahmed Khadra.

—¿Pasa algo? —les gritó.

—No; simplemente creímos oportuno dejarnos caer por aquí y ver qué tal marchaban las cosas —le dijo Lunt—. No solemos hacer este recorrido con frecuencia. No habrá tenido usted problemas últimamente, ¿verdad?

—No, desde la última vez.

La última vez que Jack había tenido problemas fue con un par de vagabundos, cuatreros de ñus que habían oído algo acerca de lo que valía el saquito de piel que Holloway llevaba al cuello. La policía no tuvo otro trabajo que proceder al levantamiento de sus cadáveres y a la redacción de un informe.

—Bueno, muchachos. ¿Por qué no dejan sus armas y entran? Tengo algo que quiero que vean.

Peludo había salido también y estaba tirando de la pernera del pantalón de Jack, quien se agachó y tomándolo en brazos lo levantó y lo sentó sobre su

hombro. El resto de la familia, pensando que aquello debía ser cosa segura, se habían acercado hasta la puerta y miraron al exterior.

—¡Oiga! ¿Qué diablos son estos seres? —preguntó Lunt, a mitad de camino del vehículo.

—Son peludos. ¿No irá usted a decirme que jamás había visto peludos?

—Pues, no, la verdad. ¿Qué son?

Los dos policías se acercaron y Jack se fue metiendo en la casa apartando de su camino a los peludos. Lunt y Khadra se detuvieron en el umbral.

—Le he dicho que son "peludos", y no sé de otro nombre que pueda caerles mejor.

Un par de peludos salió y los dos se quedaron mirando con seriedad al teniente Lunt. Uno de los dos peludos dijo como preguntando:

—¿Yeek?

—Quieren saber lo que son ustedes —dijo Jack—; eso les hace sociables, tienen sentido de la reciprocidad.

Lunt dudó un instante, luego se quitó el correa y la pistolera, colgándolos de una percha situada detrás de la puerta; la gorra también la colgó en el mismo sitio y Khadra siguió inmediatamente el ejemplo de su jefe. Aquello significaba que momentáneamente se consideraban fuera de servicio y que aceptarían un trago si se les ofrecía. Uno de los peludos se puso a tirarle del pantalón a Khadra para que éste fijase en él su atención. Mamá peludo mostraba en alto a su hijo para que Lunt pudiera verlo. Khadra, aunque con un poco de aprensión, no tuvo más remedio que levantar al peludo que estaba tratando de llamar su atención y dijo:

—Nunca vi nada semejante, Jack. ¿De dónde han venido?

—Ahmed —se dirigió a él Lunt en tono de reproche—, tenga cuidado, no sabemos nada acerca de estos animales.

—Está bien, teniente, pero no me van a hacer daño..., no se lo han hecho a Jack —observó sentándose en el suelo mientras otros dos peludos se le acercaban—. ¿Por qué no se hace amigo de ellos? Son simpáticos.

Era evidente que George Lunt no permitiría que ninguno de sus hombres hiciera algo que él mismo no tuviera el valor de hacer, así que se sentó también en el suelo y mamá peludo se le acercó con su pequeño, el cual inmediatamente le saltó al hombro y de ahí pasó a la cabeza.

—Tranquilo, George —le dijo Jack—; solamente son unos peludos que quieren hacerse amigos suyos.

—No puedo evitarlo, pero los seres vivientes extraños me dan miedo —dijo el policía—. Usted tiene la suficiente experiencia para saber que a veces han ocurrido cosas muy desagradables.

—Estos no son seres vivientes extraños, son mamíferos de Zarathustra. La misma forma de vida a que pertenece la carne que usted cena todos los días desde que está aquí. La bioquímica que rige a estos seres es idéntica a la nuestra. ¿Cree usted que le van a contagiar alguna enfermedad? —dijo Jack bajando al suelo junto a sus congéneres a Peludo—. Hemos estado veinticinco años explorando este planeta y nadie ha encontrado nada semejante.

—Usted mismo lo ha dicho, teniente —intervino Khadra—, el señor Holloway tiene la suficiente experiencia.

—Está bien. Son unos pequeños seres simpáticos —admitió Lunt mientras se quitaba de la cabeza al pequeño peludo y lo depositaba en los brazos de su madre.

Entretanto Peludo se agarró a la cadena del silbato del policía y empezó a indagar qué había en su otro extremo—. Apuesto cualquier cosa a que le hacen mucha compañía... —concluyó.

—Acaban de ganarse su confianza y ahora consideran que están en su propia casa; voy a preparar algo para refrescarnos.

Mientras Jack estaba en la cocina sacando unos cubitos de hielo de la nevera y llenando un sifón, en la salita de estar sonó un silbato de policía. A continuación, mientras Jack abría una botella de whisky, Peludo entró con el silbato escapándose de dos congéneres que pretendía arrebatárselo. Jack abrió una lata de ración tipo III para los peludos y en aquel momento otro silbato se dejó oír en el cuarto de estar.

—Tenemos una caja llena de silbatos en el puesto —dijo Lunt gritando para dominar la algarabía—. Daremos de baja estos dos como si se hubieran perdido en acto de servicio.

—Es un buen detalle por su parte, George —dijo Jack—. Le aseguro que los peludos sabrán apreciarlo. Por cierto, Ahmed, podría usted ir preparando las bebidas mientras yo les doy el pastel a estos amigos.

Khadra preparó los vasos y Jack distribuyó el pastel a los peludos, que, sentados en el suelo y absortos por el pastel, se olvidaron, al menos por el momento, de los silbatos. Lunt se sentó en la silla más cómoda y los peludos lo miraron de arriba abajo con curiosidad.

—Lo que me gustaría saber, Jack —dijo—, es de dónde han salido. Llevo aquí cinco años —añadió mientras tomaba un trago— y no he visto nunca ningún otro ser semejante.

—Yo llevo aquí cinco años más y tampoco vi nada igual. Creo que deben de proceder del norte, de alguna zona situada entre las Cordilleras y la sierra de la Costa Occidental. Aquel territorio no ha sido explorado, salvo los sobrevuelos efectuados a más de tres mil metros de altura y algún que otro aterrizaje en lugares concretos, de manera que bien pudiera ser que aquella zona estuviera llena de peludos como éstos y que no lo supiera nadie.

Relató su encuentro con el primer peludo y explicó cómo mataban a los camarones terrestres con aquellas armas de madera que sin duda se construían ellos mismos. Lunt y Khadra observaban complacidos a aquellos pequeños seres peludos.

—Ahora me explico —dijo Ahmed Khadra— los caparzones abiertos que encontramos con frecuencia y que han sido vaciados concienzudamente... Es exactamente lo que usted ha explicado. Esa fue una cosa que me intrigó hasta ahora, pero ¿todos tienen esos instrumentos de madera? ¿Qué supone usted que utilizan habitualmente?

—Ahora verán —dijo triunfalmente Jack sacando el cajón de su escritorio y mostrando su contenido—. Este instrumento fue descartado por el primer peludo cuando encontró casualmente mi formón. El resto de los instrumentos lo trajeron consigo al aparecer por aquí.

Lunt y Khadra se incorporaron para observarlos detenidamente. Lunt intentó afirmar que era imposible que los peludos hubieran hecho aquellas herramientas, pero ni siquiera él mismo estaba convencido de lo que pretendía afirmar. Al acabar su ración, los peludos contemplaron con ansiedad la pantalla de televisión, y Jack pensó que sin duda ninguno de ellos, salvo Peludo, había visto anteriormente una pantalla. Entonces Peludo saltó a la silla que acababa de dejar vacante Lunt y echando mano de los mandos conectó el aparato. La imagen no era muy interesante ya que consistía en una desértica faja de terreno meridional, iluminada por la Luna, vista desde una de las torres metálicas que los criadores de ñus

utilizaban, de manera que accionó el selector hasta que apareció en pantalla un partido de fútbol nocturno retransmitido desde Mallorysport. Aquello le gustó y se bajó de la silla reuniéndose con sus congéneres.

—He visto que los monos de la Tierra y los kholphs del planeta Freya —dijo Lunt— saben conectar un televisor y buscar programas.

Con este comentario daba la sensación de estar a punto de ceder en su primera opinión.

—Efectivamente, los kholphs son astutos —intervino Khadra—. Saben emplear utensilios.

—Pero ¿construyen sus herramientas, o hacen herramientas que sirvan para hacer otras, como esta sierra? —preguntó Jack. Nadie le contestó y prosiguió—: Claro que no; solamente hacemos eso los humanos y los peludos.

Era la primera vez que se expresaba con tal claridad, e incluso la primera vez que pensaba así conscientemente. Se percató de que había llegado a esa conclusión por sí mismo. Aquello sorprendió al teniente de policía y a su ayudante.

—De manera que opina usted que piensan —dijo Lunt.

—No hablan ni saben encender un fuego —dijo Ahmed Khadra.

—Ahmed, usted sabe perfectamente que el hablar y encender un fuego no es ninguna prueba científica concluyente...

—Pero es una prueba legal —dijo Lunt apoyando a su subordinado.

—Es una regla práctica puesta en vigor para que los colonizadores de nuevos planetas dejaran de seguir esclavizando o asesinando a los aborígenes basándose en la excusa de que solamente cazaban o domesticaban animales salvajes —dijo—. Así se llegó a la conclusión de que cualquier ser capaz de hablar y encender fuego es un ser racional; eso es ley, pero esa ley no dice, ni mucho menos, que aquellos seres que no hablan o que no encienden fuego no sean seres racionales. Yo no he visto a ninguno de estos peludos hacer fuego, y como no tengo ganas de llegar a casa y encontrarla ardiendo, no pienso enseñarles a hacerlo. Pero de lo que sí estoy convencido es de que poseen el medio de comunicarse entre sí.

—¿Los ha visto ya Ben Rainsford? —preguntó Lunt.

—Ben ha ido no sé adonde. Le llamé tan pronto como el primer peludo apareció por aquí, pero no regresará hasta el viernes.

—Tiene razón —dijo Lunt mirando dubitativamente a los peludos—. Ya sabía que estaba ausente, pero me gustaría saber lo que opina sobre ellos.

Si Ben decía que no ofrecían ningún peligro, Lunt lo aceptaría, pues Ben era un experto y Lunt respetaba mucho el testimonio de la experiencia. Pero hasta ese momento no estaba seguro, y posiblemente lo primero que hiciese al día siguiente fuese ordenar un reconocimiento médico para él y para Khadra a fin de comprobar que no habían pescado ningún parásito en su contacto con los peludos.

4

A la mañana siguiente los peludos se tomaron con bastante calma la entrada en escena del manipulador. No era para ellos una especie de monstruo terrible, sino simplemente algo en lo que papá Jack se montaba para ir de un sitio a otro. Aquella mañana Jack encontró una piedra solar de valor discutible y por la tarde dos muy buenas. Regresó temprano a su casa y encontró a la familia de peludos en el cuarto de estar, Habían volcado la papelera y estaban volviendo a echar dentro su contenido. Al parecer, otro camarón terrestre había entrado en la vivienda, ya que en el cesto estaba su caparazón junto a los demás desperdicios. Cenaron pronto y Jack se llevó a sus huéspedes a dar una vuelta en el aerajeep por el sur y el oeste de la zona,

Al día siguiente localizó la veta de pedernales al otro lado de la garganta y pasó gran parte de la mañana colocando barrenos para hacer saltar la arenisca que la cubría. La próxima vez que fuese a Mallorysport, pensó, tenía que comprar una pala mecánica. Tenía que excavar un canal para que el pequeño curso de agua que discurría por la garganta no quedase cegado. Aquel día no pudo triturar ningún bloque de pedernal. Cuando regresó se dio cuenta de que otro de aquellos pajarracos estaba rondando su casa. Con el manipulador lo persiguió hasta conseguir derribarlo con su pistola. Posiblemente aquella especie de aves encontraran tan apetitosos a los peludos como éstos encontraban a los camarones terrestres. Cuando entró, los encontró a todos bajo el armero.

Al otro día pudo triturar bloques de pedernal y encontró tres gemas más. Parecía como si hubiera hallado el lugar donde se juntaban las medusas para morir. Aquella tarde dejó pronto el lugar, y al acercarse a su vivienda pudo ver un aerajeep estacionado en la entrada y a un hombrecillo de barba pelirroja, con una sahariana de color caqui y bastante arrugada, que se hallaba sentado en el banco de la puerta de la cocina rodeado de los peludos. En lugares situados fuera del alcance de los peludos había varias cámaras tomavistas y otros aparatos. El pequeñín, naturalmente, se había sentado en la cabeza del visitante, quien miró hacia arriba y saludó con la mano antes de quitarse de encima al peludito y dárselo a su madre. Luego se puso en pie.

—Bien, ¿qué opinas de esto, Ben? —preguntó Jack mientras se apeaba del manipulador.

—No empieces otra vez —dijo Ben Rainsford riéndose—. Me detuve un rato en el puesto de policía antes de ir a casa y de momento creí que el teniente Lunt se había convertido en el embustero más grande de toda la galaxia conocida. Luego llegué a casa, encontré grabado tu mensaje, y aquí me tienes.

—¿Llevas mucho rato esperando? —preguntó Jack mientras le rodeaban los peludos y le seguían por la hierba.

—No mucho —dijo Rainsford mirando su reloj—. Dios mío, pues resulta que llevo aquí tres horas y media; se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. ¿Sabes que tus amiguitos tienen un excelente oído? Te oyeron llegar mucho antes que yo.

—¿Viste cómo matan a los camarones terrestres?

—Ya lo creo; he tomado mucha película sobre el particular. Resulta increíble —añadió meneando la cabeza. '

—Te quedarás a cenar, ¿verdad?

—Sólo faltaría que me echases de aquí... Quiero que me cuentes todo, y si no tienes inconveniente grabaremos una cinta con tu explicación.

—Con mucho gusto. Lo haremos después de cenar —dijo sentándose en el banco mientras los peludos lo hacían sobre sus rodillas y a su lado—. Este es el peludo original —dijo señalando a su amiguito—. El traje a toda su familia aquí un par de días después de su aparición. Esta es mamá peludo y éste es Peludito. Estos dos son Mike y Mitzi, y a este otro lo llamo Ko-Ko por la forma tan ceremoniosa que tiene de matar camarones terrestres.

—George dice que tú les llamas a todos "peludos". ¿Es ése el nombre que quieres para su designación oficial?

—Claro que sí, ¿no es eso lo que son?

—Bueno, vamos a llamarles así y los designaremos como pertenecientes al orden de los Hollowayanos —dijo Ben Rainsford—, familia de los Peludos, género Peludo, especie Peludo de Holloway, o sea *Peludo Peludo Holloway*. ¿Qué tal?

Aquello sería lo correcto supuso; por lo menos no se intentaba ya latinizar las denominaciones en la zoología extraterrestre.

—Supongo que la invasión de camarones terrestres que padecemos es lo que los ha atraído a esta zona.

—Desde luego. George me dijo que en tu opinión procedían del norte, y realmente es del único sitio de donde pueden haber salido. Quizá se trate de una avanzadilla y posiblemente no tardemos mucho en tener por aquí muchos más peludos. Lo que me pregunto es cuál será su ritmo de procreación...

—Creo que no debe de ser muy rápido, ya que en un grupo hay tres machos, dos hembras y solamente una cría... —dijo Jack mientras bajaba de sus rodillas a Mike y a Mitzi y se ponía en pie—. Y ahora, mientras preparo la cena, haz el favor de echar un vistazo a los utensilios que trajeron.

Rainsford todavía estaba ante el escritorio cuando Jack puso la cena a calentar y sacó un par de vasos con un aperitivo. Ben tomó su vaso distraídamente y dio un sorbo, luego levantó la cabeza y dijo:

—Oye, Jack, esto es realmente sorprendente...

—Yo diría todavía más; es algo único. Es la única colección de armas y utensilios indígenas de Zarathustra.

—¿Estás convencido de lo que sin duda piensas? —exclamó Ben Rainsford mirándole seriamente—, Sí, ya lo veo —comentó mientras daba otro sorbo a su *high-ball* y contemplaba detenidamente aquel instrumento para matar camarones terrestres de asta pulimentada. Afirmó—: Quienquiera que haya sido capaz de hacer esto, es para mí un ser inteligente, un nativo en toda la extensión de la palabra.

Titubeó un instante antes de proseguir:

—Bueno, Jack, la cinta en la que describías tu hallazgo, ¿podría copiarla y pasársela a Juan Jiménez? En la división científica de la Compañía él es el jefe de la sección de mamíferos y tiene intercambio de información conmigo. Me gustaría que la conociera también Gerd van Riebeek, que es un naturalista de la rama general, pero que se interesa mucho por la evolución en los animales extraterrestres.

—¿Por qué no? Los peludos son un hallazgo científico y los descubrimientos deben darse a conocer.

Peludo, Mike y Mitzi entraron alborotando procedentes de la cocina. Peludo saltó sobre la butaca y conectó la televisión. Mientras movía el selector apareció la quema de bosques de Big Blackwater. Mike y Mitzi se pusieron a gritar con cierto deleite y horror, como cualquier niño haría al ver una película de terror. Ahora ya sabían que nada de lo que pasaba en la pantalla les podía hacer daño,

—¿Tienes inconveniente en que estos señores vengan y vean a los peludos?

—¿Por qué voy a tenerlo? A estos les gustará sentirse acompañados.

Mamá peludo, el pequeñín y Ko-Ko entraron y parecieron dar el viste bueno a lo que en la pantalla estaban viendo y a continuación se sentaron para contemplar la emisión. Cuando el timbre de la cocina sonó para indicar que la cena estaba lista, se levantaron todos y Ko-Ko apagó la pantalla. Ben Baínsford lo miró detenidamente un instante.

—¿Sabes? Tengo amigos casados que tienen hijos y les ha costado muchísimo conseguir enseñar a críos de ocho años a que apaguen el televisor cuando están viendo un programa...

Después de cenar tardaron una hora en grabar todo lo sucedido desde la primera vez que Jack oyó ."iYeeek!" en la ducha. Cuando concluyó, Ben Rainsford hizo algunas observaciones y paró el magnetófono; luego miró su reloj.

—Veinte cien. Deben ser diecisiete cien en Mallorysport, y sí llamo ahora mismo aún podré encostrar a Jiménez en el Centro Científico. Normalmente trabaja hasta un poco tarde.

—Hazlo, ¿Quieres enseñarle a alguno de los peludos? —dijo Jaek mientras apartaba de la mesa se acercó a la silla de forma que pudiera ser captada por el objetivo del telecomunicador y se sentó con Mike, Mitei y Ko-Ko. Rainsford buscó el canal adecuado y marcó una combinación colocando entonces sobre su cabeza al pequeñín de la familia,

Instantes después la pantalla parpadeó y apareció un hombre joven con la expresión propia de quien

busca la certeza de que su imagen es la adecuada para aparecer en público. Era un tipo calmoso, comedido, con un rostro que denotaba su alto grado de integración en su grupo humano, el mismo rostro que cada año aparecía en los programas educativos de la Tierra.

—¡Hola, Bennett! ¡Vaya sorpresa! —comenzó diciendo—. Nunca hubiera imaginado que —pareció ahogarse, por lo menos esa impresión dio al manifestar su sorpresa—... Pero, en nombre de Dai-But-su, ¿qué clase de seres son esos que tiene usted enfrente, en la mesa? Jamás he visto nada semejante... pero ¿qué tiene usted sobre la cabeza?

—Es un grupo familiar de peludos —dijo Rainsford explicando—: Se trata de un macho adulto, una hembra adulta y un macho joven. —Dicho esto levantó de su cabeza al pequeño peludo y lo puso en brazos de su madre—. Son miembros de la especie *Peludo Peludo Holloway Zarathustra*, y el caballero a mi izquierda es Jack Holloway, el buscador de piedras solares, que es quien los ha descubierto. Jack, te presento al científico Juan Jiménez.

Dicho esto se estrecharon sus propias manos como hacen los chinos en el planeta Tierra, que era lo usual en las comunicaciones televisivas en Zarathustra, y afirmaron (un poco distraídamente por lo que tocaba a Juan Jiménez) que sentían mucho gusto en conocerse. El científico que estaba al otro lado de la pantalla no podía apartar su vista de los peludos.

—¿De dónde han venido? ¿Está usted seguro de que son de este planeta?

—Lo que sí puedo asegurarle es que todavía no han llegado a construir naves espaciales, doctor Jiménez. En mi opinión se hallan más o menos en el Paleolítico.

Jiménez, creyendo que le gastaban una broma, se echó a reír. Era aquella risa que como una bombilla podía encenderse o apagarse; pero Baínsford le aseguró que aquellos seres eran oriundos de Zarathustra.

—Todo lo que sabemos sobre ellos lo hemos registrado en una grabación — dijo—, una cinta de una hora aproximadamente. ¿Puede usted poner su aparato a sesenta de velocidad? —preguntó mientras preparaba su magnetófono—. Hágalo y le transmitiré la grabación. Por cierto que si pudiera ponerse en contacto con Gerd van Riebeek me gustaría que él también oyera este documento, pues se trata de algo muy afín con su trabajo habitual.

Cuando Jiménez estuvo listo, Rainsford apretó el mando de reproducción de cinta y durante un minuto el aparato emitió un gruñido oscilante. Todos los peludos miraban la escena sorprendidos. Luego acabó la grabación ultrarrápida.

—Creo que cuando lo hayan escuchado atentamente, Gerd y usted querrán venir a conocer a estos pequeños personajes. Si les es posible, podrían traer también a algún psicólogo cualificado, capaz de valorar la inteligencia de estos peludos. Jack no estaba bromeando cuando le dijo lo del Paleolítico. Si no son seres racionales, les debe faltar para ello como un diámetro de átomo.

Jiménez se mostró casi tan sorprendido como los peludos, y dijo, mirando primero a Rainsford, luego a Jack y luego atrás:

—Seguramente no querrá decir tanto, ¿verdad? De todas formas les llamaré luego, después de que hayamos escuchado la grabación. Ustedes están situados a tres husos horarios de nosotros, ¿no es cierto? Pues procuraremos que sea antes de su medianoche, que serán las veintiuna cien.

Una media hora antes de lo esperado llamó. Esta vez lo hacía desde un apartamento en lugar de hacerlo desde un despacho. En primer plano podía verse un magnetófono y una mesita baja con algunas cosas de comer y de beber. Con él había otras dos personas. Uno era un caballero de una edad similar a la de Jiménez, de rostro un tanto curtido por el aire libre, de buen humor y aspecto menos atildado y acomodaticio que éste. La otra persona era una mujer de cabello negro y brillante y sonrisa un tanto enigmática, como la de Mona Lisa. Los peludos se estaban durmiendo y hubo que espabilarlos con pastel de lata, por el que demostraron más interés que por la pantalla.

Jiménez presentó a sus acompañantes; eran Gerd van Biebeek y Ruth Ortheris, de la que dijo:

—Buth trabaja en el departamento del doctor Mallín; ha estado trabajando en el departamento escolar y el tribunal de menores. Probablemente sea capaz de hacer con sus "peludos" lo mismo que haría un auténtico xenopsicólogo.

—Bueno, he trabajado algo con extraterrestres —dijo la mujer—. He estado en los planetas Loki, Thor y Shesha.

—Yo también —dijo Jack—. ¿Van a venir ustedes por aquí?

—Desde luego —respondió Van Biebeek—. Saldremos mañana por la tarde. Podremos estar un par de días, pero eso no supondrá para usted ningún inconveniente. Mi vehículo es lo suficientemente espacioso para que podamos hacer vida en él. Y ahora dígame cómo llegar hasta usted.

Jack se lo dijo y le facilitó las coordenadas del lugar; Van Eiebeek tomó nota mientras Jack añadía:

—Debo insistir, sin embargo, en algo que no quisiera tener que volver a recalcar, y es que no deseo que estos seres sean tratados como animales de laboratorio, sino con la debida consideración. No les harán el menor daño ni les molestarán ni les obligarán a hacer cosas que no deseen hacer, ¿comprendido?

—Lo comprendemos. No haremos nada a los peludos que usted no haya aprobado primero. ¿Quiere usted que le llevemos algo que pueda necesitar?

—Pues sí, muchas gracias. Hay varias cosas de las que ando escaso aquí en mi campamento. Se las pagaré cuando vengan ustedes. Acuérdense de traer tres cajas de latas de ración del tipo III y algunos juguetes. Doctora Ortheris, ¿escuchó usted la grabación? Pues bien, piense por un momento que es usted un peludo y traiga lo que en tal caso le gustaría.

5

Víctor Grego aplastó lenta *j* concienzudamente su cigarrillo.

—Sí, Leonard —respondió pacientemente—. Sin duda es muy interesante y todo un descubrimiento, pero no sé por qué hay que darle tanta importancia. No hay miedo de que yo vaya a quejarme por dejar que personas ajenas a la Compañía nos hayan ganado por la mano. ¿O es que acaso hay sospechas de que todo lo que Ben Rainsford pueda hacer es necesariamente un complot contra la Compañía y por tanto contra la civilización humana?

Leonard Kellogg parecía molesto y comentó:

—Lo que iba a decir, Víctor, es que tanto Ben Rainsford como ese hombre, Holloway, parecen convencidos de que éstos que llaman peludos son seres racionales y no animales.

—Bueno, bueno —dijo, dándose cuenta de que no había captado adecuadamente el significado de lo que Kellogg acababa de decirle—. ¡Le pido mil perdones, Leonard! No le recrimino por tomarse la cosa tan en serio, ya que en ese caso el planeta Zarathustra podría considerarse legalmente como habitado, de la categoría IV.

—Y la concesión de la Compañía es sólo para una planeta de categoría III, es decir deshabitado —añadió Kellogg.

Evidentemente, aquella concesión quedaría sin efecto si se descubría en Zarathustra cualquier raza de seres inteligentes.

—¿Sabe usted lo que sucedería si eso resulta ser verdad?

—Pues creo que habría que renegociar la concesión, y ahora que el Departamento Colonial del Gobierno sabe qué clase de planeta es éste, hará cualquier cosa menos mostrarse generoso con la Compañía...

—No querrán renegociar nada, Kellogg. El Gobierno de la Federación llegará a la conclusión de que la Compañía, con las ganancias obtenidas hasta la fecha, ha podido obtener unos beneficios suficientes para amortizar sus inversiones en Zarathustra, y sólo nos autorizarán a conservar lo que podamos demostrar que es realmente nuestro, ¡al menos eso espero!, y nos hará revertir el resto al patrimonio público.

Las inmensas llanuras de los continentes Beta y Delta, con sus enormes rebaños de ñus, serían bienes comunales, y todo animal que no llevase la marca de la Compañía sería considerado como un bien mostrenco. Y además toda la gran riqueza mineral no explotada y las tierras susceptibles de cultivo. Incluso el proyecto Big Blackwater quizá requiriese años de litigio para que fuese concedido a la Compañía. Las Líneas Espaciales Tierra-Baldur-Marduk perderían su franquicia monopolística y los tribunales no tendrían contemplaciones. Además, el monopolio sobre la importación y la exportación se vería dría abajo y los colonos se meterían en todo.

—El caso es que nosotros no saldríamos mejor librados de lo que salió la Compañía de Yggdrasil —intervino—. A ellos les concedieron la explotación de un yacimiento de guano en un continente, pero dentro de cinco años estarán sacando ellos más dinero del estiércol de los murciélagos allí, del que nosotros sacaremos de todo este planeta..»

Además el buen amigo de la Compañía e importante accionista de la misma, Nick Emmert, sería sustituido por un Gobernador General de la Colonia que tendría

a su disposición fuerzas militares regulares y un complejo aparato burocrático. Habría también elecciones y un parlamento representativo, y cualquiera que tuviese una queja contra la Compañía trataría de que se aprobasen las leyes que mejor le pareciesen. Todo eso sin contar con que habría una Comisión de Asuntos Indígenas que metería las narices en todo.

—Pero no pueden dejarnos sin algún tipo de concesión —insistió Kellogg, que parecía querer engañarse a sí mismo—. ¡No sería justo! —arguyó—. ¡Al fin y al cabo no es culpa nuestra!

—Leonard, escuche —dijo el otro con forzada paciencia en su voz—. Trate de darse cuenta de que la Federación Terrestre y su gobierno no sienten el menor interés en saber si es justo o no, ni si la culpa de lo que suceda es nuestra y no lo es. El Gobierno Federal viene lamentando la concesión hecha a nuestra compañía desde el momento en que la firmaron, pues han visto que Zarathustra es un planeta mucho mejor de lo que fue la Tierra incluso antes de las Guerras Atómicas, Si ahora tienen una oportunidad para rescindir la concesión, con todas las mejoras que hemos hecho, ¿cree que no la aprovecharán a poco que puedan? Si esas criaturas del continente Beta son seres racionales, nuestra concesión de exclusiva no vale ni lo que cuesta el pergamino en que se firmó. —Por un instante se hizo el silencio y luego prosiguió—: ¿Oyó usted la grabación que envió Rainsford a Jiménez? ¿Acaso él y Holloway no insisten una y otra vez en la racionalidad de esos seres?

—Bueno, no precisamente con esas palabras. Holloway alude en varios párrafos a estos seres como "gente", pero se trata de la opinión de un viejo e ignorante buscador de gemas. Rainsford no tomará ninguna decisión por sí mismo, pero ha dejado la puerta abierta para que otros puedan tomar partido...

—Según ese relato, ¿pueden ser considerados seres racionales esas criaturas?

—Por lo que se dice en la cinta, sí —respondió abrumado Kellogg—. Podrían serlo.

Y probablemente lo serían si Leonard Kellogg no podía evitarlo.

—En tal caso, les parecerán seres inteligentes a esa gente suya que ha enviado a Beta esta mañana, y ellos tratarán la cuestión desde un punto de vista exclusivamente científico, sin considerar los aspectos legales. Ha de hacerse cargo usted, Leonard. Llevará la investigación usted mismo antes de que puedan emitir informes que luego todos lamentaríamos.

A Kellogg no pareció gustarle mucho la cosa. Aquello significaba que tendría que ejercer su autoridad y mostrarse duro con la gente, y eso era algo que le repugnaba. Asintió muy a regañadientes.

—Bueno. Supongo que lo haré. Pero déjemelo pensar un poco, Víctor.

Una cosa había que reconocer de Leonard, y era que cuando se le encomendaba algo que no podía eludir o que no tenía a quién encomendárselo a su vez, se ponía a trabajar de firme; posiblemente sin entusiasmo, pero a conciencia.

—Me llevaré a Ernst Mallín —dijo—. Ese Rainsford no está cualificado en ninguna de las psicociencias. Sería capaz de imponer su criterio a Ruth Ortheris, pero no a Ernst Mallín; por lo menos si le hablo primero a Mallín. —Se detuvo unos instantes y prosiguió—. Tendremos que quitarle esos peludos a Holloway. Luego redactaremos un informe de descubrimiento de manera que figuren Holloway y Rainsford como los autores materiales del hallazgo, y hasta respetaremos si es preciso la denominación científica que han adoptado; pero haremos constar que aunque se trata de seres muy inteligentes, los peludos no son ni mucho menos una raza capaz de raciocinio. Si Rainsford insiste en reclamar sobre este extremo afirmaremos que miente deliberadamente.

—¿Cree usted que ha enviado ya algún informe al Instituto de Xenociencias?

—Lo que creo —dijo Kellogg meneando la cabeza— es que pretende embaucar a algunos de los nuestros para que apoyen sus argumentos en pro del reconocimiento de racionalidad para esos seres. Por lo menos en el sentido de corroborar las observaciones que él y Holloway han realizado, según ellos. Por eso tengo que ir a Beta lo antes posible.

Kellogg ya había logrado convencerse a sí mismo de que la idea de ir a Beta había sido suya desde un principio. E incluso, probablemente, estaba tratando de autoconvencerse de que las afirmaciones de Rainsford no eran sino una sarta de mentiras. Si la cosa iba mejor así, por qué no hacerlo. Al fin y al cabo aquello era cuestión suya.

—Si no se le detiene, no tardará en informar, y dentro de un año tendremos aquí todo un regimiento de investigadores procedentes de la Tierra. En este plazo debe usted haber desacreditado del todo tanto a Rainsford como a Holloway, y le *garantizo* que no les dejarán seguir investigando. Los peludos —dijo reflexionando— no son sino ANIMALES CON LA PIEL CUBIERTA DE PELO, ¿estamos?

—En su cinta, Holloway habla de la suavidad y tacto sedoso de su piel.

—Pues recalque ese extremo en su informe. Tan pronto como esto se publique, la Compañía ofrecerá dos mil créditos por piel de peludo, y para cuando el informe de Rainsford llegue a la Tierra ya los habremos exterminado.

—¡Pero Víctor! ¡Eso sería genocidio! —exclamó Kellogg con alarmada sorpresa.

—¡Tonterías! El genocidio es el exterminio de una raza de seres racionales. Aquí se trata de animales con piel; a usted y a Ernst Mallín les toca demostrarlo.

Los peludos que estaban jugueteando en la hierba frente a la casa quedaron inmóviles y sus rostros se volvieron hacia el oeste. Luego echaron a correr y se subieron atropelladamente al banco situado junto a la puerta de la cocina.

—¿Qué pasa? —inquirió Jack Holloway»

—Han oído el ruido de la aeronave —explicó Rainsford—. Así reaccionaron ayer cuando viniste con tu vehículo. ¿Está todo listo? —concluyó mirando hacia la mesa de campo que habían puesto bajo los árboles con hojas en forma de pluma.

—Sí, todo está listo menos la comida. No estará preparada hasta dentro de una hora. Ahora los veo.

—Tienes mejor vista que yo, Jack. Ahora los veo yo también. Espero que nuestros amigos hagan una buena exhibición para los visitantes —dijo sin poder disimular su ansiedad.

Reinaba cierta inquietud desde que llegara Ben, poco antes del desayuno. No era que aquella gente de Mallorysport fuese muy importante por sí misma; Ben tenía más renombre en los círculos científicos que cualquiera de aquellas personas de la Compañía. Por lo que estaba nervioso era por los peludos.

La aeronave pasó de ser un punto apenas visible hasta ir cobrando forma y descendió en espiral posándose en el claro del terreno. Cuando dejó de funcionar la fuerza antigravitatoria, Jack y Ben se acercaron y los peludos saltaron del banco y les acompañaron hasta el recién llegado vehículo.

Los tres visitantes se apearon. Ruth llevaba un jersey y un pantalón bombacho que se ajustaba sobre unas botas altas. Gerd van Riebeek había realizado sin duda mucho trabajo al aire libre, pues tenía las botas sucias y llevaba unos pantalones caqui bastante usados, y el hecho de ir armado suponía que

estaba al corriente de las sorpresas con las que podía encontrarse en aquel territorio de Piedmont.

Juan Jiménez llevaba el mismo atuendo deportivo que vestía en su aparición en la pantalla de comunicaciones el día anterior. Todos llevaban equipo fotográfico. Saludaron estrechando manos y los peludos comenzaron a hacer ruido para hacerse notar. Luego tanto las personas como los peludos se acercaron a la mesa preparada bajo los árboles.

Ruth Ortheris se sentó en la hierba con manía peludo y su hijo. Inmediatamente el pequeñín se interesó por un colgante de plata que Ruth llevaba al cuello con una cadena y que tintineaba en forma que le llamó la atención. Luego intentó sentársele en la cabeza, mientras Ruth trataba con cuidado pero con energía de hacerle desistir. Juan Jiménez se había agachado colocándose entre Mike y Mitzi, a los cuales examinaba detenidamente, alternando sus observaciones, que grababa mediante un pequeño micrófono colgado de su cuello. Gerd van Riebeek se dejó caer en una silla plegable y sentó a Peludo en sus rodillas.

—Es sorprendente —dijo— no sólo el haber encontrado estas criaturas después de veinticinco años de estancia en el planeta, sino el encontrar unos seres como éstos. Son algo único. Miren, no existe el menor vestigio de cola, y en el planeta no hay ningún otro mamífero sin cola. Claro que tampoco hay ningún otro mamífero que se les parezca ni remotamente. Nosotros, por ejemplo, pertenecemos a una extensa familia con una cincuentena de géneros de primates. Pero este pequeño ser no está emparentado con nadie.

—¿Yeek?

—Además —prosiguió—, ahí tiene usted al ser humanoide más pequeño que conocemos. Ese es un récord al que usted tiene derecho, Jaek. Pero

Ko-Ko, que había trepado a las rodillas de Rainsford, saltó al suelo repentinamente, agarró su arma-herramienta, que había dejado junto a la silla, y comenzó a caminar por la Merba. Todos se pusieron en pie y los visitantes desenfundaron sus cámaras. Los peludos se sorprendieron por todo aquello. Solamente se trataba de otro camarón terrestre.

Ko-Ko se colocó frente a él dándole un golpe en el morro para obligarle a detenerse y luego, en una postura de lo más teatral, blandió su arma y la descargó en la nuca del bicho. Después de voltearlo, lo miró casi con pena y le asestó un par de golpes de plano. Luego comenzó a descuartizarlo.

—Ya veo por qué le llaman Ko-Ko —dijo Ruth enfocando su cámara hacia allí—. Los oídos, ¿lo hacen así?

—Pues Peludo corre al lado del camarón y de pronto da un giro lateral y le asesta el golpe mortal. Mike y Mitzi los voltean primero y los decapitan boca arriba. Mamá peludo les golpea primero en las patas; pero en lo que todos coinciden es en decapitar a estos crustáceos y en la manera de romper el caparazón por la parte Inferior.

—Eso es algo fundamental —dijo Ruth—. Es el instinto. La técnica la han aprendido por su cuenta o por imitación. Cuando este pequeñín comience a matar sus propios camarones, veremos que lo hace igual que su madre...

—En, imiren! —gritó Jiménez—. Se ha hecho un gancho como los de comer langosta.»

Durante el almuerzo hablaron exclusivamente de los peludos. Estos engullían todo lo que se les daba. Gerd van Riebeek sugirió la posibilidad de que los peludos, que estaban también emitiendo sonidos, estuvieran discutiendo sobre las

malas costumbres de los humanos. Juan Jiménez le miró disgustado, como preguntándose hasta qué punto podía ser capaz de pensar aquello seriamente.

—Lo que más me impresionó en el relato grabado fue el incidente que tuvieron con la fiera esa de tres cuernos —dijo Ruth—. Cualquier animal que vive en compañía del hombre procura atraer su atención ante un peligro, pero jamás he tenido noticia de que ni un kholph de Preya ni un chimpancé de la Tierra hayan utilizado una pantomima descriptiva. Peludo efectuó realmente una representación simbólica, mediante la abstracción de las características más sobresalientes de la fiera.

—¿Creen ustedes que el gesto de extender el brazo y emitir un fuerte ruido pudiera representar la acción de disparar un rifle? Porque —prosiguió Van Riebeek— ya le había visto a usted disparar en otra ocasión, ¿verdad?

—Creo que, efectivamente, se trata de eso. Como si quisiera decirme que había una fiera terrible afuera y que la matase lo mismo que había hecho con el pajarraco. Pero de todas formas, si no hubiera echado a correr por delante de mí y me hubiera señalado hacia atrás, ya estaría muerto ahora.

Jiménez habló con aire dubitativo:

—Sé que hablo desde una base de ignorancia; aquí el experto en peludos es usted, pero ¿no cabe la posibilidad de que esté exagerando la antropomorfización? ¿Qué esté estableciendo un falso paralelismo entre estos seres y sus personales características y rasgos mentales?

—Mire, Juan, no voy a responderle ahora. Creo que no le voy a responder en absoluto. Aguarde hasta haber estado observando a los peludos un poco más y después haga otra vez la pregunta, pero no me la haga a mí: ¡hágasela a usted mismo!

—Ya ve usted, Ernst. Ese es el problema.

Leonard Kellogg dejó caer aquellas palabras como un pisapapeles sobre las otras dichas anteriormente y aguardó. Ernst Mallín permanecía sentado, inmóvil, con los codos sobre la mesa de despacho y la barbilla entre las manos. En las comisuras de los labios aparecieron unas arrugas en forma de paréntesis.

—Sí, claro. No soy abogado, desde luego, pero...

—No se trata de una cuestión legal. Es un problema psicológico y para un psicólogo.

Aquello era de la incumbencia de Ernst Mallín y él lo sabía.

—Tendría que verlo personalmente antes de dar mi opinión. ¿Tiene usted aquí la cinta de Holloway? —al asentir Kellogg, Mallín prosiguió—: ¿Alguno de ellos presentó un informe en regla sobre la racionalidad de estos seres?

Respondió de idéntica forma a cuando Víctor Grego le había planteado la misma cuestión, añadiendo :

—El relato consta solamente, en la práctica, de las afirmaciones no comprobadas hechas por Holloway acerca de algo de lo que él afirma haber sido el único testigo.

—Ah, claro —dijo Mallín sonriendo levemente—. Y ese individuo no es un observador cualificado, lo mismo que en materia como ésta tampoco lo es Rainsford. Aparte de su prestigio como xenonaturalista, puede considerársele lego en una materia como las ciencias psicológicas. Se ha limitado a aceptar por las buenas las afirmaciones hechas por ese otro individuo. Respecto a lo que afirma

haber comprobado personalmente, ¿cómo podemos saber que sus descripciones no están llenas de errores?

—¿Cómo saber si no está mintiendo deliberadamente?

—Pero, Leonard, eso sería una acusación grave...

—Algo así ha ocurrido más de una vez. Aquel tipo que talló una inscripción marciana en una cueva de Kenya, por ejemplo. O la afirmación de Hellermann de que había logrado cruzar ratones terrestres con tilbras del planeta Thor. O lo del Hombre de Pilledown en el primer siglo de la era Preatómica...

—A nadie se le ocurre que pueda tratarse de una cosa así, pero, tal como usted dice —asintió Mallín—, cosas así han sucedido. Ese tal Rainsford es el tipo capaz de hacer algo como eso. Esencialmente, se trata de un egoísta individualista, un tipo de personalidad mal adaptada. Digamos que pretende hacer un descubrimiento sensacional que le asegure una posición destacada en el mundo científico en el que se cree integrado. Se encuentra entonces con ese viejo buscador de gemas en cuyo campamento hay unos cuantos animales extraviados. El viejo los ha domesticado y les ha enseñado unos pocos trucos y finalmente ha llegado a proyectar sobre ellos su propia personalidad en tal medida que ha llegado a convencerse de que son gente semejante a él. Esta es la gran oportunidad para Rainsford, pues así puede presentarse como el descubridor de una nueva raza de seres racionales y tener a sus pies a todo el mundo científico. Sí, Leonard —sonrió Mallín—. Cabe en lo posible que así sea.

—Nuestra misión es, en tal caso, detener todo esto antes de que acabe en otro escándalo científico como el de los híbridos de Hellermann.

—Primeramente hemos de repasar la grabación y ver lo que tenemos entre manos. Después hay que hacer un estudio exhaustivo de esos animales y mostrarles a Rainsford y a su cómplice que no deben abrigar esperanzas respecto a esas ridículas pretensiones científicas que plantean impunemente. Si podemos convencerles en privado, mejor; pero si no habrá que hacerlo en público.

—Yo ya he escuchado la cinta, pero vamos a pasarla de nuevo ahora. Hay que analizar los trucos que Holloway les ha enseñado a esos bichos y ver lo que

—Sí, desde luego. Hay que hacerlo en seguida —dijo Mallín—. En tal caso, tenemos que considerar primero qué clase de afirmación hacemos y qué tipo de pruebas necesitamos para apoyarla.

Después de la cena, los peludos tuvieron un rato de asueto en el exterior; pero cuando la luz del crepúsculo se fue ocultando tras el barranco, pasaron al interior y se les dio uno de los nuevos juguetes que les habían traído desde Mallorysport. Era una gran caja con bolas multicolores y unas varillas de plástico transparente para unir las. No sabían que era un juego de modelismo molecular, pero pronto averiguaron que se podían unir las bolas mediante los palitos transparentes y que podían confeccionar modelos de tres dimensiones.

Aquello era mucho más divertido que las piedras de colores. Hicieron unas cuantas figuras para probar, luego las desmontaron y comenzaron una sola de gran tamaño. Lo desbarataron varias veces ya del todo ya en parte y comenzaron de nuevo, aunque con gran acompañamiento de voces y gestos.

—Tienen sentido artístico—dijo Van Riebeek—. He visto muchas esculturas abstractas que no valían ni la mitad de lo que están haciendo.

—Tienen también buen sentido ingenieril —dijo Jack— ya que dominan el equilibrio y el centro de gravedad de las figuras que hacen. Están distribuyendo bien los elementos y procuran que la figura no resulte pesada de arriba.

—Jack, he estado pensando acerca de lo que me dijo sobre que me preguntase a mí mismo —dijo Jiménez—. ¿Sabe?, llegué aquí lleno de recelo, y no es que dudase de su honestidad, sino que supuse que habría podido dejarse llevar por su evidente afecto a estos peludos hasta el extremo de concederles una capacidad intelectual muy superior a la que poseían. Ahora creo que usted los ha juzgado algo por debajo de su auténtica capacidad. Nunca he visto cosa semejante.

—Oye, Ruth —dijo Van Riebeek—. has estado muy callada esta tarde. ¿Qué opinas?

Ruth Ortheris estaba incómoda y dijo:

—Mira, Gerd, es todavía pronto para emitir una opinión como ésa. Sé que la manera que tienen de trabajar juntos se parece a la cooperación convenida para una finalidad concreta, pero, sencillamente, no puedo considerar ese "yeek yeek" como lenguaje.

—Prescindamos del consabido "hablar y saber encender un fuego" —dijo Van Riebeek—; pero resulta evidente que, si son capaces de colaborar en un proyecto común, deben de tener alguna forma de comunicarse entre sí.

—No se trata de comunicación sino de simbolización. Un lenguaje no es racional si no puede expresarse en símbolos verbales. Compruébenlo. No se trata de cambiar las bobinas de un magnetófono o de desenfundar una pistola, o de cosas así, puesto que puede tratarse de trucos aprendidos. Yo a lo que me refiero es a las ideas.

—En ese caso, ¿qué opina usted del caso de Helen Keller? —terció Rainsford—. ¿Acaso pretende *usted* que sólo aprendió a pensar racionalmente después de que Arma Sullivan le enseñó lo que eran las palabras?

—No, claro que no. Ella era capaz de pensar en forma inteligente y solamente pensaba en términos de sentido-imaginación, limitándose a la percepción por el tacto.

Ruth miró con reproche a Rainsford, pues había abierto una brecha en uno de sus postulados fundamentales, y añadió:

—Por supuesto que había heredado el equipo neurocerebral necesario para pensar racionalmente. —Pero Ruth no siguió por aquel camino no fuese cosa que alguien le preguntara que cómo sabía que los peludos no lo poseían también.

—Sugiero que sigamos discutiendo la cosa, ya que el lenguaje no podría haberse inventado sin poseer previamente una mente racional —intervino Jack.

—Me está usted llevando de nuevo al colegio —dijo Ruth echándose a reír—. Esta solía ser una de las cuestiones candentes cuando estudiábamos primer curso de psicología. Cuando ya cursamos el segundo año de carrera nos dimos cuenta de que este argumento era como el de si fue primero el huevo o la gallina y lo dejamos correr.

—Es una lástima —dijo Ben Rainsford—, porque es una cuestión muy interesante.

—Lo sería si pudiera encontrarse una respuesta.

—Acaso sea posible encontrarla —dijo Gerd—. Sin duda existe una clave, precisamente ahí. Yo diría que esos seres se hallan en la divisoria de la racionalidad, y que es cuestión de jugar a cara o cruz Si se hallan en un lado o en otro de la moneda...

—Yo apostaría todas las piedras solares que llevo en esta bolsa —dijo Jack— a que los peludos están en la cara positiva de la moneda de la racionalidad.

—Bueno, quizá son solamente un poquito racionales —sugirió Jiménez, a lo que replicó enérgicamente Ruth:

—Eso es lo mismo que decir de alguien que está un poco muerto, o afirmar que una mujer está ligeramente embarazada... Son cosas que o se está o no se está.

Gerd van Riebeek habló al mismo tiempo diciendo :

—Escucha, Ruth, esta cuestión de la racionalidad es tan importante en mi campo como en el tuyo. La inteligencia es el resultado de la evolución por selección natural, lo mismo que sucede con las características físicas. Además es el más importante paso en la evolución de cualquier especie, incluida la nuestra.

—Un momento, Gerd —intervino Rainsford—. ¿Qué es lo que pretende decirnos usted, Ruth? ¿No son eso precisamente los grados de racionalidad?

—No. Se trata de grados de mentalidad, o de inteligencia si lo prefiere, del mismo modo que existe una gradación de la temperatura. Cuando la psicología llegue a ser una ciencia exacta como lo es la física, podremos medir la inteligencia como medimos la temperatura. Pero se trata de algo que distinga la racionalidad de la irracionalidad: es algo más que un más alto grado de temperatura mental; podríamos llamarlo una especie de punto de ebullición mental.

—Creo que es una comparación muy atinada —dijo Rainsford—; pero ¿qué sucede cuando se alcanza el punto de ebullición?

—Eso es lo que queremos saber —dijo Van Riebeek—. De eso es de lo que estaba hablando hace un momento. Nosotros, ahora mismo, no sabemos sobre cómo apareció la racionalidad más de lo que se sabía allá por el año 654 de la era Preatómica.

—Aguarden un minuto —interrumpió Jack—. Antes de profundizar más tenemos que ponernos de acuerdo en una definición de la racionalidad.

—¿Ha probado alguna vez a que un biólogo le defina la vida? —preguntó riéndose Van Riebeek— ¿Y la definición de un número por parte de un matemático?

—En eso estoy —dijo Ruth contemplando a los peludos que estaban mirando su juego de construcción como si estudiaran la posibilidad de añadirle alguna pieza más sin estropear lo construido—. Yo diría —continuó Ruth— que se trata de un nivel de racionalidad o de inteligencia cualitativamente muy distinto de la irracionalidad y que incluye la capacidad de simbolizar ideas, almacenarlas y transmitir las. Aptitud para generalizar y también para formar ideas abstractas. Y no menciono en absoluto lo de hablar y encender fuego.

—Peludo es capaz de simbolizar y generalizar —dijo Jack—. Simboliza un "maldita sea la cosa" representando los tres cuernos de esa fiera y simboliza un rifle mediante algo alargado que apunta en una dirección y emite un ruido estridente. Los rifles matan a los animales, y tanto los pajarracos como las fieras son animales, de manera que si un rifle es capaz de acabar con un pajarraco, también será capaz de acabar con una fiera.

—¿Cuál es la raza de seres racionales de más bajo nivel intelectual? —preguntó Juan Jiménez, que estaba pensativo.

—Los khoogras del planeta Yggdrasil —respondió inmediatamente Gerd van Riebeek—. ¿Ha estado alguno de ustedes en Yggdrasil alguna vez?

—En Mimir —dijo Jack Holloway— le pegaron una vez un tiro a un individuo que llamó "hijo de khoogra" a otro. Resultó que el insultado, que había estado en aquel planeta, sabía perfectamente lo que le estaban llamando.

—Yo pasé allí un par de años, entre esos seres de Yggdrasil —dijo Gerd—. Tengo que reconocer que saben encender fuego y que colocan puntas en los palos

para que les sirvan de lanza y hablan... Yo aprendí su idioma: ochenta y dos vocablos en total.

A unos pocos de los de inteligencia más destacada llegué a enseñarles cómo se maneja un machete sin herirse y hasta hubo uno de mentalidad privilegiada al que llegué a confiar mi equipaje para que lo transportase, sin quitarle el ojo de encima, pero no le dejé acercarse ni a mis armas ni a mi cámara.

—¿Son capaces de generalizar? —preguntó Ruth.

—¡No faltaba más! Cada una de las palabras de su idioma es una generalización: "Hroosha" quiere decir que se trata de una cosa que da vida; "Noosha", cosa mala. "Dishta" es algo para comer. ¿Quieren que siga? Sólo quedan setenta y nueve.

Antes de que nadie consiguiera hacerle callar, la pantalla de comunicaciones dio la señal de que llamaban. Los peludos se agruparon frente a ella y Jack encendió el dispositivo de recepción. El que llamaba era un hombre vestido de gris. Su cabello era gris ondulado y su rostro parecido al de Juan Jiménez, pero con veinte años más.

—Buenas tardes, aquí Holloway —dijo Jack.

—¡Ah, señor Holloway, buenas tardes! —el otro estrechó sus propias manos y sonrió afectadamente prosiguiendo—: Soy Leonard Kellogg, jefe de la División Científica. Acabo de escuchar la grabación que usted ha hecho con esos..., bueno, con los peludos, ¿no es así? ¿Son éstos los animales? —concluyó, mirando hacia el suelo.

—Efectivamente; éstos son los peludos. —Jack contestó confiando en que su aclaración sonara tal como tenía que hacerlo; como una puntualización—. El doctor Bennett Rainsford está aquí conmigo y con los doctores Jiménez, Van Riebeek y la doctora Ortheris.

En aquellos momentos podía ver por el rabillo del ojo el rostro nervioso de Jiménez, que parecía estar siendo atacado por un batallón de hormigas, y a Van Riebeek con una cara más larga que ancha, mientras sorprendió en el rostro de Ben Rainsford una especie de mueca.

—Algunos de nosotros no salimos en la pantalla y estoy seguro de que usted querrá hacer un montón de preguntas. Dispense un momento mientras nos ponemos más cerca.

Hizo caso omiso de la singular protesta de Kellogg sobre la inutilidad de hacer tal cosa, y se puso a repartir peludos, dándole el Peludo a Ben, Ko-Ko a Gerd, Mitzi a Ruth, Mike a Jiménez y sentándose él con mamá y su pequeñín, el cual inmediatamente comenzó la escalada hasta su cabeza, como era de esperar. También, como era de esperar, aquello desconcertó a Kellogg, y Jack decidió que enseñaría al pequeñín a hacer burla poniendo su pulgar en la nariz mediante una discreta señal convenida de antemano.

—Bueno, ahora le diré que acerca de la cinta de ayer noche... —comenzó diciendo mientras su sonrisa se hacía más y más mecánica y cada vez le costaba más esfuerzo dejar de mirar al pequeño peludo que Jack tenía sobre la cabeza—. Debo decirle que me sorprendió sobremanera el alto grado de inteligencia que usted atribuye a estas criaturas...

—Y usted quería saber lo embustero que soy, ¿verdad? No se lo reprocho, pues yo mismo no llegaba a creérmelo al principio.

Kellogg se echó a reír sonoramente y mostró una porción mayor de su dentadura mientras decía:

—¡Oh, no! Señor Holloway, no me interprete mal,, jamás pensé cosa semejante...

—Espero que no —respondió un tanto desabridamente Ben—. Yo suscribo cuantas observaciones hizo el señor Holloway, si usted lo desea.

—Desde luego, Bennett, es obvio, y permítame felicitarle por un descubrimiento científico de tanta envergadura. Es un nuevo orden de mamíferos..»

—Que puede ser la novena raza racional extrasolar —añadió Bennett Rainsford.

—¡Por Dios, Rainsford! —se sorprendió Kellogg—. No hablará en serio, ¿verdad? —preguntó Kellogg volviendo a mirar a los peludos.

—Creí que había escuchado usted la cinta —dijo Ben.

—Naturalmente; y lo que oí es muy interesante, ipero que se trate de seres racionales...! No puede afirmarse sino que han aprendido unos cuantos trucos y que usan palos y piedras a guisa de armas. Y una afirmación de tal categoría no puede hacerse sin un cuidadoso estudio —concluyó transformando su sonrisa en una expresión grave.

—Bueno, yo no afirmo que sean racionales —dijo Ruth Ortheris—. Al menos no puedo afirmarlo hasta dentro de un par de días, por lo menos. Pero es muy probable que lo sean. Saben aprender y tienen una capacidad de razonamiento equivalente a la de un niño de ocho años y francamente superior a la de muchos adultos de algunas razas tenidas por racionales. Además no se les han enseñado trucos de ninguna clase. Lo que han aprendido lo han hecho mediante la observación y el razonamiento.

—Ya sabe usted, doctor Kellogg —intervino Jiménez—, que lo referente a los niveles de racionalidad no es mi especialidad; sin embargo, tienen todas las características físicas que otras razas de seres racionales poseen: miembros inferiores especializados en la locomoción y miembros superiores en la manipulación, posición erecta, manos con pulgares en oposición..., en resumen, todos los rasgos considerados como requisitos previos para el desarrollo de la racionalidad.

—Por mi parte, creo sinceramente que son racionales—terció Van Riebeek—. Pero eso no es tan importante como el hecho de que se hallen en el mismísimo umbral de la racionalidad. Se trata de la primera raza de ese nivel mental que nadie haya visto jamás. Creo que el estudio de los peludos puede contribuir a la solución del problema de la aparición de la racionalidad en cualquier raza.

Kellogg había estado tratando de fingir un poco de entusiasmo y ahora le iba a dar salida:

—¡Estupendo! ¡Eso hará historia dentro de la Ciencia! Ahora pueden ustedes darse cuenta de lo valiosos que son esos seres. Hay que traerlos en seguida a Mallorysport, donde puedan ser estudiados en laboratorio por psicólogos cualificados y...

—¡No! —le atajó enérgicamente Jack quitándose de la cabeza al pequeño peludo y dándoselo a su madre, que se hallaba en el suelo. Aquella acción era evidentemente refleja, ya que sabía perfectamente que cuando se discute con la imagen electrónica de una persona situada a unos cuatro mil kilómetros de distancia, no es preciso desembarazarse de lo que se tiene entre las manos para tenerlas libres—. Olvídese de esa parte y comience de nuevo —le indicó.

Kellogg no le hizo el menor caso y le dijo a Gerd:

—Tiene usted la aeronave ahí, de manera que prepare en ella unas cuantas jaulas confortables...

—¡Kellogg!

El hombre de la pantalla dejó de hablar y se quedó atónito, con evidente indignación en su rostro. Era la primera vez en varios años que se habían dirigido a él llamándole escuetamente por el apellido, sin tratamiento por delante, y además era también la primera vez que alguien osaba levantarle la voz.

—¿Es que no me ha oído usted la primera vez, Kellogg? En tal caso, déjese de jaulas. A estos peludos no se los van a llevar a ninguna parte.

—Pero, señor Holloway, ¿es que no se da cuenta de que a estos pequeños seres hay que estudiarlos cuidadosamente? ¿No desea que sean situados en el lugar que merecen dentro de la jerarquía de la naturaleza?

—Si quiere estudiarlos, venga aquí y hágalo, siempre y cuando no les cause molestias a ellos o a mí; y en lo tocante a estudiarlos, ahora mismo están siendo estudiados. El doctor Rainsford los está estudiando, lo mismo que las tres personas que usted ha enviado, y por mí parte puedo decirle que también los estoy estudiando yo.

—Y a mí me gustaría que me aclarase su comentario sobre lo de los psicólogos cualificados —dijo Ruth Ortheris con una voz tan fría que rayaba en el cero de la escala Kelvin, añadiendo—: No estará usted poniendo en entredicho mis títulos profesionales, ¿verdad?

—Por favor, Ruth, ya sabe que no he querido decir nada de eso; le ruego que no interprete mal mis palabras —rogó Kellogg—. Pero es que se trata de un trabajo muy especializado...

—Desde luego, pero dígame —preguntó Ben Rainsford—, ¿cuántos especialistas en peludos tienen ustedes en el Centro Científico, Leonard? El único que existe, que yo sepa, está aquí y se llama Jack Holloway.

—Bueno, el caso es que yo pensaba en el doctor Mallín, el psicólogo jefe de la Compañía.

—Por mi parte no tengo inconveniente alguno en que venga también, siempre y cuando sepa que ha de contar con mi previa autorización para cualesquiera experimentos o pruebas que pretenda realizar con los peludos —dijo Jack—, Y usted, ¿cuándo vendrá?

Kellogg pensó que iría poco después de mediodía, al día siguiente. No tenía necesidad de preguntar cómo se llegaba hasta donde Jack Holloway había establecido su campamento. Efectuó unos modestos esfuerzos por volver a dar a la conversación el tono cordial que tenía al principio, pero desistió y cortó la conexión. En el cuarto de estar se hizo un breve silencio, y luego el doctor Jiménez dijo en tono de reproche:

—No fue usted muy amable con el doctor Kellogg. Quizá no se dé cuenta, pero se trata de una persona muy importante.

—Para mí no es importante, y le aseguro que no traté en absoluto de ser amable con él. La gente así no merece la menor amabilidad, porque si uno se muestra amable con ellos tratan de aprovecharse.

—No creía que usted conociese a Len —dijo Van Riebeck.

—No le conozco personalmente, pero esta especie de individuos se halla muy extendida por todas partes —y dicho esto se volvió hacia Rainsford para preguntarle—: ¿Cree usted que él y ese tal Mallin vendrán mañana?

—Naturalmente. Se trata de algo demasiado importante para dejarlo en manos de quienes no pertenecen a la Compañía. Desde ahora ya saben ustedes que tendremos que estar alerta para evitar que nos sorprenda dentro de un año una noticia procedente de la Tierra en la que se hable del descubrimiento de una

nueva raza de seres racionales en el planeta Zarathustra, clasificada como *Peludo Peludo Kellogg*. Tal como dice Juan Jiménez, el doctor Kellogg es un personaje muy importante, y es así como ha conseguido su importancia.

6

La voz de la grabación se calló. Durante un instante el magnetófono siguió en marcha completamente mudo. En medio del silencio una fotocélula actuó con un doble "click", abriendo un segmento del apantallamiento solar y cerrando otro en la cúpula. El comodoro espacial Alex Napier levantó la vista de su mesa para dirigirla hacia el torturado paisaje de Jerjes y la negrura del espacio sin atmósfera que se extendía más allá del inquietante y cercano horizonte. Tomó su pipa y sacudió en el cenicero la cazoleta. Nadie dijo nada y él comenzó a llenarla con tabaco.

—Y bien, caballeros... —dijo invitando a los demás a dar su opinión.

—¿Pancho? —interpeló el capitán Conrad Greibefeld, jefe ejecutivo, dirigiéndose al teniente Ybarra, jefe de psicólogos.

—¿Se puede uno fiar de esta gente? —preguntó Ybarra.

—Bueno, hace treinta años que conocí a Jack Holloway; fue en Fenris. Yo era solamente un simple alférez. Ahora debe de tener los setenta años cumplidos —y añadió—: Si él dice que ha visto algo yo le creeré. Y Ben Rainsford también es de fiar.

—¿Y qué hay del agente? —insistió Ybarra.

Miró a Stephen Aelborg, el oficial de los servicios de Información. Aelborg dijo: —Uno de los mejores. Es uno de los nuestros, un teniente de la Reserva Naval. No debe preocuparse acerca de su credibilidad, Pancho.

—A mí me parece que son seres racionales —dijo Ybarra—. Ya se sabe que eso es algo que hemos estado esperando siempre, y a veces incluso temiendo.

—¿Se trata de una excusa para intervenir en ese lío de ahí abajo? —preguntó Greibefeld.

—No, no —dijo Ybarra, mirándolo fijamente un instante—. Yo a lo que me refiero es a un caso de límite de racionalidad, algo que nuestra bendita norma del "hablar y saber encender un fuego" no alcanza a cubrir. ¿Cómo llegó esto a nuestro conocimiento, Stephen?

—El viernes pasado por la noche nos lo transmitió el centro de contacto de Mallorysport. Parece ser que hay varios ejemplares de la copia de dicha cinta. Un agente consiguió uno y lo transmitió al Centro de Contactos, que nos lo envió a nosotros con los comentarios del agente —explicó Aelborg—. El Centro de Contactos ordenó una vigilancia rutinaria en la sede de la Compañía y, para estar más seguros, en la Residencia. En aquel momento no había razón alguna para tratar el asunto por la tremenda, pero conseguimos un informe el sábado por la tarde (hora de Mallorysport) según el cual Leonard Kellogg habla reproducido la cinta copiada que Juan Jiménez había grabado para archivo, dando inmediatamente la alarma a Víctor Grego.

"Es evidente que Grego se dio cuenta en seguida de lo que eso podía significar y envió inmediatamente a Kellogg y al psicólogo jefe Ernst Mallín hacia el continente Beta a fin de probar que las afirmaciones de Rainsford y Holloway no eran sino una mentira intencionada. Luego viene lo de que la Compañía pretende auspiciar la caza de esos peludos para obtener su hermosa piel, con la esperanza de que, gracias a la ambición, toda la raza haya desaparecido antes de que desde la Tierra pueda llegar alguien para comprobar el relato de Rainsford.

—Este último detalle es nuevo. —Podemos probarlo —le aseguró Aelborg. Parecía idea de Víctor Grego. Encendió su pipa con parsimonia y pensó que

malditas las ganas que tenía de intervenir en una cuestión como aquélla. Ningún oficial de la Marina Espacial hubiera querido hacerlo. Una intervención justificada en un planeta colonial era algo demasiado ingrato, ya que había que prestar declaración ante una comisión investigadora y a menudo concluir el asunto ante un tribunal militar. Además, asumir la autoridad civil era algo que iba contra los principios del Servicio. Claro que en los Principios del Servicio había otros y más importantes capítulos, como los referentes a la autoridad de la Federación Terrestre y a la Inviolabilidad de la Constitución Federal. Y también a los derechos de los seres extraterrestres. Evidentemente Conrad Greibefeld había estado pensando acerca de ello, pues dijo:

—Si esos peludos resultan ser racionales, todo el tinglado ese de ahí abajo es ilegal, llámese Compañía, Administración Colonial y todo lo demás. Zarathustra es un planeta de clase IV y eso es todo.

—No intervendremos si no nos vemos obligados a ello, Pancho, y la decisión creo que te corresponde a ti en gran medida.

Pancho Ybarra se sobresaltó. —¡Por Dios, Alex! No hablarás en serio, ¿verdad? ¿Quién soy yo? ¡Un don nadie! Todo lo que tengo es un título de médico y un diploma de psicólogo. Hay psicólogos mucho mejores en la Federación...

—Pero están en la Tierra y no en Zarathustra; están a quinientos años luz de aquí, lo que supone seis meses de viaje para ir y otros seis para volver... Naturalmente, la cuestión de intervenir o no es de mi incumbencia; pero determinar si se trata de seres racionales o no te corresponde a ti. No te envidio, pero no puedo relevarte de esa responsabilidad.

La sugerencia de Van Riebeek de que los tres visitantes podían dormir en su propia aeronave no fue tomada en consideración. Gerd van Riebeek fue alojado en la habitación de huéspedes del pabellón destinado a vivienda. Juan Jiménez y Ben Rainsford pasaron la noche en el campamento de este último, Ruth Ortheris se quedó en la cabina de la aeronave. A la mañana siguiente, mientras Jack, Gerd y Ruth estaban desayunando en compañía de los peludos, Rainsford llamó por la pantalla de comunicaciones diciendo que Jiménez y él habían decidido tomar el aeroyeep y recorrer el saliente de Gold Creek, ya que creían que por los bosques de aquella zona podía haber más peludos.

Tanto Gerd como Ruth se dispusieron a pasar la mañana allí y a familiarizarse con los peludos. La peluda familia había desayunado lo suficiente como para no sentir ganas de meterse con los camarones terrestres, de manera que les dieron otro de los juguetes que habían traído: una pelota grande, de colores. La hicieron rodar por la hierba durante un rato; luego, decidieron guardarla para el recreo vespertino y la metieron en la casa. Más tarde estuvieron jugueteando por entre algunos trastos viejos que había en el cobertizo del patio del taller. De vez en cuando uno de los peludos se apartaba del grupo en busca de algún camarón terrestre, más por diversión que por hambre.

Ruth, Gerd y Jack estaban sentados alrededor de la mesa del desayuno, instalada sobre la hierba, hablando distraídamente y tratando de hallar alguna excusa para no fregar los platos. Mamá peludo y su pequeñín estaban jugando cuando de repente la madre dio un grito terrorífico y echó a correr hacia el cobertizo, empujando por delante a su hijo e incluso azuzándolo con golpes en el trasero, propinados con la parte plana del arma-herramienta, a fin de que se apresurase.

Jack echó a correr hacia la vivienda. Gerd empuñó su cámara fotográfica y se puso en pie. Fue Ruth la primera en conocer el motivo de aquel alboroto:

—¡Jack! ¡Mire ahí! —dijo señalando el lindero del campamento—. ¡Dos peludos forasteros!

Jack siguió corriendo, pero en vez de tomar el rifle como había sido su primera intención, tomó su aparato tomavistas, dos de las armas-herramientas que tenía de reserva y un poco de pastel de las raciones tipo III. Cuando volvió a salir, los dos peludos se habían acercado al claro y permanecían uno al lado de otro mirando a su alrededor. Los dos eran hembras y llevaban sendas armas-herramienta hechas de madera.

—¿Tiene suficiente película? —preguntó a Gerd, y tendiendo a Ruth su propia cámara le dijo—: Tenga ésta, Ruth, y aléjese lo suficiente para encuadrar bien lo que voy a hacer y lo que puedan hacer ellos. Quiero hacer un trato.

Se adelantó con el pastel en la mano y los instrumentos metidos en el bolsillo de atrás de su pantalón. Habló con voz suave y persuasiva a los forasteros y al llegar todo lo cerca que pudo sin asustarlos se detuvo.

—Tiene a nuestros peludos acercándosele por detrás —dijo Van Riebeek a Holloway—. Se han desplegado en guerrilla, como soldados, y empuñan sus armas. Ahora se han detenido a unos diez metros detrás de usted.

Jack partió un pedazo de pastel, se lo puso en la boca y comenzó a masticarlo, luego partió dos pedazos más y los tendió a los recién llegados. Los dos peludos se sintieron tentados, pero no echaron a correr. Jack arrojó ambos pedazos a poca distancia. Uno de los peludos se adelantó, tiró a su compañero uno de los pedazos de pastel y se comió el otro, alejándose y emitiendo unos sonoros signos de satisfacción y deleite.

La familia peluda de Jack pareció desaprobador sin ambages aquel despilfarro de golosinas con unos forasteros. Sin embargo, los dos peludos que habían aparecido pensaron que debía ser más seguro el acercarse y Jack pudo ver cómo momentos más tarde tomaban los pedazos de ración tipo III de su propia mano. Fue entonces cuando sacó del bolsillo trasero las armas-herramienta forjadas por él y dio a entender por gestos que pretendía hacer un intercambio. Los forasteros parecían sorprendentemente divertidos por aquello. Sin embargo, el clan de los peludos huéspedes de Jack estimó que el trato era un exceso de generosidad y se acercaron gimoteando contrariados.

Las dos hembras se retiraron unos pasos, con sus nuevas armas dispuestas para la defensa. Todos parecían aguardar una riña que tenía visos de ser inevitable, pero que nadie deseaba. A juzgar por lo que podía recordar de la historia terrestre, situaciones así solían acabar desastrosamente. En aquel momento Ko-Ko se adelantó arrastrando su arma-herramienta en forma evidentemente pacífica y se acercó a las dos hembras emitiendo unos sonidos dulces y tocando primero a una y luego a otra. A continuación depositó en el suelo su arma y le puso el pie encima, gesto al que las hembras correspondieron dándole unos afectuosos empujoncitos y caricias.

Pasó inmediatamente la crisis y el resto de la familia de peludos avanzó, dejando en el suelo sus armas y sentándose en círculo con las forasteras. Todos juntos comenzaron a balancear rítmicamente sus cuerpos y a emitir sonidos de timbre suave. Finalmente Ko-Ko y las dos hembras forasteras se levantaron, recogieron sus armas y partieron en dirección al bosque.

—¡Deténgalos, Jack! —gritó Ruth—. ¡Se escapan!

—Si quieren largarse no tengo derecho alguno a impedirselo.

Cuando hubieron llegado casi al lindero del bosque, Ko-Ko se detuvo, hincó la punta de su arma en el suelo y regresó corriendo hacia papá Jack, abrazándole

las rodillas y dando pequeños gritos. Jack se agachó y le acarició, pero sin tratar de tomarlo en brazos. Una de las hembras desclavó del suelo el arma-herramienta de Ko-Ko y ambas se acercaron lentamente. Peludo, mamá peludo, Mike y Mitzi fueron a su encuentro y durante unos instantes todos los peludos se abrazaron dando animadas voces. Luego caminaron en grupo por la hierba y penetraron en la casa.

—¿Ha salido toda la escena? —preguntó Jack a

Gerd.

—En la película seguro que sí. Pero yo no he entendido nada. ¿Qué es lo que ha pasado aquí?

—Se acaba de rodar la primera película que refleja las costumbres sociales e intertribales de los Peludos de Zarathustra, Este es el hogar de la familia y no quieren tener merodeando por aquí a seres ajenos a ella. Iban a expulsar de aquí a esas peludas, pero a Ko-Ko pareció gustarle su apariencia y decidió que podía irse con las chicas. Eso cambió por completo la situación; la familia se sentó a alternar con las recién llegadas y les hizo ver el buen partido que era Ko-Ko y se despidió de él; pero de repente el "novio" recordó que no se había despedido de mí y volvió a decirme adiós. La familia decidió, por lo visto, que dos miembros más en el grupo no sería excesivo para las posibilidades del hábitat, dado que papá Jack era tan providente, de modo que yo creo que ahora deben estarles enseñando a las recién llegadas los tesoros familiares para que se den cuenta de que han entrado en una familia pudiente.

A las hembras se las llamó Ricitos y Cenicienta. Cuando estuvo listo el almuerzo se hallaban todos en la salita de estar con el televisor conectado. Después de almorzar todo el clan se acostó en la cama, de Jack para echar una siestecita. Holloway pasó la tarde revelando la película tomada, mientras Gerd y Ruth ponían en limpio sus notas del día anterior y escribían un informe sobre la adopción que habían presenciado. A última hora de la tarde, los peludos salieron a distraerse un poco y a cazar camarones terrestres.

Antes de que ninguno de los humanos lo oyera, los peludos habían percibido el sonido de la aeronave que debía estar aproximándose. Todos echaron a correr y se encaramaron al banco de la puerta de la cocina. Se trataba de un aerocoché policial. Aterrizó y un par de policías se apearon diciendo que se habían detenido allí para ver a los peludos. Querían saber de dónde procedían los dos agregados y cuando Jack se lo dijo, se miraron el uno al otro:

—El siguiente grupo está en camino, llámenlos y entreténganles hasta que volvamos —dijo uno—. Nos gustaría tener alguno de estos peludos en el puesto de policía, aunque no fuese más que por lo que hacen con los camarones terrestres, ¿sabe?

—¿Cuál es la actitud de George? —preguntó Jack—. La otra noche cuando estuvo aquí se mostró bastante aprensivo respecto a ellos.

—Ah, bueno, pero ya lo ha superado —dijo uno de los guardias—. Llamó a Ben Rainsford y éste le dijo que no ofrecían ningún peligro. Oiga, y Ben dice que no son animales, que son gente.

Holloway les contó algunas de las cosas que hacían los peludos. Todavía estaba hablando cuando los peludos oyeron otra aeronave y escucharon atentamente. Esta vez eran Ben Rainsford y Juan Jiménez. En cuanto desconectaron la antigravedad, bajaron y sacaron del vehículo sus cámaras mientras Ben decía:

—Jack, hay peludos abundantes por allí. Todos parecen encaminarse en esta dirección. Se trata de una migración o de una romería. Vimos cincuenta por lo menos, en parejas, en grupos, cuatro familias y algunos solos. Seguro que por cada uno que vimos había diez a los que no pudimos ver.

—Podríamos ir allí mañana —dijo uno de los guardias—. ¿Puede usted, Ben, decirnos dónde estuvieron?

—Se lo señalaré en el mapa. —Luego vio a Ricitos y Cenicienta y comentó—: Pero ¿de dónde han venido estas damiselas? No las había visto nunca por aquí...

Al otro lado del riachuelo había otro claro, con un puente de troncos y un sendero en dirección al campamento. Jack dirigió hacia allí el gran aerocoche y colocó a su lado su aerojEEP con la capota abierta. En la parte delantera de la aeronave iban dos hombres: Kellogg y otro que resultó ser Mallín. Cuando cesó el efecto antigravitatorio, salió de la cabina de mando un tercer hombre. Jack sintió inmediatamente repulsión por Mallín. Tenía un rostro duro y hermético, lleno de arrogancia e intransigencia. El tercer individuo era más joven que los otros y su rostro no era muy expresivo; bajo la axila izquierda se notaba un abultamiento de su chaqueta. Kellogg hizo la presentación de Mallín y éste a su vez dijo que su ayudante se llamaba Kurt Borch.

Una vez en el campamento, Mallín tuvo también, que presentar al tercer hombre, Borch, no sólo a Ben Rainsford sino también a Van Riebeek, a Jiménez y a Ruth Ortheris, que parecía bastante extrañada. Para tranquilizar a Ruth, Mallín se apresuró a explicar que Borch estaba en la sección de personal, llevando a cabo una serie de pruebas. Esta explicación pareció incrementar la extrañeza de Ruth. Ninguno de los tres recién llegados parecía demasiado satisfecho de la visita de los policías y respiraron aliviados cuando la aeronave policial despegó.

Kellogg se interesó de inmediato por los peludos, agachándose para verlos de cerca. Dijo algo a Mallín, quien apretó los labios y meneó la cabeza diciendo:

—Sencillamente no se puede afirmar que sean racionales en tanto no se encuentre en su comportamiento algo que no pueda explicarse mediante ninguna otra hipótesis. Sería mucho más seguro suponer que no son seres racionales y demostrar tal suposición.

Allí estaba la clave. Kellogg se puso en pie y se enzarzó con Mallín en una serie de discusiones sobre la diferencia entre la demostración científica y la evidencia científica, discusión que se inició con uno de esos: "Estoy de acuerdo con usted, doctor, desde luego, pero ¿no cree, por otro lado, que usted debe también estar de acuerdo conmigo...?"

Jiménez intervino en la discusión, pero solamente para dar la razón a todo lo que decía Kellogg y para discrepar cortésmente de cuanto decía Mallín. Borch no hablaba; se limitaba a permanecer en pie y mirar a los peludos con indiscutible aire hostil. Gerd y Ruth decidieron que lo mejor sería preparar la cena.

Cenaron en el exterior en la mesa de campaña, con los peludos contemplándolos con curiosidad, Kellogg y Mallín evitaron cuidadosamente sacar a relucir el tema de los peludos en la mesa. Cuando oscureció, los peludos entraron en casa con la pelota de colores. Una vez estuvieron todos reunidos en la sala de estar, Kellogg, adoptando aires presidenciales, llevó la conversación hacia el tema. Durante cierto tiempo, sin dejar hablar a nadie, especuló sobre la importancia del descubrimiento de los peludos: éstos no le hicieron el menor caso y comenzaron a desmontar el juego de construcción formado por las esferas y los palitos. Ricitos y Cenicienta, que miraban muy interesadas, comenzaron a ayudar. —Desgraciadamente —dijo Kellogg—, gran parte de los datos con que contamos no son sino afirmaciones no comprobadas hechas por el señor Holloway y, ¡entiéndanme bien!, yo no dudo personalmente de nada de lo que en su cinta afirma el señor Holloway, si bien convendrán conmigo en que los científicos profesionales son de lo más reacio a la hora de dar por buenos los informes no acompañados de pruebas de quienes, con perdón,, ellos consideran que no son testigos idóneos.

—¡Por favor, Leonard! —intervino Rainsford con impaciencia—. Soy científico, con muchos más años de ejercicio profesional que usted, y doy por buenas las observaciones de Jack Holloway. Un hombre acostumbrado a vivir en las fronteras de la civilización, como Jack, ha de ser muy buen observador y persona minuciosa. Si no lo fuera, no hubiera podido vivir tanto tiempo en planetas fronterizos.

—No interprete mal mis palabras —repitió Kellogg—. No dudo de las afirmaciones del señor Holloway, pero no puedo evitar el pensar en cómo serán recibidas en la Tierra.

—A mí eso no me preocuparía lo más mínimo, Leonard, el Instituto acepta mis informes y yo abogo por la idoneidad de Jack Holloway ya que estoy en condiciones de demostrar la mayor parte de las afirmaciones que hace, basadas en la observación personal.

—Sí, pero hay algo más que afirmaciones verbales —terció Gerd van Biebeek—. Una cámara no es precisamente un testigo mal cualificado. Hemos sacado bastante película sobre los peludos.

—¡Ah, sí! Oí algo sobre las películas... —dijo Mallín—. ¿Han revelado ya alguna?

—Tenemos un montón de escenas, excepto las que se tomaron esta tarde en el bosque. Podemos pasar, las ahora mismo.

Bajó la pantalla situada frente al armero, sacó el proyector y colocó en él la película. Los peludos, que habían comenzado a jugar con la construcción de las esferas y los palos, se irritaron con el apagón, pero pronto se entusiasmaron con las imágenes filmadas, que comenzaron cuando Peludo excavaba un hoyo que le sirviera de letrina. Peludo se mostró particularmente complacido por la escena, en la que, si no se reconoció, indudablemente reconoció su herramienta. Luego venían unas imágenes suyas cazando, matando y comiendo camarones terrestres, sacando la tuerca del tornillo y volviéndola a enroscar; también había planos sobre los otros peludos, de sus juegos y sus cacerías. Luego vino la película sobre la adopción de Ricitos y Cenicienta.

Cuando acabó la proyección y se encendieron las luces Rainsford comentó:

—Lo que Juan y yo filmamos esta tarde en los bosques no es tan bueno como lo que acabamos de ver; la mayor parte de las tomas son de peludos vistos desde atrás en el momento de desaparecer en la espesura. Era difícilísimo mantenerse cerca de ellos con el aer Jeep porque tienen un oído finísimo. No obstante, estoy seguro de que en las imágenes que rodamos esta tarde aparecerán los objetos que llevaban, que eran esas armas-herramienta como las que en la última película cambiaron por las nuevas.

Mallin y Kellogg se miraron uno al otro con evidente consternación.

—Usted no nos dijo que había más peludos por aquí cerca —dijo Mallin como si acusara de doblez a aquellos hombres—. Esto cambia la situación —añadió dirigiéndose a Kellogg.

—¡Claro que sí! —dijo Kellogg con fruición—. Es una magnífica oportunidad. Por cierto, señor Holloway, creo que toda esta zona es de su propiedad, ¿verdad? Bueno, pues le rogamos que nos autorice a acampar en aquel claro al otro lado del sendero. Donde está nuestra aeronave. Traeremos cabañas prefabricadas. ¿Verdad que Red Hui es la población más cercana? Bien, mandaremos un equipo de la Compañía para que monten las cabañas y así no le causaremos ninguna molestia. Sólo habíamos pensado pasar la noche de hoy aquí, durmiendo en nuestro vehículo y volver a Mallorysport por la mañana, pero con toda esa cantidad de peludos merodeando por el bosque no podemos ni pensar en marcharnos. ¿Tiene usted algo que objetar?

Sin duda tenía mucho que objetar al respecto. Todo aquel asunto estaba convirtiéndose rápidamente en algo muy doloroso para Jack. Pero si no permitía a Kellogg acampar al otro lado del sendero, los tres individuos lo harían sin duda a unas docenas de kilómetros en cualquier dirección y así quedarían fuera de sus tierras. En tal caso no le cabía la menor duda de lo que harían: cazar algunos peludos mediante trampas o con anestesia, los meterían en jaulas y les someterían a mil pruebas y hasta al electroshock; estaba seguro de que matarían alguno para hacerle la disección, o quizá comenzasen por matarlos. Pero si en sus propias tierras se atrevían a hacer algo semejante podría tomar alguna providencia contra Kellogg y los suyos, de modo que pensándolo bien dijo:

—No tengo inconveniente alguno en que acampen ustedes por aquí, pero debo recordarles que han de tratar a esta gente peluda con toda consideración.

—Esté tranquilo, no les haremos nada a sus peludos —dijo Mallín.

—Ustedes no harán ningún daño ni a estos ni a ningún otro peludo —recalcó Jack—. De todos modos, no lo harían más de una vez.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, Kellogg y Kurt Borch aparecieron en escena. Borch vestía ropas usadas y botas. Al cinto llevaba su pistola. Tenían una lista de las cosas que pensaban les serían necesarias para su acampada. Ninguno de ellos parecía tener la menor noción de lo que realmente iban a necesitar en una acampada así, de manera que Jack les hizo algunas sugerencias que aceptaron. En la lista había abundancia de material científico, incluido un aparato de rayos X. Jack se apresuró a tacharlo de la lista diciendo:

—¿Cómo van. a saber el nivel de tolerancia a las radiaciones de estos seres...? ¿Dando una sobredosis a uno de mis peludos?

Para su sorpresa, nadie discutió su opinión. Gerd, Ruth y Kellogg utilizaron el aerajeep de Jack y partieron hacia el norte; Borch y Jack atravesaron el sendero para tomar ciertas medidas después de que Rainsford y Jiménez regresaron a recoger a Mallín. Borch despegó poco después rumbo a Red Huí. Al quedarse solo, Jack se ocupó en revelar la película restante y sacar tres copias de cada escena. Hacia mediodía Borch regresó con la aeronave seguido por un par de aeronaves tipo furgón. Los hombres de la Compañía llegados de Red Hill instalaron el campamento en pocas horas y entre otras cosas trajeron también dos aerajeeps.

A última hora de la tarde regresaron los dos aerajeeps, cuyas tripulaciones habían visto al menos un centenar de peludos y habían encontrado tres campamentos, dos de ellos en terreno rocoso y otro en el hueco de un gran árbol. Los tres campamentos habían podido ser localizados por el cinturón de agujeros excavados y tapados de nuevo que les habían servido de letrinas. El tercer campamento estaba aún ocupado, pero los dos primeros se hallaban desalojados. Kellogg insistió en invitar a cenar a Jack y Rainsford en su flamante campamento. La comida, gracias a que todo había sido traído precocinado y requería solamente calor, fue exquisita.

Al regresar a su propio campamento, acompañado por Rainsford, Jack vio que los peludos, después de su comida vespertina, se quedaban en el cuarto de estar y emprendían la construcción de un nuevo modelo molecular COB los palitos y las esferas. Ricitos dejó a los demás y se acercó a Jack con un par de aquellas bolas unidas entre si. Se las mostró levantando la mano y con la otra le tiró de los pantalones para llamar su atención sobre lo que había hecho.

—Sí, ya lo veo. Es muy bonito — le dijo Jack.

Ricitos insistió y señaló hacia la construcción que sus congéneres estaban realizando. Jack, finalmente, comprendió.

—Quiere que yo también participe, Ben. Ya sabes donde está el café, de manera que preparanos un poco; yo voy a estar ocupado aquí.

Cuando Ben trajo el café, Jack estaba sentado en el suelo encajando palitos en las esferas de color. Aquello era lo más divertido de los últimos dos días y así lo manifestó cuando Ben trajo la ración tipo III y fue repartiendo porciones a los peludos. A continuación Ben Rainsford dijo:

—Tendría que dejar que me persiguieras por todo el campamento dándome de puntapiés por haber contribuido a organizar todo este jaleo. Sin duda podría disculparme, pero todo lo que dijera sonaría así como cuando se ha disparado un arma y se dice "¡No sabía que estaba cargada!" — comentó Ben mientras servía el café.

—¡Diantre! Yo tampoco sabía que estaba cargada... —respondió Jack tomando la taza de café y soplando para enfriarlo un poco—. Pero ¿por qué crees que Kellogg ha intervenido? Todo lo que está haciendo desde que ha llegado es pura comedia. Ese tío es más falso que un billete de nueve sueldos...

—¿Qué te dije anteanoche? —comentó Ben—. No quiere que personas ajenas a la Compañía hagan en Zarathustra ningún tipo de descubrimiento. ¿Te has dado cuenta de la tenacidad con que tanto él como Mallín tratan de evitar que mande cualquier clase, de informe a la Tierra mientras no puedan investigar ellos primero acerca de los peludos? Quiere ser él quien envíe su informe en primer lugar. Bien, pues que lo aspen. ¿Sabes qué voy a hacer? Me voy a casa y si es preciso me pasaré la noche entera preparando un informe en regla. Mañana por la mañana se lo entregaré a George Lunt y le diré que lo lleve a Mallorysport junto con la correspondencia de la policía; así saldrá para la Tierra antes de que ninguno de esos tipos sepan que ha sido enviado. ¿Tienes alguna copia de las películas para que yo pueda disponer de ella?

—Tengo dos kilómetros de película. He sacado copia de todo, incluso de las escenas que tomaron los demás.

—Estupendo, mandaremos eso también. Kellogg se enterará cuando lo lea dentro de un año —quedóse pensativo un momento y añadió—: Gerd, Ruth y Juan militan ahora en campo contrario; por lo tanto piensa en la conveniencia de que me mude aquí contigo. No creo que te guste la idea de dejarlos solos mientras esta gentuza anda al acecho; así podría ayudarte a no perderlos de vista...

—Pero, Ben, ¿no pensarás dejar abandonado lo que estabas haciendo hasta ahora?

—Lo que estoy haciendo ahora es aprender a ser "peludólogo" y aquí es el único sitio en donde esto es posible. ¡Hasta mañana! Nos veremos después de que haya parado en el puesto de policía.

Los que se hallaban al otro lado del sendero —Kellogg, Mallín, Borch, Van Riebeek, Jiménez y Ruth— se encontraban todavía levantados cuando Rainsford salió de casa para meterse en el aerajeep. Tras mirar cómo se alejaba, Jack entró en casa. En la sala de estar jugó un rato con su familia de peludos y luego se metió en la cama. A la mañana siguiente vio cómo Kellogg, Ruth y Jiménez subían a un aerajeep y poco después Mallín y Van Riebeek lo hacían en el otro. Kellogg no parecía muy entusiasmado con que los tres individuos que llegaron allí primero pudieran entrar y salir sin ser vigilados.

El jeep de Ben Rainsford llegó del otro lado de las montañas del Sur a última hora de la mañana y se posó en la hierba. Jack le ayudó a descargar el equipaje y a entrarlo en casa y luego se sentaron bajo el árbol de hojas en forma de pluma mientras fumaban sus pipas y contemplaban los juegos de los peludos. De vez en cuando veían a Kurt Borch que trasteaba por los alrededores del lugar donde había acampado con los demás.

—He mandado ya el informe —dijo Rainsford mirando el reloj—. En estos momentos debe estar en el vehículo correo destinado a Mallorysport y mañana a

estas horas estará camino de la Tierra por vía hiperespacial. No vamos a decir nada sobre el asunto, simplemente nos quedaremos tranquilos viendo los esfuerzos que hacen Kellogg y Mallín para dorarnos la píldora acerca de su propósito de ser ellos quienes envíen el informe a la Tierra. —Dando una chupada a su pipa, prosiguió—: He propuesto se declare de forma definitiva la racionalidad de los peludos. No veo otra alternativa a estas alturas.

—Tampoco yo. ¿Oís, muchachos? —dijo a Mike y a Mitzi que se habían acercado con la esperanza de recibir alguna golosina—, El tío Ben dice que sois seres racionales.

—¿Yeek?

—Dicen que si eso de la racionalidad se come. ¡Veremos ahora qué es lo que pasa...!

—Durante un año no pasará nada. Dentro de seis meses, cuando la nave espacial llegue a la Tierra, el Instituto pasará el informe a la prensa y enviarán aquí un equipo de investigación y lo mismo puede que hagan otros institutos o universidades interesadas en el asunto. Es de suponer que también el gobierno de la Federación enviará a alguien; al fin y al cabo, los nativos subyugados de los planetas colonizados dependen de la Federación.

No sabía si aquello le gustaba o no, pues la experiencia le había ido mostrando que a veces cuanto menos se trata con el gobierno mejor van las cosas y los peludos eran de la incumbencia de papá Jack Holloway o por lo menos tan asunto de él como de oíros.

—Bonita piel —dijo Ben tomando del suelo y levantando a Mitzi mientras acariciaba su pelo—. Una piel así alcanzaría grandes precios... Y puede que los alcance si no prospera la declaración de racionalidad respecto a estos seres.

Miró en dirección al nuevo campamento y pensó que quizá Leonard Kellogg viese en aquellas pieles una estupenda fuente de ingresos para la Compañía.

Los aerojeeeps regresaron a media tarde; primero lo hizo el de Mallin y luego el de Kellogg. Todo el mundo entró en las cabañas y una hora después el vehículo de la policía aterrizó delante del campamento de Kellogg. George Lunt y Ahmed Khandra se apearon. Kellogg salió afuera, habló con ellos y les hizo entrar en la cabaña. Media hora más tarde el teniente y su ayudante salieron, elevaron su vehículo por encima del sendero y lo estacionaron en las inmediaciones de la cabaña de Jack. Los peludos corrieron a su encuentro, posiblemente esperando recibir nuevos silbatos, y les siguieron hasta la sala. Lunt y Khandra se quitaron las gorras, pero no hicieron el menor ademán de quitarse el cinto con sus armas.

—Hemos enviado su paquete, sin novedad, Ben —dijo Lunt mientras se sentaba y tomaba sobre sus rodillas a Ricitos. Inmediatamente Cenicienta saltó a su lado y Lunt preguntó—: Jack, ¿a qué diablos ha venido esa gente de ahí?

—¿También tú te lo preguntas? —Puedo olerlo desde casi dos kilómetros de distancia y con el viento en contra. En primer término ese tipo: Borch. Me gustaría tener sus huellas digitales, porque apostaría que ya las tenemos registradas en nuestros ficheros. Seguro que entre todos pretenden esconder algo y lo que quieren ocultar es algo que les escuece o que les avergüenza, como les avergonzaría tener un cadáver en un armario, por ejemplo. Cuando estuvimos allí, fue Kellogg quien llevó la voz cantante y cualquiera que intentase dar su opinión era reducido al silencio inmediatamente. Kellogg no os traga ni a ti ni a Ben y tampoco siente la menor simpatía hacia los peludos. Les tiene verdadera aversión.

—Bueno, esta mañana ya te dije lo que pensaba —comentó Ben Rainsford—. No les hace ninguna gracia que personas ajenas a su organización hagan descubrimientos en este planeta. Además, en la oficina de la Tierra no les parecería bien que fueran otros los que descubriesen algo. Acordaos de que fue alguien no

perteneciente a la Compañía quien descubrió las piedras solares allá por el cuarenta y ocho.

George Lunt pareció pensativo. Frunció el ceño y dijo:

—Mira, Ben, no creo que se trate de eso. Cuando hablamos con él admitió sin reservas que vosotros dos fuisteis los descubridores de los peludos, pero por la manera de decirlo parecía que el descubrimiento no tuviera trascendencia alguna, que fuese algo que no valía la pena, Me hizo un montón de preguntas de lo más peregrino sobre ti, Jack; preguntas como las que hago yo cuando trato de comprobar la capacidad mental de alguien —y volviendo a fruncir el ceño, esta vez con evidente preocupación añadió—: ¡Dios mío! ¡Qué no daría yo para poder encontrar una excusa que me permitiera someterlo a un aparato verificador...!

Kellogg no deseaba pues que los peludos fuesen declarados seres racionales y si no lo eran... serían animales de piel y pelo. Jack se imaginó a una opulenta viuda terrestre luciendo en una reunión social las pieles de Peludo, mamá, Mike, Mitzi y Ko-Ko, Cenicienta y Ricitos, como envoltura de sus adiposidades; solamente de pensarlo se le revolvieron las tripas.

7

El martes amaneció cálido y con viento en calma. El sol escarlata se levantaba en un cielo color cobrizo. Los peludos que habían entrado a despertar a Jack con sus silbatos no parecían estar satisfechos con aquel amanecer; se mostraban inquietos y ariscos. Era posible que lloviera. Desayunaron al aire libre en la mesa de campaña y Ben decidió acercarse a su campamento a recoger algunas cosas que no había traído y pensaba que le harían falta.

—Una de ellas es mi rifle de caza —dijo—. Además daré una vuelta por los límites del monte bajo a ver si cazo un zebrolope. Nos vendría bien un poco de carne fresca.

Ben se levantó, se metió en su aerajeep y despegó. En el claro se veía a Kellogg y Mallín; hablaban taciturnos paseando arriba y abajo por delante de su campamento. Cuando Ruth Ortheris y Gerd van Riebeek salieron, los dos personajes interrumpieron su conversación y se pusieron a hablar con ellos brevemente. Luego Gerd y Ruth cruzaron la pasarela y echaron a andar sendero adelante uno al lado del otro.

Los peludos se habían diseminado para cazar camarones terrestres. Peludo, Ko-Ko y Ricitos echaron a correr para salir al encuentro de los que se acercaban; Ruth tomó en brazos a Ricitos mientras Ko-Ko y Peludo abrían la marcha. Los recién llegados no quisieron aceptar una taza de café; Ruth se sentó en una silla con Ricitos y Peludo se subió da un brinco a la mesa y comenzó a buscar golosinas; cuando Gerd se tumbó en la hierba, Ko-Ko se le subió encima.

—Ricitos es mi favorita —decía Ruth—. Es un encanto. Claro que son todos encantadores. No podía imaginar que fueran tan afectuosos y confiados, pues los que vimos en el bosque eran tan asustadizos...

—Bueno, es que los del bosque no tienen a un papá Jack que se encargue de ellos —dijo Gerd—. Creo que pueden ser muy afectuosos entre ellos, pero sin duda, itienen tantas cosas que temer! Hay, como sabemos, otro requisito previo para la racionalidad, y ése se desarrolla entre animales relativamente indefensos, rodeados por una serie de enemigos peligrosos y de mayor tamaño a los cuales no pueden vencer ni en fuerza ni en velocidad. Así, para sobrevivir no tiene más remedio que superarlos en astucia. Como nuestros más remotos antepasados, o como Peludo para quien el dilema es alcanzar la racionalidad o ser exterminado.

—Pues el doctor Mallín —dijo preocupada Ruth—no ha encontrado en ellos ningún indicio de racionalidad.

—Ah, bueno..., idichoso Mallín,..! Pero ése no tiene la menor idea de lo que es la racionalidad. ¡Ni yo tampoco, que conste! Pero diría que en este aspecto es mucho más ignorante que tú. Me atrevería a asegurar que lo que quiere probar es la irracionalidad de estos seres...

—¿Qué es lo que te hace suponerlo? —preguntó extrañada Ruth.

—Se ha mostrado reacio a la hipótesis de la racionalidad desde que llegó. Tú eres psicóloga y no se te debería haber escapado este hecho. Es posible que si los peludos eran declarados seres racionales, eso invalidase cualquier teoría que hubiera sacado de los libros, y tal caso tendría que discurrir por. sí mismo. No le debe gustar eso; pero, en cualquier caso, tienes que reconocer que desde un principio ha estado intelectual y emocionalmente en contra de la idea de la posible racionalidad de los peludos. Ya podrías sentarte con lápiz, papel, regla de cálculo y comenzar a demostrarlo matemáticamente, que no le convencerías...

—El doctor Mallín está comprobando... —comenzó con acritud, y se interrumpió—. Bueno, Jack, perdón, pues no hemos venido aquí para discutir sino para saludar a los peludos. ¿Verdad, Ricitos?

Ricitos estaba jugueteando con el adorno de plata que Ruth llevaba pendiente del cuello con una cadenita, lo arrimaba a su oreja y al balancearlo lo hacía sonar con gran alborozo de Ricitos, quien, tomándolo la miró y dijo:

—¿Yeek?

—Sí, encanto. Puedes quedártelo —dijo Ruth quitandoselo del cuello y colgándolo del de Ricitos, aunque tuvo que dar tres vueltas a la cadena para que le quedara bien—. Ya es tuyo para siempre... —No tendrías que darle cosas así. —¿Por qué no? Si al fin y al cabo es bisutería barata. Si usted, Jack, ha estado en Loki, ya sabe lo que es. —Efectivamente Jack Holloway había estado en Loki y había hecho algunos trueques con los nativos con cosas parecidas. Ruth prosiguió—: Unas chicas del hospital me lo dieron en plan de broma y lo llevaba sólo porque lo tenía, sin ninguna otra razón. Seguro que a Ricitos le gusta mucho más que a mí.

En aquel momento apareció un aerajeep y cruzó el sendero acercándose. Lo conducía Juan Jiménez. Ernst Mallín asomó la cabeza por la ventanilla derecha y preguntó a Ruth si estaba lista, indicándole a Gerd que dentro de unos minutos Kellogg le pasaría a recoger. Una vez ella hubo entrado en el aerajeep, éste despegó y Gerd se quitó de encima a Ko-Ko, sentándose y sacando del bolsillo unos cigarrillos.

—No sé qué diablos le ha entrado a Ruth —dijo mientras el aerajeep se alejaba—. Aunque ya me lo imagino: "la Palabra del Altísimo en boca de Kellogg", según la cual los peludos son animalillos estúpidos y nada más —concluyó amargamente.

—Pero también usted trabaja para Kellogg, ¿verdad?

—Sí, Jack, pero no es él quien dicta mi opinión profesional. Al menos ésa ha sido mi intención desde que tuve la maldita ocurrencia de aceptar este trabajo. Por cierto —añadió mientras se ajustaba el cinturón para contrarrestar el peso de la pistola que llevaba en el costado derecho con los prismáticos que le colgaban del izquierdo—, ¿sabe usted si Rainsford ha enviado al Instituto un informe acerca de los peludos?

—¿Por qué?

—Pues si no lo ha enviado dígame que se apresure y que lo mande en seguida.

No había tiempo material de seguir tratando aquel tema, pues el aerajeep de Kellogg se estaba acercando.

Jack se dijo que sería mejor dejar los cacharros del desayuno para fregarlos junto a los de la comida. Kurt Borch había permanecido en el campamento de Kellogg, de manera que Jack no perdió de vista a los peludos, y cuando estos comenzaron a dirigirse hacia la pasarela les hizo volver. Ben Rainsford aún no había regresado a la hora de comer, pero ciertamente un zebralope no se cazaba tan fácilmente, aunque se hiciera desde el aire. Mientras comía oyó cómo se acercaba apresuradamente uno de los aerajeeps que habían traído los hombres de Kellogg; de él salieron atropelladamente Mallín, Jiménez y Ruth. Kurt Borch se acercó a toda prisa y conversaron unos instantes antes de entrar todos en uno de los barracones del campamento. Un poco más tarde el segundo vehículo llegó todavía más aprisa que el primero, y nada más aterrizar Kellogg y Van Riebeek entraron en la cabaña. Como no había nada más que ver, Jack llevó los platos a la cocina y mientras los lavaba los peludos se acostaron a dormir su habitual siesta.

Estaba sentado frente a su mesa de la sala de estar cuando Gerd van Riebeek llamó con los nudillos en la puerta abierta y preguntó:

—¿Puedo hablar un minuto con usted?

—¡Claro que sí! Pase usted.

Van Riebeek entró y se quitó la pistolera, desplazando luego una silla de modo que pudiera ver desde ella la puerta; luego dejó en el suelo el cinto con la pistola, delante de sus pies, mientras tomaba asiento. A continuación comenzó a maldecir a Leonard Kellogg en cinco o seis idiomas.

—Está bien, en principio opino como usted —dijo Jack—, pero ¿a qué es debido en este caso?

—¿Sabe usted lo que está haciendo ese hijo de khoogra? Pues siéntese —dijo soltando un par de palabrotas en lengua de Shesha, que eran más malsonantes que las peores en lenguaje terrestre—. Ese granuja estrujacabezas de Mallín está preparando un informe acusándoles a usted y a Ben Rainsford de estar preparando un fraude científico deliberadamente. Dice que les han enseñado unos cuantos trucos a esos peludos y que los utensilios que tienen los han hecho ustedes para hacer creer que se trata de seres racionales. Le aseguro, Jack, que si la cosa no fuera tan perversamente ruin sería la broma más sonada del siglo.

—Entonces me imagino que han querido que usted firmase esa acusación, ¿verdad?

—Naturalmente, y yo le dije a Kellogg que lo hiciera él.

Evidentemente ese Kellogg era capaz de lo más abyecto. Van Riebeek soltó otra palabrota, encendió un cigarrillo y explicó:

—Verá lo que ha pasado: Kellogg y yo remontamos aquella corriente de agua que hay a unos treinta kilómetros de Cold Creek, donde usted ha estado trabajando, y ya encima de la meseta nos dirigimos hacia una fuente y un riachuelo que discurre en dirección opuesta. Sabe usted dónde, ¿verdad? Bien, pues allí encontramos un lugar en el que habían acampado unos peludos, en medio de unos troncos caídos. Encontramos una tumba en la que los peludos habían enterrado a uno de los suyos.

Jack, que había imaginado algo semejante, dijo;

—Eso quiere decir que entierran a sus muertos, ¿no? A ver, dígame, ¿cómo era esa pequeña tumba?

—Era un pequeño túmulo de piedras como de un metro de largo por medio de ancho y de una altura de treinta o cuarenta centímetros. Kellogg aseguraba que se trataba de una letrina de gran tamaño, pero yo estaba seguro de que no era eso y la abrí. Bajo el túmulo había más piedras, luego había tierra de relleno y luego un peludo muerto, envuelto en hierbas. Era una hembra que seguramente fue víctima de alguna fiera y, fíjese bien, Jack, ijunto al cadáver habían colocado su armaherramienta!

—De manera que entierran a sus muertos. ¿Y qué hacía Kellogg mientras usted estaba abriendo la tumba?

—Temblar como si estuviera metido entre hormigas. Yo tomé fotos del túmulo y estaba diciendo lo importante que era aquel descubrimiento y en qué forma demostraba contundentemente la racionalidad de los peludos, pero él sólo quería regresar al campamento lo antes posible. Llamó a los del otro vehículo y le dijo a Mallín que regresara inmediatamente. Cuando nosotros llegamos al campamento, ya estaban allí Mallín, Jiménez y Ruth. Tan pronto como Kellogg les habló de nuestro hallazgo, Mallín se puso lívido y se empeñó en saber qué haríamos para suprimir aquella evidencia. Yo le pregunté si era idiota o qué y en aquel

momento Kellogg lo sacó de allí. Tienen miedo de que los peludos sean declarados seres racionales...

—¿Acaso la Compañía quiere dedicarse al negocio de peletería a costa de los peludos?

—No, no lo creo. En mi opinión lo que pasa es que si se reconoce que los peludos son seres racionales, la concesión hecha a la Compañía quedará automáticamente cancelada.

Esta vez Jack soltó una palabrota insultante no dirigida contra Kellogg sino contra sí mismo:

—Soy un viejo chocho. ¡Dios mío! Conozco las leyes coloniales, he estado metido en sus entresijos y he tenido que sortear sus escollos en más planetas que años tiene usted... ¡Como no se me ha ocurrido! Y ahora ¿qué? ¿Sigue usted en la Compañía?

—No, ya estoy fuera y me importa un rábano. En el Banco tengo el dinero suficiente para pagarme el regreso a la Tierra; eso sin contar con lo que puedo sacar de mi aeronave y otras cosas. Los xenonaturalistas no suelen tener dificultades a la hora de encontrar un empleo. Por ejemplo, Ben Rainsford se las arregla bastante bien. Pero le aseguro que cuando vuelva a la Tierra voy a decir cosas que escocerán.

—En el supuesto de que consiga regresar y de que no tenga ningún "accidente" antes de subir a bordo... —dijo Jack, añadiendo—: Y, por cierto, ¿qué tal anda usted de geología?

—Hombre, pues no estoy del todo mal. Suelo trabajar con fósiles, ya que soy más paleontólogo que zoólogo. ¿Por qué lo dice?

—¿Le gustaría quedarse conmigo aquí y dedicarse una temporada a la búsqueda de medusas fósiles? No creo que llegemos a duplicar ni por asomo el rendimiento que yo les saco ahora, pero así, mientras el uno mira hacia un lado, el otro puede hacerlo hacia el opuesto, de modo que nuestras probabilidades de supervivencia serán así más amplias.

—¿De veras quiere usted decir lo que he entendido?

—¿Acaso he dicho otra cosa?

Poniéndose en pie, Van Riebeek tendió la mano a Jack, quien rodeando la mesa se acercó a estrechársela. A continuación Van Riebeek volvió a colocarse la pistola al cinto diciendo:

—Y más valdría que se la pusiera usted también, querido socio; ese Borch es quizá el único para el que hace falta ir armado, pero...

Van Riebeek desenfundó su pistola y echó hacia atrás el cerrojo para montarla mientras preguntaba:

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Pues vamos a hacer las cosas legalmente. Ahora mismo voy a llamar a la policía.

Marcó una combinación en el selector de llamadas de la pantalla de comunicación y se iluminó una ventanilla del puesto de policía. Asomado a la ventanilla estaba un sargento que le reconoció inmediatamente y haciendo una mueca le preguntó:

—¿Qué tal la familia, Jack? Una tarde de éstas voy a ir por ahí a ver a los peludos...

—Puede verlos ahora —dijo mientras colocaba sobre la mesa a Ko-Ko, Cenicienta y Ricitos que salían del dormitorio. El sargento estaba fascinado, y cuando al cabo de unos instantes se fijó en que tanto Jack Holloway como Gerd van Riebeek llevaban la pistola al cinto preguntó:

—¿Tiene algún problema, Jack?

—Sí, tengo un pequeño problema, pero lo malo es que se puede hacer mayor. Han venido unos invitados que se están pasando de la raya. Para su información le diré que si aparecieran por aquí un par de uniformes azules, posiblemente su mera presencia me ahorraría unos pocos cartuchos.

—Ya entiendo; George me dijo que usted seguramente lamentaría haber invitado a esa gente a que acampase en su terreno —dijo el sargento tomando un micrófono—: Calderón a coche patrulla tres. ¿Me oye, tres? Bien, Jack Holloway tiene problemas con unos intrusos. Sí, eso es. Jack desea que esa gente se marche, pero cree que le pondrán inconvenientes. Claro, es Jack; es persona pacífica, pero hay que echar de ahí a esos tipos aunque digan que son peces gordos de la Compañía. No debe importarnos lo más mínimo de quién pueda tratarse, simplemente interesa que se larguen.

Y después de colgar el micrófono volvió a dirigirse a Jack:

—Dentro de una hora o así estarán ahí. —Gracias, sargento Phil. Déjese caer por aquí cualquier tarde en que pueda olvidarse del servicio y pasar un rato tranquilo.

Apagó la pantalla de comunicaciones y volvió a marcar otra clave en el selector. Esta vez salió una señorita y luego el jefe de construcciones de la Compañía en Red Hill, quien preguntó:

—¿Qué tal, Jack? ¿Está a gusto el doctor Kellogg?

—Pues no mucho. Esta tarde se va a mudar de aquí, de manera que ya puede mandar a su gente para que retiren los barracones y demás equipo de este lugar.

—¡Pero si me dijo que pensaba estar ahí un par de semanas...!

—Pues ha cambiado de idea. A la puesta de sol debe encontrarse fuera de mis tierras.

—Pero, Jack —exclamó preocupado aquel empleado de la Compañía—, ¿no habrá tenido usted ningún roce con el doctor Kellogg, verdad? Es uno de los peces gordos de la Compañía...

—Sí, eso es lo que él dice, pero de todas maneras vengán inmediatamente a llevarse de aquí esos trastos —dijo Jack apagando la pantalla, y añadió dirigiéndose a Gerd—: Creo que no sirve ya para nada dejar que Kellogg siga por aquí. ¿Cuál es su número de comunicación?

Gerd se lo dijo y Jack lo marcó en el selector. Se trataba de uno de esos números trucados que la Compañía solía tener. En la pantalla apareció el rostro de Borch.

—Quiero hablar inmediatamente con el doctor Kellogg.

—En estos momentos está muy ocupado.

—Pues dentro de nada va a estarlo muchísimo más, porque hoy es día de mudanza. Todos ustedes tienen de plazo hasta las dieciocho cien para salir de mi concesión.

—¿Qué disparate es ése? —exclamó Kellogg apartando de la pantalla a Borch con gesto contrariado.

—Pues simplemente que se les ordena salir de donde están. ¿No sabe por qué? Pues bien, ya se lo dirá Van Riebeek y aprovechará para decirle además cuatro cosas que se le olvidaron.

—Pero usted no puede echarnos así como así; al fin y al cabo nos dio autorización...

—Cancelada la autorización. He llamado a Mike Hennen, de Red Hill; va a enviar aquí al equipo de desmontaje para llevarse las cosas que trajo. El teniente Lunt también me ha dicho que mandará una pareja de policías por aquí, de modo que espero que usted tenga sus cosas recogidas cuando ellos lleguen.

Mientras Kellogg intentaba decirle que aquello era un malentendido, Holloway apagó la pantalla de comunicaciones y, dirigiéndose a Gerd van Riebeek, añadió:

—Me parece que eso era todo. Aún falta un buen rato hasta el ocaso, pero vamos a hacer una excepción en nuestras reglas y tomaremos unas copas para celebrar nuestra colaboración. Luego saldremos a observar los movimientos del enemigo.

Cuando salieron y se sentaron en el banco de la puerta de la cocina, el "enemigo" no efectuaba movimiento visible alguno. Seguramente Kellogg estaba poniéndose en contacto con Mike Hennen para comprobar lo que había de cierto, y también debió de llamar al puesto de policía con la misma intención. De todas maneras, debían de estar muy ocupados empaquetando sus cosas. Finalmente Kurt Borch apareció con un elevador antigravitatorio, mediante el cual fue amontonando cajas y bultos de equipaje, mientras Jiménez, en el suelo, iba asegurando la carga. Jiménez subió a la aeronave y Borch elevó la carga hasta su altura, regresando después hacia los barracones, para continuar cargando bultos. Así lo hizo varias veces mientras Kellogg y Mallín parecía que se dedicaban a mutuas recriminaciones. Ruth Ortheris salió con una cartera de mano y se sentó en el borde de la mesa que había bajo un toldo.

Nadie se había fijado en los peludos hasta el momento en que vieron que uno de ellos se acercaba a la pasarela. Se trataba de Ricitos, a juzgar por un reflejo metálico plateado de algo que colgaba de su cuello.

—Mira qué tonta —dijo Jack—. Quédese aquí, Gerd, mientras yo me acerco y la hago volver.

Echó a andar por el sendero. Cuando llegó a la pasarela, Ricitos ya había desaparecido por detrás de uno de los aerজেeps estacionados enfrente del campamento de Kellogg. Cuando se hallaba a unos siete metros del vehículo, oyó un sonido que hasta entonces no había oído jamás. Era una especie de chirrido, como el que produce una lima en los dientes de una sierra. En aquel mismo instante se oyó la voz de Ruth gritando:

—¡No, Leonard! ¡Déjela!

Cuando Holloway dio la vuelta al vehículo encontró a Ricitos en el suelo mientras su peluda piel se enrojecía. Kellogg estaba encima y tenía un pie levantado. Sus botas eran de color blanco y estaban salpicadas de sangre. Pisoteó el cuerpo tendido, pero al mismo tiempo Jack, que acababa de llegar al lugar de la agresión, le propinó un tremendo puñetazo en la mandíbula. Kellogg se tambaleó y trató de levantar las manos para protegerse mientras de su garganta salían unas sílabas incoherentes. A Jack le pareció escuchar de nuevo aquello de que se trataba de un malentendido, y lleno de indignación le agarró por la pechera de la camisa con una mano mientras con la otra, cerrada, le iba dando puñetazos. No podría decir cuántas veces le golpeó, hasta que la voz de Ruth Ortheris se oyó gritando: — ¡Cuidado, Jack! ¡Detrás de usted! De un brinco se hizo a un lado soltando a Kellogg

y se volvió echando mano a su pistola. Kurt Borch, a siete u ocho metros, había sacado la suya y le estaba apuntando.

El primer disparo de Jack salió ya en el mismo momento en que su arma dejó la funda; y el segundo disparo se produjo cuando el primer estampido aún no se había extinguido. En la camisa de Borch apareció una mancha de sangre que sirvió de blanco al tercer disparo de Jack. La pistola de Borch cayó al suelo sin que éste hubiera podido disparar; su cuerpo se dobló, primero las rodillas y luego el tronco, desplomándose finalmente de bruces.

—¡Quietos todos! ¡Arriba las manos! ¡Usted también, Kellogg!

La aparición de Gerd van Riebeek hizo incorporarse a Kellogg, que había caído al suelo y sangraba por la nariz. Con la manga trataba de contener la sangre, y tambaleándose trató de apoyarse en sus compañeros. Se echó materialmente sobre Ruth, quien, malhumorada, lo rechazó y se dirigió hacia el peludo cuerpo exánime. Agachóse para palparlo y el colgante de plata que le había regalado tintineó. Ruth, conmovida, se echó a llorar.

Juan Jiménez, que había descendido de la aeronave y contemplaba horrorizado el cuerpo de Kurt

Borch, dijo:

—¡usted lo ha matado! —acusando a Jack, y momentos después modificó la acusación diciendo—: ¡Lo ha asesinado! —Luego echó a correr hacia el barracón que hacía las veces de vivienda.

Gerd van Riebeek hizo un disparo al suelo, unos pasos por delante de Jiménez para obligarle a detenerse y gritó: ^

—Si no se detiene, el siguiente disparo le hará pararse, Juan. Y ahora vaya a ayudar al doctor Kellogg, que se ha hecho daño.

—Llame a la policía —dijo Mallín—. Y usted, Ruth, puede marcharse. No dispararán contra usted. —No se preocupe. Ya la he llamado, ¿recuerda? Jiménez sacó un pañuelo del bolsillo y trató de contener la hemorragia nasal de su jefe. Entretanto Kellogg trataba de decir a Mallín que no había podido evitar lo sucedido.

—Ese pequeño animal me atacó con esa especie de lanza.

Ruth Ortheris levantó la vista y vio cómo los otros peludos se congregaban junto a ella y al cadáver de Ricitos. Seguramente acudieron al oír la pelea. Ruth explicó lo sucedido:

—Ricitos se acercó y le tiró de la pernera del pantalón, tal como suelen hacerlo para llamar la atención. Quería enseñarle el colgante que yo le había dado —prosiguió Ruth con la voz quebrada por la emoción—. Y Kellogg le dio un puntapié y luego la pateó hasta matarla.

—¡Cállese, Ruth! —ordenó Mallín—. Ese bicho atacó a Leonard y podía haberle herido muy seriamente...

—Y me hirió —dijo Kellogg sosteniendo con una mano el pañuelo en la nariz mientras con la otra se remangaba el pantalón para mostrar un arañazo en su pantorrilla, que parecía como producido por una zarza o un espino—. ¡Véanlo!

—Sí, ya lo vemos; pero también hemos visto cómo usted le daba un puntapié y la pateaba cuando todo lo que quería era enseñarle el colgante de plata —dijo Ruth.

Holloway comenzó a arrepentirse de no haber disparado también contra Kellogg cuando vio lo que estaba haciendo. Los otros peludos habían tratado inútilmente de poner en pie a Ricitos, pero cuando vieron que era imposible,

dejaron su cuerpo otra vez en el suelo y formaron un círculo a su alrededor emitiendo unos sentidos lamentos en voz baja.

—Bueno, cuando la policía llegue —dijo Mallín— manténganse tranquilos, ya hablaré yo.

—Así que intimidando a los testigos, ¿verdad, Mallín? ¿No sabe usted que todo el mundo tendrá que prestar declaración a la policía bajo verificación? —comentó Gerd—. Y a usted, por ser psicólogo, también le tocará su parte. —Como viera que los peludos levantaban la cabeza mirando hacia el sureste, añadió—: Ahí esta la policía.

No era, sin embargo, la policía sino el aerajeep de Ben Rainsford cargado con un zebraope. Describió un círculo sobre el campamento de Kellogg y se posó rápidamente, apeándose al momento con la pistola en la mano.

—¿Que ha pasado, Jack? —preguntó mirando a su alrededor. Luego, al ver en el suelo el cuerpo de Borch, con la pistola caída, y el cadáver de Ricitos, comentó—: Ya veo. El caso es que la última vez que alguien te amenazó con una pistola se dijo que era lo mismo que suicidarse.

—Más o menos eso es lo que ha pasado. ¿Tienes una cámara en tu jeep? En tal caso saca película de Borch y de Ricitos. Luego quédate quieto, y si los peludos hacen algo distinto de lo que están haciendo ahora, sigue registrándolo con la cámara; no creo que desperdicies la película.

Rainsford estaba sorprendido, pero guardó su pistola y volvió al aerajeep para sacar la cámara. Mallín comenzó a decir que como era licenciado en medicina tenía derecho a atender las heridas de Kellogg. Gerd van Riebeek le siguió, manteniéndole continuamente encañonado con su automática. Entraron en el barracón por el botiquín de primeros auxilios. Cuando salían, llegó la policía. No era el vehículo número tres sino el propio George Lunt, que se apeó con la funda de su pistola desabrochada. Ahmed Khandra estaba hablando por la radio de a bordo.

—¿Qué ha pasado, Jack? ¿Cómo es que no aguardaste hasta que llegásemos?

—Este maníaco me ha atacado y ha asesinado a ese hombre —vociferó Kellogg.

—¿Por casualidad se llama usted Jack también? —dijo Lunt.

—Me llamo Leonard Kellogg, y soy el jefe de una de las divisiones de la Compañía.

—Bueno, pues cállese y quédese quieto hasta que yo le pregunte. Ahmed, llame al puesto y dígales que manden a Knabtaer y Yorimitsu con equipo de investigación. Entérese también de qué es lo que ha pasado con el vehículo número tres.

Mallín había abierto el botiquín; Gerd, al ver a la policía, guardó su pistola y Kellogg, sujetando todavía el pañuelo contra la nariz, quería saber qué era lo que la policía deseaba investigar y dijo:

—Pero si ahí tienen al asesino... Tiene todavía las manos con sangre. ¿Qué esperan para detenerlo?

—Vámonos de aquí, Jack. Nos pondremos donde podamos vigilar a esta gente sin tener que escucharles —dijo Lunt, y mirando el cuerpo de Ricitos preguntó—: ¿Fue esto lo que sucedió primero?

—¡Cuidado, teniente! —gritó Mallín en tono protector—. Ese tipo todavía lleva la pistola encima...

Lunt y Holloway se alejaron y acabaron sentándose sobre la tapa del generador del campo antigravitatorio de uno de los aerojeps. Jack comenzó a explicar los hechos a partir de la visita que le hiciera Van Riebeek poco después de mediodía.

—Sí. Yo también me lo temía —dijo Lunt disgustado—. Lo malo es que no se me ocurrió hasta esta mañana que esa gente tuviera tales intenciones... De todas formas no podía imaginarme que todo sucediese tan atropelladamente. Por cierto, cuando golpeaste a Kellogg, ¿estaba pisoteando al peludo? ¿Intentaste detenerlo?

—Naturalmente; puedes someterme al verificador si tienes dudas.

—Lo haré. Nadie se va a librar de pasar por el detector de mentiras. Supongo que ese tipo, Borch, tenía la pistola en la mano cuando tú te diste la vuelta, ¿no es así? No es por nada, Jack, pero no hay más remedio que manifestar todo como en realidad sucedió. Yo veo la cosa clarísima: legítima defensa. Pero ¿crees que esa gentuza dirá la verdad por las buenas? No, hay que llevárselos y pasarlos por el verificador.

—Creo que Ruth Ortheris dirá la verdad desde el primer momento.

—Dile que venga.

Ruth estaba todavía con los peludos, y Ben Rainsford seguía a su lado con el tomavistas preparado. Los peludos continuaban su fúnebre salmodia. Sin decir nada, Ruth *lazo* un gesto con la cabeza y, levantándose, marchó al encuentro de Lunt.

—¡Dime qué ha sucedido, Jack! —dijo Ben—. ¿De qué lado está ése? —añadió señalando con la cabeza hacia Van Riebeek, que vigilaba a Kellogg y Mallín con la mano junto a su pistola.

—Gerd van Riebeek está de nuestra parte. Ha dejado la Compañía.

En el mismo instante de decir esto, el vehículo policial número tres hizo su aparición en escena y hubo que explicar de nuevo todo lo sucedido. El terreno situado frente al campamento de Kellogg empezaba a verse saturado de gente, ya que el equipo de desmontaje acababa de llegar. Jack esperó que los hombres de Mike Hennen se mantendrían alejados durante un rato. Lunt se puso a hablar con Van Riebeek después de concluir con Ruth, pasando luego a interrogar a Jiménez y a Mallín, así como a Kellogg. Luego, acompañado por uno de los policías del vehículo número tres, se acercó hasta donde estaban Jack y Rainsford. Gerd van Riebeek llegó cuando Lunt estaba diciendo:

—Jack, el señor Kellogg ha presentado una denuncia contra ti por asesinato. Yo le he dicho que fue legítima defensa, pero no ha querido escucharme, de manera que de acuerdo con el reglamento no tengo más remedio que detenerte.

—Está bien —dijo Jack, y se quitó del cinto la pistola entregándosela al policía—. Pero yo también presento una denuncia y acuso a Kellogg de la muerte alevosa e injustificada de un ser racional, es decir, de un aborigen o nativo del planeta Zarathustra conocido por el apelativo de Ricitos.

Lunt contempló el pequeño cuerpo y a los seis compañeros que estaban llorándole y comentó:

—Mira, Jack, estos seres no son oficialmente racionales.

—Nada de eso. Un ser racional es alguien que tiene el nivel de racionalidad necesario y no alguien al que se haya declarado racional.

—Los peludos son seres racionales —dijo Brainsford—. Y ésta es la opinión de un xenonaturalista cualificado.

—De dos naturalistas —terció Van Riebeeck—. Este cadáver es el de un ser racional y éste es el individuo que lo ha matado, de manera que cumpla usted con su deber, teniente. ¡Arréstelo!

—¡Eh! ¡Un momento!

Los peludos se habían puesto en pie, colocaron sus armas-herramienta bajo el cuerpo de Ricitos y lo levantaron. Ben Rainsford comenzó a sacar película en el momento en que Cenicienta recogió el arma-herramienta de su hermana y siguió al grupo que transportó el cuerpo hasta el extremo más alejado del claro. Rainsford se mantuvo tras ellos deteniéndose de vez en cuando para rodar la escena y apresurándose para tomar las sucesivas secuencias.

Los peludos depositaron el cuerpo en el suelo. Mike, Mitzi y Cenicienta comenzaron a excavar mientras el resto del clan iba por piedras. George Lunti, que había ido siguiendo a la comitiva, se quitó la gorra y saludó con una inclinación de cabeza cuando el pequeño cuerpo, envuelto en hierbas, fue depositado en la excavación y cubierto con tierra y piedras.

Concluido el entierro, Lunt se volvió a poner la gorra y sacando la pistola para comprobar si había bala en la recámara dijo:

—Tienes razón, Jack. Voy a arrestar a Leonard Kellogg por el asesinato de un ser racional.

8

Jack Holloway había estado en libertad bajo fianza alguna otra vez, pero nunca mediante una cantidad tan alta. Podía decirse, no obstante, que valía la pena, aunque sólo fuera para ver los ojos que puso Leslie Coombes y lo boquiabierto que se quedó Mohamed Alí O'Brien cuando sobre la mesa de George Lunt abrió el saquito de piedras solares que refulgían por el calor del día y el de su cuerpo. Dijo a Lunt que separase varias piedras por valor de veinticinco mil créditos. Aquello era sorprendente, pero también lo fue el depósito de la fianza de Kellogg mediante uno de aquellos cheques garantizados de antemano por la Compañía.

Miró la botella de whisky que tenía en la mano y buscó en la repisa otra botella. Una era para Gus Brannhard y otra para los demás. Generalmente se creía que Gustavus Adolphus Brannhard ejercía esporádicamente la abogacía en aquel planeta por el whisky, ganándose la bebida a base de defender en los pleitos a pistoleros, matones y cuatreros. Pero no era por eso. Nadie en Zarathustra lo sabía, pero no era por la bebida; el whisky era solamente el arma con la que Gus Brannhard combatía sus recuerdos, era su medio de olvidar.

Se hallaba en la silla más grande de la sala de estar, pero no había silla suficientemente grande para permitir que aquella mole humana se sentara cómodamente. Su pelo era gris, desgredado y cubría casi totalmente su rostro una barba de color castaño grisáceo. Vestía una vieja y sobada sahariana con costuras en forma de canana sobre el pecho, para las balas de rifle. No llevaba camisa y parte del pelo del pecho asomaba por los agujeros de su camiseta. La porción de pierna visible entre el extremo inferior de sus pantalones cortos y la parte superior de sus gastadas botas, estaba cubierta de vello. El peludito se había sentado sobre la cabeza del abogado y su madre sobre las rodillas, junto a Mike y Mitzi. Los peludos le habían tomado rápidamente afecto a Gus; seguramente debieron creer que era un congénere pero de mucho mayor tamaño.

—¡Aaah! —suspiró cuando vio junto a sí la botella y el vaso—. Me he mantenido vivo durante horas esperando esto...

—Bueno, pero no dejes a estos peludos que echen mano del whisky —dijo Jack—; ya hay bastante con que Peludo trate de fumar en pipa y, la verdad, no me gustaría que hubiera alcohólicos en esta familia.

Gus llenó el vaso y, para evitar tentaciones en aquellos pequeños seres, lo vació de un solo trago, diciendo:

—Tienes una familia estupenda, Jack; seguro que causarán una excelente impresión en el tribunal; pero, por si acaso, no dejes que el chiquitín se suba a la cabeza del juez. Cualquier miembro del jurado que vea a los peludos y escuche el relato de los hechos de la señorita Ortheris pedirá tu absolución; pero puede que con un voto de censura por no matar también a Kellogg.

—Eso no me preocupa; lo que quiero es que Kellogg sea declarado culpable,

—Pues va a ser difícil, porque ya has visto cómo se habían confabulado contra nosotros en las declaraciones —dijo Ben Rainsford.

Leslie Coombes, el abogado de máxima categoría de los que trabajaban para la Compañía, había llegado desde Mallorysport en un lujoso vehículo capaz de alcanzar seis veces la velocidad del sonido. Asimismo, también estaba allí Mohamed Alí O'Brien, jurista colonial en funciones de fiscal principal. Ambos habían tratado de dar por terminado el pleito mediante la calificación de "legítima defensa" en el caso de Holloway y de "muerte de un animal salvaje no protegido por la ley" en lo

tocante a Kellogg. Pero al fracasar ese intento se pusieron de acuerdo en combatir cualquier actuación que incluyera pruebas sobre los peludos. Después de todo, aquel tribunal solamente estaba para entender en lo tocante a la denuncia, y el teniente Lunt, como funcionario policial, tenía muy pocas atribuciones en el caso.

—Ya ha visto hasta dónde han llegado, ¿no?

—Espero que no acaben saliéndose con la suya —comentó apesadumbrado Rainsford.

—¿Qué quiere decir, Ben? —preguntó Brannhard—. ¿Qué cree usted que van a hacer?

—Lo ignoro. Y eso es lo que más me preocupa. Estamos desafiando a la Compañía de Zarathustra, y la Compañía es demasiado poderosa para ser desafiada impunemente —dijo Rainsford—. Van a intentar cualquier cosa contra Holloway.

—¿Con detector de mentiras? ¡Sería ridículo, Ben!

—¿Podremos probar la racionalidad de los peludos? —preguntó Van Riebeek.

—¿Y quién va a definir la racionalidad? ¿Y cómo? —exclamó Rainsford—. Porque, sin duda, entre Coombes y O'Brien pueden incluso llegar a convenir en dar por buena la regla del lenguaje y de encender fuego

—Bueno, bueno... —insistió Brannhard—. En Vishnu hace cuarenta años los tribunales sentaron jurisprudencia sobre un caso de infanticidio. Se acusaba a la madre de matar a su hijo. Su abogado propuso el sobreseimiento basándose en que el asesinato era, textualmente, la muerte de un ser racional, y la definición de ser racional era la de un ser capaz de hablar y encender fuego, siendo el caso que un recién nacido no puede hacer ninguna de las dos cosas. Denegada la petición, el tribunal dictaminó que si bien la capacidad de expresarse en un lenguaje y la de encender fuego eran pruebas de racionalidad evidente, la incapacidad de hacer cualquiera de esas cosas, o de hacer ambas, no constituía una prueba legal de irracionalidad. Si O'Brien no lo sabe, y dudo que lo sepa, Coombes seguro que lo sabe. —Brannhard se sirvió otro vaso y se lo echó al colete antes de que ninguno de los presentes pudiera hacer la menor objeción, prosiguiendo—: ¿Y saben qué? Apostaría a que lo primero que hace O'Brien al llegar a Mallorysport será considerar ambos casos como *nolle prosequi*. Pero lo que me gustaría sería que el *nolle prosequi* afectase solamente al cargo contra Kellogg y que prosiguiera la actuación contra Holloway. Creo que sería lo suficientemente estúpido para hacerlo, pero Coombes no le dejará hacerlo...

—Pero si es sobreseído el caso Kellogg, se acabó el asunto —observó Van Riebeek—. Y cuando Jack se presente a juicio nadie dirá una palabra sobre racionalidad...

—Yo lo haré. Sabemos que la ley colonial sobre homicidios no persigue a nadie en el caso de que se mate a una persona, mientras está cometiendo una felonía. Yo estoy dispuesto a sostener que Leonard Kellogg estaba matando a un ser racional y que Jack Holloway actuó dentro de los límites de la legalidad, intentando detener tal acción. Además, mientras esto sucedía, Kurt Borch intentó auxiliar a Kellogg, con lo cual también cometió felonía y, por consiguiente, el seguir el caso contra Holloway sería ilegal. Además, para dar consistencia a mi tesis tengo que decir muchas cosas y muy importantes, así como aportar gran cantidad de abrumadores testimonios sobre la racionalidad de los peludos.

—Pero tendrán que ser testimonios de expertos

en la materia —intervino Rainsford—. Testimonios de psicólogos... y como los únicos psicólogos que hay en este planeta trabajan en la Compañía Zarathustra... Yo hubiera hecho lo mismo que tú, Jack —afirmó Ben, apurando el

contenido del vaso y volviéndolo a llenar al ver que quedaban todavía fragmentos de hielo en el fondo—. Pero que yo hubiese hecho lo mismo no quiere decir que desee lo sucedido. ¡Ojalá no hubiera pasado nada!

—¡Huh! —exclamó Gus, mientras mamá peludo le miraba sorprendida—. ¿Y qué creéis que está deseando ahora mismo Víctor Grego?

Víctor Grego colgó el micrófono y dijo: —Leslie está en su aeroyate. Están llegando. Se detendrán en el hospital para dejar a Kellogg y luego vendrán aquí.

Nick Emmert se comió un canapé. Su cabello era rojizo, sus ojos claros y el aspecto de su rostro un tanto bovino.

—Holloway debe de haberle atizado fuerte —comentó.

—¡Ojalá lo hubiera matado! —exclamó Grego en un tono que dejó atónito al delegado, quién replicó:

—No lo dirá usted en serio, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! —exclamó gesticulando ante el magnetófono por el que acababa de oír la cinta de la declaración transmitida desde el aeroyate a velocidad sesenta—. ¡Y esto no es nada comparado con lo que va a salir a relucir en el juicio! ¿Sabe cuál va a ser el epitafio de la Compañía? Pues algo así como "falleció aplastada en compañía de un peludo, a manos de Leonard Kellogg".

Todo hubiera marchado perfectamente si Kellogg se hubiera mantenido sereno y hubiera evitado el choque con Holloway. Hasta la muerte del peludo y la de Borch, pese a ser injustificables, no hubieran sido tan graves si no hubiera sido por la denuncia de asesinato. Esta denuncia fue la que provocó a su vez la denuncia de Holloway y eso era lo malo. Además, pensándolo bien, fue un miembro del equipo de Kellogg, el tal Van Riebeek, el que había iniciado la explosión. Grego no conocía a Van Riebeek personalmente, pero Kellogg sí, y a pesar de ello le trató en la forma menos conveniente. Debía de haber sabido lo que Van Riebeek podía tolerar y lo que no.

—Mire, Víctor, no creo que consigan demostrar que Kellogg es culpable de asesinato —dijo Emmert—. Al menos por la muerte de uno de esos pequeños seres...

—Pero asesinato es la muerte deliberada e injustificada de cualquier ser racional, sea de la raza que sea —dijo Grego—. Eso dice la ley, y si ellos pueden demostrar ante el tribunal que los peludos son seres racionales...

En efecto, si aquello se podía demostrar, un par de guardias sacarían de la celda a Kellogg y le meterían un proyectil en la cabeza, lo cual no sería una gran pérdida. Lo malo sería que aquello provocaría el irremisible hundimiento de la concesión de que disfrutaba la Compañía Zarathustra. Acaso hubiera todavía un medio de evitar que Leonard Kellogg compareciese ante los tribunales. Se podría fingir un accidente y marcharse al diablo la fianza de veinticinco mil créditos, cantidad que para la Compañía era irrisoria. Pero no; a pesar de todo, quedaría el juicio de Holloway.

—¿Quiere usted que me marche cuando vengan los demás, Víctor? —preguntó Nick Emmert, metiéndose otro canapé en la boca.

—No, no. Siga usted aquí sentado. Esta será la última oportunidad que tenemos de estar todos reunidos. Ya que a partir de este momento debemos evitar todo lo que pueda oler a confabulación.

—Bueno, ya sabe usted que si hay algo que esté en mi mano... —dijo Emmert.

Efectivamente. El sabía qué era lo que Nick podía hacer. Si llegaba lo peor y la concesión de la Compañía resultaba invalidada, podría recurrir a Emmert para salvar del naufragio lo que fuese posible si no para la Compañía, sí para Víctor Grego. Pero si el planeta Zarathustra era reclasificado, Nick no serviría ya de nada. No servirían de nada ni su cargo, ni su posición social, ni su influencia ni sus chanchullos ni sus comisiones y regalías, ni la cuenta de gastos que la Compañía abonaba... Por eso había que contar con que Nick haría lo que fuese necesario, por difícil que pareciese.

Miró al otro lado de la habitación y vio el globo que representaba Zarathustra, notando por levitación y girando imperceptiblemente iluminado por un haz de luz anaranjada. En el continente Beta reinaba ya la oscuridad. Era allí donde Leonard Kellogg había matado a un peludo llamado Ricitos y donde Jack Holloway había matado a un pistolero llamado Kurt Borch. Aquello le sacaba de sus casillas. "¡Vaya birria de pistolero!", pensó al considerar que había tenido la oportunidad de disparar impunemente por la espalda sobre Jack y en cambio fue el propio pistolero el muerto. Evidentemente, tan mala elección había sido la de Kellogg como la de Borch. Grego estaba acomplejado pensando en que su capacidad para seleccionar al personal en función de las misiones asignadas iba perdiéndose. Bueno, ¿y qué decir de Ham O'Brien...? Aunque no podía culparse de tal elección, ya que O'Brien había sido elegido por Nick Emmert; y tampoco había intervenido en la elección de Nick para el cargo que ostentaba.

El intercomunicador que tenía sobre la mesa hizo un ruido de aviso y una voz femenina le indicó que Coombes y los suyos acababan de llegar.

—Está bien, que pasen.

El primero en entrar fue Coombes; esbelto, discretamente elegante, con expresión tranquila en su rostro. Leslie Coombes hubiera mostrado el mismo aspecto en mitad de un bombardeo o durante un terremoto. Había elegido como abogado principal a Coombes y eso le hacía sentirse más seguro. Mohamed Alí O'Brien no era ni esbelto ni flemático ni elegante. Su piel era casi negra. Había nacido en Agni bajo un tórrido sol B.3. Su calva brillaba exageradamente y medio camuflada por el poblado bigote blanco sobresalía una enorme nariz. Tras ellos iba el resto de la expedición al continente Beta: Ernst Mallín, Juan Jiménez y Ruth Ortheris. El doctor Mallin estaba lamentándose de que Kellogg no estuviera allí.

—Permítame discrepar —dijo Grego—. Sentémonos. Me temo que tenemos muchas cosas sobre las que discutir.

El magistrado jefe Frederic Pendarvis corrió unos centímetros a la derecha el cenicero que tenía delante y el esbelto jarrón con flores lo movió unos pocos centímetros hacia su izquierda. Colocó parsimoniosamente ante sí el marco que contenía la fotografía de una distinguida mujer de cabello blanco. Luego, de un estuche de plata sacó un cigarro delgado y von gran pulcritud procedió a agujerearle el extremo y lo encendió. Como no se le ocurría nada más que le sirviera de táctica dilatoria, acercó los dos gruesos libros de hojas cambiables, abriendo el de tapas rojas: el de lo criminal.

Habría que hacer algo sobre el particular, se decía siempre en momentos como aquél. Meter allí todo aquel material, a cargo de los tribunales centrales, había sido normal cuando Mallorysport tenía una población de menos de cinco mil habitantes y en ningún otro lugar había más de quinientos. Pero aquello había sido diez años atrás. El magistrado jefe de una colonia planetaria no debiera tener que buscar entre aquellos casos para ver quién había sido acusado de trucar una marca de ganado sobre el lomo de un ñu o quién había disparado sobre quién en una

pelea de taberna. Bien, al menos se las había arreglado para terminar algunos casos de delitos mayores y algunos juicios de faltas. ¡Algo es algo!

El primer caso, desde luego, era de homicidio; siempre solía ser así. Comisaría Quince de Beta, teniente George Lunt. Jack Holloway —ese viejo Jack podía grabar otra muesca en su pistola—, habitante del valle de Cold Creek, ciudadano de la Federación perteneciente a la raza humana terrestre, muerte voluntaria de un ser racional conocido como Kurt Borch, de Mallorysport, ciudadano de la Federación, perteneciente a la raza humana terrestre. Denunciante, Leonard Kellogg, ídem, ídem. Abogado defensor del acusado: Gustavus Adolphus Brant hard. La última vez que Jack Holloway había matado a alguien fue cuando dos indeseables habían intentado robarle sus piedras solares, y ni siquiera hubo juicio. Esta vez habría dificultades. Kellogg era un alto ejecutivo de la Compañía, y por lo tanto lo mejor sería llevar el caso personalmente, ya que era muy probable que la Compañía tratase de ejercer presión sobre el tribunal.

El siguiente caso pendiente era también de homicidio, de la Comisaría Beta Quince. Leyó con sorpresa: Leonard Kellogg por muerte voluntaria de un ser racional de nombre Jane Doe, alias Ricitos, aborigen de Zarathustra, raza: peludo; denunciante: Jack Holloway, abogado defensor: Leslie Coombes, A pesar de la seriedad aparente del caso, no pudo evitar echarse a reír. No cabía duda de que se trataba de ridiculizar al propio Kellogg mediante tal denuncia. En todas las audiencias territoriales debería haber al menos un Gus Brannhard para dar un poco de sal a las cosas... ¡Raza aborigen: peludo de Zarathustra...!

Pero de repente dejó de reír y una seriedad mortal pareció invadirle, una seriedad como la que hubiera invadido a un ingeniero que hubiera encontrado por casualidad un cartucho de cataclismita y se diera cuenta de que estaba cebado, unido al fulminante y conectado a un interruptor. Se dirigió a la pantalla de comunicaciones y seleccionó un número. El rostro de un hombre joven, con gafas, apareció y le saludó cortésmente.

—Buenos días, señor Wilkins —respondió él—. Tenemos un par de homicidios para ver esta mañana. Se trata de Holloway y Kellogg, ambos casos proceden de Beta Quince. ¿Qué se sabe de ellos?

—¡Por Dios, Señoría! —dijo el empleado echándose a reír—. Se trata de dos solemnes tonterías; el doctor Kellogg mató a la mascota del viejo Jack Holloway, el buscador de piedras solares; y para acabar de hacer las cosas desagradables, y puesto que Holloway sabe ser muy desagradable cuando cree que debe serlo, resulta que ese tal Borch, que estaba allí en funciones de guardaespaldas de Kellogg, cometió un error suicida como es el de intentar disparar sobre Holloway. Lo que más me sorprende es que el teniente Lunt haya dejado que estas dos denuncias lleguen hasta los tribunales. El señor O'Brien ha solicitado el sobreseimiento de los dos asuntos.

Era evidente que el olfato de O'Brien no le engañaba y que sabía reconocer los peligros. Era como si hubiera encontrado una carga de cataclismita. Su primer impulso fue hacerla detonar, seguramente sólo para ver en qué quedaba todo.

—Todavía no he autorizado el *nolle prosequi*, señor Wilkins. ¿Quiere usted pasarme a velocidad sesenta las cintas con las declaraciones correspondientes a estos casos? Voy a grabarlas en el mismo magnetófono de la pantalla de comunicaciones. Muchas gracias.

Mientras el funcionario de tribunales iba por lo que le había encargado, el magistrado preparó el dispositivo de grabación.

No había suficiente hielo en el vaso, y Leonard Kellogg echó unos cubitos más. Para que no resultara excesivo, tuvo que echar más brandy en el vaso. No

debía haber comenzado a beber tan temprano, pues era fácil que a la hora de la cena estuviera bebido, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No podía salir; al menos no le apetecía hacerlo con la cara tal como la tenía. Además, tampoco estaba seguro de tener ganas de salir.

Todo el mundo se le había echado encima. Ernst Mallín, Ruth Ortheris y hasta Juan Jiménez. En el puesto de policía, Coombes y O'Brien le habían tratado como a un niño estúpido al que cuando hay gente delante hay que hacerle callar a cada momento, y al regresar a Mallorysport le habían ignorado por completo. Bebió con avidez y una vez más resultó haber demasiado hielo en el vaso. Víctor Grego le dijo que sería preferible que se tomara unas vacaciones hasta concluir el juicio y dejara entretanto a Mallín a cargo de la división cuya dirección ejercía. Grego consideraba que mientras la división estaba buscando pruebas para la defensa, no era él el más indicado para seguir al frente. Posiblemente tenía razón, pero aquello le parecía a Kellogg como el primer paso para ir postergándole en el escalafón de la Compañía.

Se dejó caer sobre una silla y encendió un cigarrillo, cuyo sabor le repugnó, y así, después de darle dos o tres chupadas más, lo aplastó. ¿Qué otra cosa podía haber hecho?, se preguntó. Después de encontrar aquella pequeña tumba de peludo, tenía que hacer comprender a Gerd lo que aquello significaba para la Compañía. Juan y Ruth no habían planteado ningún problema, pero había que ver cómo se puso Gerd y la de cosas desagradables que le llamó, despotricando de la Compañía. Y luego, la llamada de Holloway y la humillación de verse expulsado de allí como se echa a un indeseable.

Además, aquella bestezuela antipática había comenzado a tirarle de la pernera del pantalón y él se limitó a empujarla..., bueno, a apartarla de un puntapié, seguramente, y entonces aquel maldito animal le pinchó con la lanza que llevaba. ¿A quién se le ocurriría darle a los animales instrumentos así? Sólo a un lunático... De modo que le soltó otro puntapié y el bicho quedó fuera de combate...

La pantalla de comunicaciones de la habitación contigua comenzó a dar una señal de llamada. Seguramente sería Víctor Grego, se dijo, y apurando de un sorbo lo que quedaba en el vaso se dirigió rápidamente hacia la pantalla, en donde vio el rostro bastante inexpresivo de Leslie Coombes.

—¡Hola, Leslie! —saludó.

—Buenas tardes, doctor Kellogg —el tono y el tratamiento eran concienzudamente afectados—. El fiscal jefe me acaba de llamar; el juez Pendarvis ha denegado el sobreseimiento que en principio parecía iba a admitir en su caso y en el del señor Holloway y ha decidido que ambos sean sometidos a juicio.

—Eso quiere decir que han tomado las cosas en serio, ¿no?

—Muy en serio. Si resulta condenado, la Compañía quedará casi automáticamente privada de la concesión, y aunque Ib que voy a decir sea solamente importante para usted a título personal, podría ser que le condenaran a muerte. Ahora lo que quiero es hablar con usted acerca de la defensa, de la cual soy responsable. Mañana en mi despacho a las diez treinta. ¿De acuerdo? A esa hora seguramente sabré qué tipo de pruebas presentan contra usted. Le espero, doctor Kellogg.

Debía haberle dicho más cosas, pero aquello era todo lo que fue posible registrar. Leonard no se dio cuenta de su regreso a la otra habitación hasta que se sentó en su silla de relajamiento y se puso automáticamente a llenar de nuevo su vaso. Sólo quedaba un poco de hielo, pero no se preocupó por este detalle.

Iban, pues, a juzgarle por asesinato, por matar a aquel pequeño animal; y Ham O'Brien le había asegurado que no le juzgarían, le había prometido que le libraría de sentarse en el banquillo y no era así. Iban, pues, a juzgarle y si

resultaba culpable podían hacerlo fusilar... Y todo por matar a un pequeño animal estúpido. A un animal al que pateó y sobre el que saltó y del que todavía le parecía oír el crujido de sus huesos al pisotearlo...

Bebió de un sorbo el contenido del vaso, volvió a llenarlo y siguió bebiendo. Luego se puso en pie y, tambaleándose, acabó de bruces sobre los almohadones del sofá.

Leslie Coombes encontró a Nick Emmert con Víctor Grego en la oficina de éste. Al entrar, ambos se levantaron para saludarle y Grego preguntó:

—¿Han oído?

—Sí, O'Brien me llamó inmediatamente. Yo llamé a mi cliente y se lo dije. Me parece que fue un rudo golpe para él.

—Para mí no lo ha sido —dijo Grego—. Cuando Ham O'Brien está tan seguro de algo como lo estaba en este caso, yo siempre espero lo peor.

—El juez Pendarvis va a ser quien lleve este juicio personalmente —dijo Emmert—. Yo siempre he creído que era un hombre muy razonable, pero ¿qué es lo que pretende ahora? ¿Estrangular a la Compañía?

—Bueno, hay que pensar que no es enemigo de la Compañía, pero que tampoco está a favor de ella. El está siempre a favor de la ley, y la ley dice que si un planeta tiene habitantes racionales queda clasificado en la categoría IV y tiene que ser gobernado por un Gobierno Colonial de clase IV. Si ahora resulta que Zarathustra es un planeta de IV categoría, Pendarvis querrá que se reconozca así y que se aplique la legislación correspondiente. En el caso de quedar clasificado en IV categoría, la concesión en exclusiva hecha a la Compañía resulta ilegal y él no pretende sino poner fin a la ilegalidad en dondequiera que aparezca. La religión de Prederic Pendarvis es la ley y él se ha convertido en su sacerdote. Todos sabemos que no se llega muy lejos discutiendo de religión con un sacerdote.

Ambos permanecieron en silencio durante unos instantes. Grego estaba mirando al globo y ahora se percataba de que, aun estando orgulloso del mismo, su orgullo era idéntico al que se siente por una joya de imitación que hace las funciones del original, depositado en la caja fuerte de un Banco. Ahora le daba la sensación de que la joya auténtica se la estaban quitando. Nick Emmert también lo temía.

—Tenía usted razón ayer, Víctor. Me hubiera gustado que Holloway hubiera matado también a ese hijo de khoogra. Quizá no sea demasiado tarde.

—Sí que lo es, Nick. Ya es demasiado tarde para una cosa así. Lo único factible ahora es ganar el juicio. —Y volviéndose a Grego le preguntó—: ¿Qué están haciendo ahora sus hombres?

Víctor Grego dejó de mirar hacia el globo y respondió :

—Ernst Mallín está estudiando todos los testimonios filmados que tenemos y las descripciones del comportamiento de los peludos a fin de tratar de demostrar que no corresponden a seres racionales. Ruth Ortheris está haciendo otro tanto, pero bajo el aspecto de la línea instintiva y los reflejos condicionados e irracionales, así como de lo que pudiéramos llamar razonamiento primario. Tiene a su disposición montones de ratas y algunos monos y perros. Además del equipo material cuenta con la colaboración de varios técnicos de la casa de instrumental de Henry Stenson. Juan Jiménez está analizando la inteligencia de los perros, gatos y primates terrestres así como de los kholphs de Freya y de los escomendrijos negros de Mimir.

—¿Ha encontrado entre los simios o los cánidos algún caso de funeral parecido al de los peludos?

Grego no dijo nada, limitándose a menear la cabeza. Emmert murmuró algo inaudible y probablemente soez.

—No creo que haya encontrado nada similar. Lo único que espero es que esos peludos no comparezcan ante el tribunal y se pongan a encender un fuego y a charlar en Lingua Terra.

—¡Usted cree, entonces, que esos seres son racionales! —exclamó Emmert fuera de sí.

—¡Naturalmente! ¿Y usted no?

Grego sonrió tristemente, diciendo:

—Nick piensa que para demostrar una cosa hay que creer en ella. Eso ciertamente ayuda, pero no es imprescindible. Digamos que somos un grupo de debate y nos han dado la faceta negativa del tema: LOS PELUDOS SON SERES RACIONALES. Personalmente creo que nos han asignado la parte más incómoda de la discusión, pero ello solamente significa que tenemos que trabajar más duro.

—Cuando yo era estudiante estaba en un grupo de debate —explicó Emmert, quien al ver que no le prestaban demasiada atención, añadió—: Si no recuerdo mal, lo primero que hay que hacer es contar con definiciones válidas.

—Leslie —dijo Grego mirando rápidamente hacia arriba—, me parece que Nick ha encontrado algo. ¿Cuál es la definición legal de un ser racional?

—Creo que no existe ninguna, que yo sepa. La racionalidad es algo que se presupone.

—Y eso de encender un fuego y emplear un lenguaje, ¿qué?

Coombes negó con la cabeza y comentó:

—Caso 612 A. E. Colonia de Vishnu contra Emily Morrosh. Infanticidio. En este caso yo buscaba normas para determinar la racionalidad y me remito a Ham O'Brien. Ya sabe lo que hay que hacer: encontrar una definición de racionalidad que, permitiendo incluir en ella a todas las razas racionales conocidas, excluya a los peludos. Es una labor que no le envidio.

—Pero para eso necesitamos disponer de unos pocos peludos —dijo Grego.

—Es una lástima no tener a mano los de Holloway —dijo Emmert—. Aunque tal vez fuera posible tenerlos si los deja solos en su campamento...

—No; no podemos arriesgarnos tanto —dijo, y tras meditar unos instantes añadió—: Aunque cabe en lo posible que podamos conseguirlo de manera legal...

9

Jack Holloway vio cómo Peludo miraba la pipa que había dejado sobre el cenicero; al darse cuenta la volvió a tomar y se la puso en la boca. Peludo le contempló con aire contrariado y bajó al suelo. Papá Jack era mezquino. ¿Por qué había de pensar que a un peludo no le apeteciera también fumar una pipa de vez en cuando? En fin, quizá aquello no le perjudicase, de manera que tomó a Peludo y lo sentó de nuevo sobre sus piernas ofreciéndole la pipa. Peludo dio una chupada pero no tosió; era evidente que había aprendido cómo hacer para no tragarse el humo.

—Han decidido ver primero el caso de Kellogg —dijo Gus Brannhard—, y no hubo forma de evitarlo. Se da cuenta de lo que pretenden, ¿verdad? Primero le juzgan a él, con Leslie Coombes llevando la acusación y la defensa, y si logran absolverle conseguirán predisponer en contra de las pruebas de racionalidad que presentemos en nuestro juicio.

Mamá peludo hizo otro intento de interceptar el vaso que el abogado sostenía en la mano, pero él se lo impidió. El pequeñín desistió de sentarse sobre su cabeza y se puso a jugar con las guías de sus bigotes.

—En primer lugar —continuó Brannhard— procurarán invalidar todo lo posible las pruebas que presentemos sobre los peludos. No será demasiado, pero habrá que luchar para que sean consideradas válidas. Atacarán todo aquello que no puedan rebatir. Especialmente atacarán la credibilidad. Desde luego que habrá verificación, así nadie podrá decir que se miente. Sin embargo pueden alegar autoengaño, porque el detector de mentiras, si uno dice lo que cree, sin saber si es o no cierto, lo da por bueno. Pondrán en entredicho la idoneidad de los testigos expertos y emplearán cualquier subterfugio posible sobre afirmaciones fácticas y de opinión. Cuanto no les sea posible atacar o excluir, lo aceptarán, pero sólo para denegar que constituya prueba de racionalidad utilizando mil sutilezas.

—¿Y qué diablos puede ser considerado por ellos como prueba de racionalidad? —preguntó Gerd—. ¿La energía nuclear, la contragravedad o la hiperpropulsión?

—Conseguirán una estupenda, clara y pedante definición de lo que es la racionalidad, redactada en forma tal que permita la exclusión de los peludos, y la presentarán ante el tribunal con intención de que éste la acepte. Por eso debemos tratar de adivinar cuál pueda ser esa definición con la máxima anticipación para refutarla y preparar una definición por nuestra cuenta.

—Su definición deberá permitir la inclusión de los khoogras, Gerd, y por cierto. ¿Los khoogras entierran a sus muertos?

—¡Ni hablar! ¡Se los comen! Pero, eso sí, se los comen después de haberlos guisado.

—Bueno, no se va a ninguna parte discutiendo sobre si los peludos hacen lo que los khoogras no hacen —dijo Rainsford—. Lo que tenemos que hacer es encontrar una definición de la racionalidad. ¿Recuerda alguien lo que dijo Ruth el sábado por la noche?

Gerd van Biebeek parecía que no deseaba recordar lo que dijera Ruth, o acaso no quisiera ni recordar a la propia Ruth. Jack asintió con la cabeza y repitió lo dicho por la joven:

—"Me da la impresión de que la racionalidad aparece como una línea bien definida que se perfila a partir de una zona desdibujada correspondiente a lo que

pudiéramos llamar inteligencia irracional; quizá este punto de concreción se manifiesta mediante un color o mediante un trazo que de ondulado pasa a ser recto".

—Es una manera muy gráfica de representar ese concepto —dijo Gerd, añadiendo—: Incluso se me ocurre que como esa línea está tan bien definida, podría ser que la racionalidad fuese resultado de una mutación; pero lo que no puedo admitir es que tal mutación haya tenido lugar en idéntica forma en tantos planetas.

Ben Rainsford iba a decir algo cuando la sirena de la policía sonó sobre el campamento. Los peludos miraron hacia arriba con curiosidad. Sabían que se trataba de los amigos de papá Jack, los de los uniformes azules. Jack salió a la puerta y encendió la luz exterior. El vehículo se estaba posando en el suelo y de él salieron George Lunt, dos policías uniformados y otros dos hombres vestidos de paisano. Estos últimos iban armados y uno de ellos llevaba bajo el brazo un paquete.

—Hola, George, entra.

—Queremos hablar, Jack —dijo Lunt con voz un tanto desabrida y sin pizca de cordialidad en el tono—. Bueno, al menos estos hombres quieren hablarte.

—No faltaría más —dijo Jack, retrocediendo para dejar entrar a los recién llegados.

Indudablemente algo había salido mal. Khadra fue el primero en entrar, situándose al lado de Holloway, pero un poco por detrás. Le siguió Lunt, mirando detenidamente en derredor y situándose entre Jack y el mueble armero. El teniente Lunt podía también impedir, en caso necesario, el acceso a la mesa donde estaban las pistolerías con sus pistolas. El tercer policía de uniforme dejó pasar a primer término a los hombres de paisano, cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella. Jack se preguntaba si el tribunal habría decidido cancelar la fianza ordenando su custodia. Los dos tipos de paisano eran desconocidos para Jack; uno, de aspecto corpulento, tenía un bigote negro, y el otro, más bien menudo, tenía una cara triste y delgada. Ambos miraban hacia Lunt con expectación. Rainsford y Van Riebeek estaban en pie. Gus Brannhard se inclinó hacia adelante para llenar su vaso de nuevo, pero no se levantó.

—Deme los papeles —dijo Lunt al primero de los forasteros.

El otro recién llegado sacó un pliego doblado y se lo entregó a Lunt, quien dijo dirigiéndose a Jack:

—No ha sido idea mía, Jack. Es algo que yo no quería hacer, pero no he tenido más remedio. No me gustaría nada tener que disparar contra ti, pero si ofreces resistencia tendré que hacerlo y lo haré. No soy Kurt Borch; te conozco y por lo tanto no te daría la menor oportunidad.

—Si tiene que cumplir esas órdenes del papel, hágalo —dijo el más corpulento de los hombres de paisano—. No vamos a estar toda la noche aquí charlando.

—Jack —dijo malhumorado el teniente Lunt—, se trata de una orden judicial para presentar a los peludos como pruebas en el caso Kellogg. Estos hombres son funcionarios al servicio de los tribunales y han recibido la orden de llevar a los peludos a Mallorysport.

—Déjeme ver la orden, Jack —dijo Gus Brannhard sin levantarse de su asiento.

Lunt se la dio a Jack Holloway y éste se la pasó al abogado. Como Gus había estado bebiendo casi toda la tarde, posiblemente no se puso en pie para que no se le notara. Miró rápidamente el papel y dijo asiniendo son la cabeza:

—Es correcta. Orden judicial firmada por el juez principal. Necesitan a los peludos y se los vienen a llevar. No hay nada que objetar, pero guárdate la orden y haz que te den un recibo firmado y con las impresiones dactilares. Anda, pásalo a máquina y que te lo firmen.

Lo que pretendía Gus era distraer a Jack con algo, de manera que no viese lo que iba a hacer. El más bajo de los funcionarios soltó el bulto que tenía bajo el brazo. Eran varios talegos de lona.

Jack se sentó y se puso a escribir a máquina, cerrando sus oídos a cuanto pudiera distraerle. Redactó el recibo nombrando uno por uno a los peludos y haciendo su descripción, especificando que se hallaban en perfecto estado de salud y no tenían heridas ni señales de violencia en su cuerpo. Uno de los peludos trató de saltar a su regazo chillando frenéticamente y agarrándose a su camisa, pero Jack lo apartó. Acabó el recibo antes de que los recién llegados hubieran podido conseguir su propósito. Ya había tres peludos metidos en los sacos, pero Khadra andaba todavía tras Cenicienta. Ko-Ko y Peludo trataron de ganar la pequeña puerta que papá Jack había hecho a su medida, pero Lunt se lo impidió sujetándola con el pie, y tras un breve forcejeo fueron metidos en otros sacos.

Jack se puso en pie; estaba medio atontado por la sorpresa recibida y no atinó más que a sacar de la máquina el papel. Hubo una discusión sobre el recibo hasta el extremo de que el teniente Lunt dijo a los funcionarios que o firmaban el recibo o se iban sin los peludos. Por fin, después de firmar, entintaron las yemas de sus pulgares y las apoyaron al lado de las respectivas firmas. Jack entregó el papel a Gus tratando de no mirar hacia los bultos que se movían (los seis sacos con los peludos), haciendo un enorme esfuerzo para no escuchar los gritos de los "prisioneros".

—Bueno, George, pero les permitiréis llevar consigo algunas de sus pertenencias, ¿no?

—Desde luego, pero ¿qué van a llevarse?

—Las mantas donde se acuestan, alguno de los juguetes...

—¿Este trasto? —dijo el más bajo de los funcionarios, dando un puntapié al juego de construcción modular de los palitos y las esferas de colores—. ¡Lo único que hemos recibido órdenes de llevarnos son los peludos! ¡Nada más!

—Ya has oído a este caballero —dijo Lunt, haciendo sonar la palabra caballero peor que si hubiera dicho hijo de khoogra. Y volviéndose a los dos funcionarios les dijo—: Bueno, ya tienen a los peludos; ¿a qué esperan?

Jack contemplaba desde la puerta cómo metían los sacos en el aerocoche y emprendían la marcha. Luego volvió a casa y se sentó a la mesa abrumado, mientras decía:

—Los peludos no tienen ni idea de lo que significan los mandamientos judiciales. No pueden imaginarse por qué yo no he detenido a estos tipos. Deben pensar que papá Jack les ha abandonado.

—¿Se han marchado ya, Jack? —preguntó Brannhard—. ¿Estás seguro? —y a continuación se levantó y echando las manos atrás sacó, de donde había estado oculta, una especie de bola de pelo blanco. Era Peludito, que se agarró a la barba del abogado gritando de alegría—. ¡Chico, a éste no lo han pescado! —exclamó Gus Brannhard, soltándose al peludo de la barba y entregándoselo a Jack mientras añadía—: Y no sólo no se lo han llevado sino que han firmado el recibo por él también, de manera que ahora podemos ir a Mallorysport y traernos al resto de la familia —concluyó Gus mientras apuraba lo que quedaba en su vaso y encendía un cigarro.

—Pero... Pero el juez principal firmó la orden, ¿no? Entonces, ¿cómo va a devolvérselos sólo porque se lo pidamos?

Brannhard hizo una grosera mueca y explicó:

—Verás, es que apostaría cualquier cosa a que el juez Pendarvis jamás ha visto ese mandamiento judicial que ha firmado. En el despacho del jefe de juzgados hay siempre un montón de órdenes judiciales firmadas en blanco. Si cada vez que hace falta llamar a un testigo o aportar testimonios materiales hubiera que esperar a que un juez firmase una de estas órdenes, no harían nunca nada. Seguro que si esto no ha sido ocurrencia de Ham O'Brien, habrá sido de Leslie Coombes.

—¿Viene usted, Ben? —dijo Gerd—. Iremos en mi aeronave ahora mismo.

Peludo no comprendía aquello. Los grandes de uniforme azul eran amigos suyos y les habían dado los silbatos y hasta se habían entristecido cuando uno de sus hermanos había muerto. ¿Cómo era posible que papá Jack, tan valiente, no hubiera sacado el rifle grande para obligarles a irse? No era posible que papá Jack, que no tenía miedo de nada, tuviera miedo de aquellos tipos...

Sus hermanos estaban en otros sacos como el que lo envolvía a él. Podía oírles y hasta llamarles. De repente sintió el filo del pequeño cuchillo que papá Jack le había regalado. Ahora podría soltarse y liberar a los demás, pero de nada serviría. Estaba a bordo de una de esas cosas que los grandes emplean para remontarse hasta el cielo, y si escapaba ahora no podría ir a ninguna parte. Además los cazarían en seguida, de manera que mejor sería aguardar.

Lo que más le preocupaba, realmente, era no saber adonde les llevaban, porque cuando se escapasen, ¿cómo iban a saber volver con papá Jack?

Gus Brannhard estaba nervioso y lo demostraba con su exagerada locuacidad, que preocupaba a Jack. Se detuvo un par de veces ante los espejos del *hall* para comprobar que la corbata estaba correctamente anudada y que la abertura superior de su cazadora no resultaba demasiado alta ni demasiado baja. Ante la puerta en la que un rótulo decía "Juez Principal", se detuvo un momento para atusarse un poco la barba recién lavada con champú, antes de pulsar el botón de llamada.

En las habitaciones privadas del juez Pendarvis había dos individuos. A Pendarvis sólo lo había visto en un par de ocasiones a lo sumo, pero jamás había tenido nada que ver con él. Su rostro era agradable, delgado, un poco ascético; era el de un hombre que está en paz consigo mismo. Junto al juez Pendarvis se hallaba Mohamed Alí O'Brien, que se extrañó de verles comparecer y hasta mostró cierta contrariedad. Nadie estrechó la mano de nadie; el juez se limitó a efectuar una inclinación de cabeza y a invitarles a que se sentaran.

—Me dice la señorita Ugatori —dijo en cuanto hubieron encontrado sillas para todos— que usted pone una denuncia contra la acción del señor O'Brien aquí presente.

—Efectivamente, Señoría —dijo Brannhard abriendo su cartera y sacando dos papeles que entregó al juez. Se trataba del mandamiento judicial y del recibo de los peludos—. Mi cliente y yo querríamos saber en virtud de qué base legal Su Señoría sancionó ese acto judicial y con qué derecho el señor O'Brien envió a sus funcionarios al campamento del señor Holloway para llevarse a esos pequeños personajes arrebatándoselos a su amigo y protector Jack Holloway.

El juez contempló ambos documentos y dijo: —Como saben, la señorita Ugatori sacó unas fotocopias de estos documentos mientras ustedes pedían la entrevista conmigo. Las he visto, pero créanme, ésta es la primera vez que veo el original de este mandamiento judicial. Sabe usted, señor Brannhard, que esto suele

firmarse en blanco, y es una costumbre que nos ha hecho ganar muchísimo tiempo y nos evita muchas complicaciones y retrasos. Hasta ahora sólo se han utilizado cuando no existía la menor duda de que tanto yo como cualquier otro juez hubiera aprobado su utilización. En este caso la duda existiría, porque de haber visto antes este escrito ciertamente me hubiera negado a firmarlo. —Y volviéndose hacia el asombrado fiscal principal añadió—: Señor O'Brien, no se aporta como evidencia a seres humanos como si se tratase, por ejemplo, de ganado en el que se supone hay una alteración de la marca. El hecho de que estos peludos estén todavía *sub judice* en cuanto a determinar si son racionales o no, incluye la posibilidad de que puedan serlo, y en tal caso sabe usted perfectamente que los tribunales no adoptan ninguna acción, dado que pudiera ser que alguien inocente sufriera perjuicio.

—Y además, Señoría —terció rápidamente Gus Brannhard—, en este caso no puede negarse que a los peludos se les ha causado un grave y ultrajante perjuicio. Imagínese los, bueno, imagínese a unos pobres niños, ya que eso es lo que son los peludos, unos chiquillos inocentes y confiados, que hasta que llegaron estos hombres se sentían felices y no habían conocido más que la amabilidad y el afecto, pero que de repente se sienten raptados y metidos a la fuerza en unos sacos, a manos de unos hombres brutales y sin sentimientos.

—¡Señoría! —exclamó O'Brien cuyo rostro se oscureció más de lo que lo había oscurecido el cálido sol de Agni—. ¡No puede permitir que en mi presencia se califique así a unos fieles funcionarios!

—Señor O'Brien, parece que se olvida de que está hablando en presencia de dos testigos oculares de esa brutal abducción.

—Si los funcionarios de los tribunales necesitan defensa, el tribunal los defenderá, pero sería preferible que usted tratase de efectuar la defensa de sus propios actos.

—Señoría, insisto en que mi actuación no fue otra que la de considerar mi deber hacer lo que hice —dijo O'Brien—. Estos peludos constituyen la pieza clave en el caso que se sigue contra Kellogg, ya que sólo es posible continuar el proceso contra el acusado en caso de poder probar su racionalidad.

—En tal caso, ¿cómo se ha atrevido usted a poner en peligro su integridad física con una actuación desconsiderada?

—¿Que yo les he puesto en peligro? —replicó horrorizado Ham O'Brien—. Señoría: yo actué solamente para asegurar su integridad y su presentación ante el tribunal...

—Sí, pero usted se los arrebató a la única persona en este planeta que sabe algo acerca de cómo cuidarlos, a la única persona que los quiere como querría a sus propios hijos, y además los ha sometido usted a un trato que, como ya sabe, podría haberles resultado fatal.

—No creo —intervino el juez Pendarvis— que el señor Brannhard haya exagerado el caso. La opinión que me merece su actuación, señor O'Brien, es francamente reprobable, ya que no tenía usted derecho a tratar de este modo a unos seres supuestamente racionales y menos considerarlos como meras pruebas palpables; por eso creo, como el señor Brannhard, que su actuación puede calificarse de peligrosa, desconsiderada y dolosa. Ahora, como juez, le ordeno que traiga inmediatamente a los peludos aquí para devolvérselos al señor Holloway para su custodia.

—Sí, Señoría —dijo con aire distraído O'Brien, cuyo rostro se había ido volviendo más oscuro y con tinte grisáceo—. Dentro de una hora o así espero tenerlos para entregarlos aquí.

—¡Ah! ¿De manera que no los tiene usted en este edificio? —preguntó el juez Pendarvis.

—¡Oh, no, Señoría! Aquí no tenemos los medios adecuados. Los he llevado al Centro Científico.

—¿Qué?!

Jack había decidido que lo mejor sería mantenerse en silencio y dejar a Gus Brannhard que hablase, pero aquella exclamación le surgió violenta e incoercible. Nadie se dio cuenta pero aquel "¿Qué?!" surgió también al unísono de las gargantas de Gus Brannhard y del juez; éste se inclinó hacia adelante y habló con una suavidad que nada bueno presagiaba :

—¿Se refiere usted, señor O'Brien, al establecimiento que depende de la División de Estudios Científicos e Investigaciones, de la Compañía Concesionaria Zarathustra?

—Sí, claro. Allí tienen toda clase de elementos para el cuidado de animales vivos y realizan toda la labor científica precisa para ello.

El juez Pendarvis soltó una terrible palabrota. Brannhard estaba atónito, tan sorprendido como si su propia cartera de repente hubiera saltado desde sus rodillas y tratase de morderle el cuello. Pero, con todo, más sorprendido aún parecía O'Brien. El juez Pendarvis, recobrando la compostura, aunque con visible esfuerzo, dijo:

—Por lo visto usted cree que las pruebas en que se basa la acusación en un caso de juicio por asesinato, tienen por custodio idónea al propio acusado, ¿no? Señor O'Brien, usted ha logrado, francamente, ampliar hasta un límite insospechado mi concepto de ¿o posible...

—Pero la Compañía Zarathustra no es el acusado —replicó O'Brien tímidamente.

—Oficialmente, no, claro —intervino Brannhard—. Pero ¿acaso la División Científica de la Compañía Zarathustra no está dirigida por un tal Leonard Kellogg?

—El señor Kellogg ha sido relevado de sus funciones hasta que termine el juicio. La división la dirige actualmente el doctor Mallín.

—Que es el principal testigo científico de la defensa. De manera que no veo diferencia práctica entre uno y otro.

—Bueno, el señor Emmert dijo que la cosa era correcta —murmuró O'Brien.

—Has oído eso, ¿verdad, Jack? —dijo Brannhard—. Pues grábatelo bien en la memoria, ya que en cualquier momento tendrás que atestiguarlo ante el tribunal — y volviéndose hacia el juez añadió—: Si Su Señoría no se opone, me permitiré hacer una sugerencia y es que se encomiende la recuperación de los peludos al comisario colonial Fane; además me permito señalar la conveniencia de que se mantenga alejado de cualquier medio de comunicación al señor O'Brien en tanto se procede a dicha recuperación.

—Parece que es una prudente observación, señor Brannhard. Voy a entregarle a usted una orden de entrega de los peludos y un volante autorizando su búsqueda, para estar más seguros. Creo que también procede un certificado del tribunal de huérfanos nombrando al señor Holloway tutor de estos seres supuestamente racionales. ¿Cuáles son sus nombres...? ¡Ah! Ya veo, están escritos aquí en este documento, en el recibo —el juez sonrió complacido y añadió—: ¿Ve usted, señor O'Brien?, le estamos ahorrando un montón de trabajo...

O'Brien aún echó mano del último resto de valor que le quedaba y se permitió protestar diciendo:

—Pero se trata de unos señores que son precisamente el acusado y el defensor en otro caso de asesinato en el que actúo como fiscal...

—Señor O'Brien —le cortó el juez Pendarvis dejando de sonreír—, dudo que se le permita seguir actuando contra alguien o contra algo aquí. Es más: desde este mismo momento le relevo a usted de cualquier actuación en los juicios contra Kellogg y contra Holloway, y si tiene usted algo que objetar respecto a ello, extenderé un mandamiento del tribunal solicitando su arresto por dolo en sus funciones.

10

El comisario colonial Fane era un tipo tan grueso como el abogado Brannhard, pero mucho más bajo de estatura. Acomodado entre los dos, en el asiento trasero del vehículo del comisario, Jack Holloway contemplaba las espaldas de los dos hombres uniformados sentados en el asiento delantero. Una sonrisa le invadió al pensar que iba a recuperar a sus peludos. Los nombró uno a uno y se deleitó por anticipado pensando que los tenía ya a su alrededor, contentos de estar de nuevo con papá Jack.

El vehículo se posó en la azotea del Centro Científico de la Compañía e inmediatamente un vigilante de la Compañía se acercó. Gus abrió la puerta y Jack se apeó tras él.

—¡Eh! ¡No pueden aterrizar aquí! ¡Esto es sólo para los ejecutivos de la empresa!

Max Fane, el comisario, se apeó junto con sus hombres.

—¡Eso es lo que usted cree! —dijo Fane—. Las órdenes del juzgado aterrizan en cualquier sitio, y además, ¡illévenselo, muchachos! No quiero que se acerque a alguna pantalla de comunicaciones...

El vigilante de la Compañía empezó a protestar, pero los policías lo sujetaron y él debió pensar que, después de todo, los tribunales federales eran algo más poderosos que la Compañía Zarathustra. O acaso era posible que hubiera estallado una sublevación.

El despacho de Kellogg —temporalmente convertido en despacho de Ernst Mallín— estaba situado en la primera planta del ático contando desde la azotea de aterrizaje. Al descender del escalador encontraron el *hall* lleno de empleados que discutían acaloradamente en grupos. Tan pronto como vieron que se acercaba gente, callaron. En la antesala del jefe de la división, tres de las cuatro secretarías se pusieron en pie de un brinco, mientras la otra quedó detenida por la corpulencia del comisario Fane, que se interpuso entre la chica y la pantalla de comunicación.

Se les hizo salir y se trajo también al *hall* a uno de los guardias junto con el vigilante detenido. El centro de la oficina quedó vacío. Fane sacó su placa y con ella en la mano empujó la puerta que daba al despacho principal.

La secretaria de Kellogg, que ahora desempeñaba sus funciones con Mallin, debió de precederles unos segundos, ya que se hallaba frente a la mesa de su jefe balbuciendo palabras incoherentes. Mallin, que acababa de comenzar a incorporarse de su silla, se quedó como helado y se apoyó hacia adelante sobre la mesa. Juan Jiménez debió verles primero y miraba apurado buscando la manera de escapar de allí.

Fane pasó delante de la secretaria y se acercó a la mesa de Mallin mostrándole la placa y a continuación los documentos de busca, que Mallin contempló con ojos desorbitados.

—En el centro tienen a esos peludos bajo custodia por encargo del primer fiscal —dijo—. No podemos devolvérselos sin autorización suya.

—Aquí está —replicó Max Fane—. Es una orden judicial firmada por el primer magistrado, el juez Pendarvis. En cuanto al señor O'Brien, el fiscal, dudo que todavía esté en funciones, ya que me temo que lo han metido en la cárcel. ¡Y ESO ES LO QUE VOY A HACER CON USTED, ENCERRARLO SI NO ME ENTREGA INMEDIATAMENTE A SSOS PELUDOS! —exclamó el comisario inclinándose hacia adelante y dando un fuerte puñetazo en la mesa de Mallin.

Como si hubiera visto a una fiera, Mallín retrocedió instintivamente muerto de miedo. Su ánimo se había venido abajo y solamente dijo:

—Es que, verá... Yo no puedo... En este momento no sabemos dónde están...

—De manera que no sabe dónde están, ¿eh? —dijo con voz susurrante el comisario—. Así que por un lado admite que los tienen aquí y por otro... no sabe dónde están, ¿verdad? ¡Pues basta ya de titubeos! ¡Dígame la verdad de una vez!

En aquel momento la pantalla de comunicaciones comenzó a zumbiar y apareció la imagen de Ruth Ortheris, que vestía un traje sastre azul claro y dijo:

—¿Qué pasa ahí, doctor Mallín? Acabo de regresar de almorzar y me encuentro con la oficina llena de gente que me han puesto todo patas arriba. ¿Es que aún no han aparecido los peludos?

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Jack al escuchar aquello.

—Cállese y salga del edificio —ordenó con sorprendente rapidez Mallín.

—Mire, señorita —dijo el comisario, acercándose de un brinco a la pantalla de comunicaciones y mostrando su placa policial—. Soy el coronel Max Fane, comisario colonial, y le ordeno que se presente aquí inmediatamente. No me obligue a enviar por usted porque es algo que no me gusta, y seguro que a usted tampoco le gustaría lo más mínimo.

—Ahora mismo, señor comisario —dijo Ruth y desconectó la pantalla.

Fane se volvió hacia Mallín. No estaba dispuesto a que le tomasen el pelo y dijo:

—O me dice usted la verdad o voy a tener que llevarlo al verificador. ¿Dónde están los peludos?

—¡Y yo qué sé! —exclamó Mallín—. Pregúnteselo a Juan, que es quien se hizo cargo de ellos. Desde que los trajeron no los he vuelto a ver.

Jack procuró dominar su impulso y hablar con sosiego, pero dijo:

—Si les ha sucedido algo a los peludos ustedes dos van a envidiar la suerte de Kurt Borch antes de que termine con ustedes.

—A ver, explíquese —dijo el comisario a Juan Jiménez—. Empiece desde el momento en que usted y Ham O'Brien recogieron a los peludos en el edificio judicial, la noche pasada.

—Pues los trajimos aquí. Teníamos unas jaulas preparadas para ellos y...

En aquel momento entró Ruth Ortheris. No esquivó la mirada de Jack Holloway, pero tampoco le miró descaradamente. Simplemente se limitó a saludarle con un gesto distante, como si alguna vez se hubieran encontrado en una nave, y se sentó.

—¿Qué ha pasado, señor comisario? —preguntó ella—. ¿Cómo es que ha venido usted aquí con estos señores?

—Los tribunales han ordenado que los peludos sean devueltos al señor Holloway —dijo Mallín, temblando—. Tienen una especie de mandamiento judicial y ahora resulta que no sabemos dónde están, ni cuándo se han ido...

—¡Oh, no! —exclamó Ruth.

—Yo vine a eso de las cero siete cien —dijo Jiménez— para darles de comer y de beber; pero me encontré con que se habían escapado de las jaulas. La malla que las cubría estaba rota en una de ellas y las otras estaban abiertas desde afuera; es evidente que el peludo que rompió la malla fue el que abrió a los demás.

Entraron en mi despacho, lo revolvieron todo y salieron al pasillo por la puerta. Pero ahora no sabemos dónde están. Lo que no puedo imaginar es cómo ha sido capaz cualquiera de esos seres de hacer algo así.

Eran jaulas construidas para encerrar algo que no tuviera ni manos ni cerebro. Desde el mismo momento en que Mallin y Kellogg habían llegado al campamento, Mallin se había estado autosugestionando con la idea de que eran unos animalillos irracionales; sin duda sucedió lo que tenía que suceder al actuar de aquel modo.

—Queremos ver las jaulas —dijo Jack. —Claro —dijo Fane asomándose a la puerta y llamando—: ¡Miguel! —El guardia acudió acompañando al vigilante—. ¿Ha oído usted lo que ha pasado?

—Sí. Uno de los peludos mayores rompió la jaula, pero ¿acaso se hicieron pistolas de madera para abrirse camino y fugarse?

—¡Por Dios! ¡No creo! Venga y llévese a Chummy con usted. El conoce el interior del edificio mejor que nosotros. Llame usted diciendo que necesitamos seis hombres más. Dígale a Chang que nos preste alguno, y si no los tiene disponibles que los pida al puesto de policía.

—Espere un momento—dijo Jack, y se dirigió hacia Ruth para preguntarle—: ¿Qué sabe de todo esto?

—Pues, verá, no sé gran cosa. Yo estaba aquí con el doctor Mallin cuando el señor Grego (perdón, el señor O'Brien) llamó para decirnos que los peludos iban a quedarse aquí hasta el juicio. Pensábamos acondicionar una habitación para ellos, pero hasta tenerla lista debíamos meterlos en jaulas. Eso es todo lo que yo supe hasta las cero nueve treinta, en que entré y todo estaba alborotado. Al preguntar la causa se me dijo que durante la noche los peludos se habían escapado. Yo sabía que del edificio no podían haber salido sin ser vistos, de manera que me fui a mi despacho y al laboratorio para revisar algunas cosas que necesitaba utilizar con los peludos. Hacia las diez cien me encontré con que de nada me iba a servir y entre mi ayudante y yo cargamos aquellos aparatos en una furgoneta y lo llevamos a la tienda de instrumentos de Henry Stenson. Luego fui a almorzar y volví aquí.

Jack consideró por un momento la forma en que reaccionaría un verificador poliencefalográfico ante aquellas afirmaciones. Quizá no fuese mala idea someter a verificación lo que había dicho Ruth, si el comisario Fane así lo decidía.

—Me quedo aquí —dijo Gus Brannhard—. A ver si les saco alguna pista más a esta gente.

—¿Por qué no llamas por la pantalla al hotel y les dices a Gerd y a Ben lo que ha sucedido? —sugirió Jack—. Gerd trabajaba aquí frecuentemente y conoce esto bien, de manera que podría colaborar en la búsqueda.

—Es una buena idea —intervino el comisario Fane—. Piet, haga el favor de decir a los refuerzos que han de llegar que se paren en el hotel Mallory y recojan a Gerd. Y usted, Jiménez, venga y acompáñenos a ver dónde tenía usted a los peludos y cómo se han escapado.

—Usted dijo que uno de los peludos rompió su jaula y luego soltó a los otros —dijo Jack a Jiménez mientras bajaban en el ascensor—. ¿Sabe usted qué peludo era?

—No. Simplemente nos limitamos a sacarlos de los sacos y metimos uno en cada jaula.

Debió ser Peludo; sin duda era la eminencia de la familia. Si era él el cerebro y el jefe, quizá tuvieran alguna oportunidad de salir con bien. Lo malo era que aquel edificio estaba lleno de peligros totalmente desconocidos para los peludos:

radiaciones, productos tóxicos, cables eléctricos y cosas así. Si de veras se habían escapado, la cosa podía ser preocupante.

A medida que bajaban vieron que en cada planta había hombres con sacos, redes, mantas y otros elementos útiles para cazar a los peludos. Al salir, Jiménez les llevó a través de una gran sala con vitrinas de cristal en las que podían verse ejemplares disecados y esqueletos armados de los diferentes mamíferos de la fauna del planeta Zarathustra. Por allí había bastante personal que buscaba y miraba por debajo y por detrás de las vitrinas, incluso dentro de ellas. Fue entonces cuando Jack empezó a creer que la huida de los peludos no era un engaño urdido por aquella gente, sino una realidad. Al principio había creído en una huida simulada para encubrir la muerte de los peludos.

Hacia el final de la sala. Jiménez les condujo por un estrecho pasillo que tenía una puerta al final. En el interior del pasillo estaba encendida permanentemente una luz nocturna de color azul-blanco. Junto a la cara interior de la puerta había una silla giratoria. Jiménez señaló hacia allí diciendo:

—Miren. Han tenido que subirse ahí para abrir el pestillo y poder abrir la puerta.

Era una puerta como las del campamento, con pestillo de resorte y manija en vez de pomo. Habían tenido que verla funcionar para aprender a abrir. Fane estaba probando la cerradura y dijo:

—Creo que va demasiado dura. ¿Sus pequeños amigos tienen fuerza suficiente para accionar esta cerradura?

—Naturalmente —dijo Jack después de probar él mismo—. Y son lo suficientemente inteligentes para haberlo hecho. Creo que incluso el más pequeño de los peludos, ése que sus hombres no capturaron, Cabría cómo hacerlo.

—Mire lo que han hecho en mi oficina —dijo Jiménez encendiendo las luces.

Todo estaba patas arriba. No les debió llevar mucho tiempo, pues lo único que habían hecho era tirar al suelo todo lo que estaba sobre la mesa, volcar la papelera y dejarla volcada. Viendo aquello no cabía duda de que la huida era cierta.

—Probablemente han estado buscando cosas que les sirvieran de arma o herramienta y de paso han hecho todo el daño posible en su registro —era evidente que la actitud de los peludos había mostrado una considerable componente vindicativa. Jack añadió—: Me da la impresión de que usted, Juan, no les cae bien.

—No se lo reprocho —dijo el comisario Fane—. Veamos qué tal han imitado a Houdini en estas jaulas...

En una habitación que sin duda era un cuarto trastero, situado detrás del despacho de Juan Jiménez, estaban las jaulas. La puerta tenía una cerradura de resorte, igual que la del pasillo; los peludos, para abrirla, habían arrastrado hasta allí una de las jaulas y se habían subido encima para poder llegar a la altura de la cerradura. Las jaulas tenían cosa de un metro de anchura por metro y medio de longitud. El fondo era de contrachapado sobre bastidores de listón de madera y los laterales de malla metálica con agujeros de unos seis o siete milímetros. La parte superior también tenía una malla de igual espesor. Las tapas estaban articuladas y tenían unos pasadores para asegurarlas. El cierre tenía un vástago roscado que se aseguraba mediante una tuerca. En cinco de las jaulas las tuercas de cierre habían sido desenroscadas. La sexta jaula había sido rota desde el interior mediante un corte en la malla de la esquina. La malla estaba doblada hacia adentro en el ángulo de la jaula dejando un hueco triangular lo suficientemente espacioso para permitir a un peludo deslizarse hasta el exterior.

—Lo que no puedo entender —decía Jiménez— es cómo el alambre de esta malla presenta señales de corte.

—Es que ha sido cortado, comisario. Yo reprendería a alguien por esto si estuviera en su lugar; porque sus hombres no son muy cuidadosos en el cacheo de los prisioneros. Uno de los peludos escondió un cuchillo —dijo Jack recordando que Peludo y Ko-Ko se habían metido apresuradamente en el cuarto de dormir, aparentemente impulsados por el pánico, pero sin duda para buscar algo con que defenderse; explicó cómo había hecho unos pequeños cuchillos utilizando una hoja vieja de acero, y prosiguió—: Supongo que tras tomar el cuchillo, lo escondió bajo su piel haciéndose una bola como si tuviera miedo. Y así encogido lo metieron en el saco.

—Y entonces —dijo el comisario— esperó hasta estar seguro de que no le iban a descubrir antes de poder utilizarlo. Además el alambre de esta malla no es difícil de cortar. —Luego, volviéndose a Jiménez, le espetó—: Ustedes deberían estar muy contentos de que no pueda formar parte del jurado, ¿verdad? ¿Por qué no lo hacen constar y permiten a Kellogg que interponga recurso?

Gerd van Biebeek se detuvo un momento ante la puerta de lo que había sido despacho de Kellogg. La última vez que había estado allí Kellogg le había hablado de la plaga de camarones terrestres. Ahora Ernst Mallin estaba en la silla de Kellogg fingiendo indiferencia pero sin conseguirlo. Gus Brannhard estaba repantigado en un sillón mirando a Mallin como el cazador que ve una pieza insignificante y piensa si valdrá la pena o no disparar sobre ella. Un guardia uniformado se volvió rápidamente y luego volvió a enfrascarse en el estudio de un mapa mural en el que aparecía la clasificación de los mamíferos de Zarathustra. Aquel cuadro lo había realizado el propio Van Biebeek.

Ruth Ortheris estaba fumando, sentada, apartada de los tres hombres y de la mesa. Levantó la vista, y al ver que Van Biebeek pasaba a su lado sin dirigirle ni una mirada, bajó los ojos.

—¿Los han encontrado ya? —preguntó Gerd a Brannhard.

—Jack ha bajado con un grupo hasta los sótanos. Max está en el laboratorio de psicología sometiendo a verificación a los vigilantes que estuvieron de servicio la noche pasada. Todos aseguran que es imposible que los peludos hayan salido de aquí.

—Es que no saben lo que para un peludo resulta imposible.

—Eso mismo les he dicho yo y no me han rebatido. Están muy impresionados por la forma en que escaparon de sus jaulas.

—Gerd —intervino Ruth—, nosotros no les hemos hecho daño. No teníamos intención de causarles el menor daño. Juan los puso allí porque no temamos de momento otro sitio más adecuado..., pero íbamos a prepararles un cuarto para ellos, donde pudieran jugar...

Al darse cuenta de que no la escuchaba Gerd, calló y aplastando su cigarrillo se levantó diciendo:

—Doctor Mallin, si estos señores no tienen nada más que preguntarme, me marcharé. Tengo mucho que hacer.

—¿Quiere usted preguntarle algo, Gerd? —dijo el abogado.

"En cierta ocasión —pensó Gerd—, estuve a punto de preguntarle algo..." Ahora se daba cuenta de que más valía no haberlo hecho porque ella estaba tan apegada a la Compañía que si llega a casarse con él se hubiera podido decir que se trataba de bigamia; de modo que se limitó a responder:

—No, señor. No quiero hablar con ella.

Ruth se dirigió hacia la puerta y al llegar allí comenzó a decir en tono dubitativo:

—Mira, Gerd..., yo...

Pero no siguió hablando. Se volvió y salió del despacho. Gus Brannhard la siguió con la mirada y dejó caer la ceniza del cigarro que estaba fumando sobre el suelo del despacho de Leonard Kellogg, ahora de Mallin.

Evidentemente Gerd la detestaba y ella no iba a tener consideraciones con quien no las tenía con ella. Debía haberse imaginado que podía suceder algo así. En la vida de relación siempre pasan cosas como ésta. Pero una vez metida en ciertos asuntos, una chica lista jamás debe ligarse a un solo hombre, sino que debe contar con cuatro o cinco amigos, de diversos estilos, e ir enfrentándolos a uno con otro sucesivamente.

No tenía más remedio que salir lo antes posible del Centro Científico, pues el comisario Fane estaba haciendo pasar a todos por el verificador y ella no estaba en condiciones de pasar por ese trance. Tampoco se atrevía a dirigirse a su despacho, ya que el verificador se encontraba en el laboratorio, al otro lado del pasillo, y allí estaba trabajando el comisario. Decididamente, no se atrevía a pasar por allí.

Sin embargo, mediante la pantalla de comunicación podía hacer lo que quería. Entró en una de las oficinas de abajo y al menos una docena de personas comenzaron a preguntarle qué había pasado con los peludos. Ruth se zafó de quienes la acosaban y se dirigió a una pantalla, mareó una combinación y al cabo de unos momentos apareció un hombre de edad, de labios delgados y rostro muy pálido. Al reconocerla un destello de contrariedad cruzó su mirada.

—Señor Stenson —comenzó Ruth antes de que él pudiera decir nada—. Aquel aparato que llevé a su establecimiento esta mañana, el detector sensorial de respuestas... Hemos cometido un error terrible con él. No se trata del aparato, de manera que no lo toquen porque puede ser peor...

—Perdóneme, pero no acabo de entenderla, doctora Ortheris

—Verá, es una equivocación perfectamente comprensible. Aquí, en esta casa, andamos todos algo desquiciados. El señor Holloway y su abogado y el comisario colonial han venido con una orden del juez Pendarvis para llevarse otra vez a los peludos. Nadie tiene idea de lo que está haciendo y todo el jaleo que hay con ese aparato resulta que es culpa del operador que ha de manejarlo. Tenemos que traerlo en seguida. Tal como estén las cajas.

—Ya comprendo —dijo el viejo instrumentista preocupado—. Pero me temo que el aparato ha pasado ya a talleres. Ahora lo debe de tener el señor Stephenson y no puedo ponerme en contacto con él en este momento, de manera que en caso de que pueda subsanarse el error, ¿qué es lo que desea usted que hagamos?

—Simplemente guardármelo ahí. Ya les llamaré o enviaré por él, ¿entendido?

Nada más decir esto desconectó la pantalla. El viejo Johnson, el jefe de la sección de síntesis de datos, trató de preguntarle algo, pero Ruth Ortheris dijo:

—Lo siento, señor Johnson. No puedo entretenerme ahora. He de acercarme inmediatamente al edificio de la Compañía.

La *suite* del hotel Mallory estaba llena cuando volvió Jack Holloway en compañía de Gerd van Riebeek. Se oían muchas voces y los ventiladores trabajaban a pleno rendimiento para expulsar el humo del tabaco. Gus Brannhard, Ben Rainsford y el peludito eran entrevistados por la prensa.

—¡Hola, señor Holloway! —dijo alguien cuando Jack entró—. ¿Los han encontrado ya?

—No. Y eso que hemos revuelto todo el Centro Científico desde el sótano al tejado. Sabemos que han bajado unos pocos pisos desde donde estaban enjaulados, pero eso es todo. No creo que hayan podido salir al exterior, ya que la única salida a nivel de la planta baja pasa por un vestíbulo en donde hay permanentemente un vigilante. Por otro lado tampoco creo que tenga sentido el que hayan podido subir al tejado o a las azoteas.

—Señor Holloway —dijo alguien—, aunque me repugna el pensarlo, ¿ha contado usted con la posibilidad de que, metidos en algún recipiente, puedan haber ido a parar al convertidor energomásico?

—Ya pensamos en esa posibilidad, pero el convertidor está situado en el sótano y solamente tiene acceso por una puerta, que estaba cerrada. Durante el tiempo que han permanecido allí no pasó ninguno de los recipientes, y a partir del momento en que comenzó la búsqueda todo lo que va a parar al convertidor se revisa antes minuciosamente.

—Me alegra que así sea, señor Holloway, y me consta que todos lo celebran. Creo que todavía no han dejado de buscarlos, ¿verdad?

—¿Estamos en antena? No, señores. Yo no he abandonado la búsqueda. Me voy a quedar en Mallorysport hasta que los encuentre o me convenza de que no están en la ciudad. Además ofrezco una recompensa de dos mil créditos por cada uno de los peludos que me sean devueltos. Si me permiten un momento, tengo aquí para ustedes las respectivas descripciones...

Víctor Grego destapó la coctelera refrigerada y preguntó:

—¿Quiere usted más, señor Coombes?

—Sí, gracias —contestó éste mientras le llenaban el vaso—. Tal como usted dice, Víctor, la decisión la tomó usted, pero lo hizo aconsejado por mí y ahora resulta que yo le di un mal consejo.

Lógicamente no podía dejar de estar de acuerdo con aquello, aunque lo hizo con cortesía. Esperaba que no resultase mal del todo.

—Juzgué mal —dijo Coombes tan desapasionadamente como si estuviera discutiendo acerca de algún error cometido por Napoleón o por Hitler—. Creí que O'Brien no intentaría emplear uno de esos oficios firmados en blanco y tampoco creí que Pendarvis llegase a admitir ante terceros el haberlos utilizado. La prensa está criticando mucho su proceder.

La verdad es que tampoco se le había ocurrido que Brannhard y Holloway pudieran reclamar contra una orden judicial. Esta era una de las consecuencias de haberse mantenido demasiado tiempo en una posición aparentemente invulnerable, y así ahora se encontraba con una oposición completamente inesperada. Kellogg tampoco esperaba que le fueran a expulsar del terreno de Holloway. Kurt Borch tampoco esperaba que lo que se le pedía fuese algo más que sacar su pistola y apuntar en derredor. Y Jiménez había esperado que los peludos se quedarían quietos en sus jaulas.

—No me imagino dónde pueden estar —estaba diciendo Coombes—. No comprendo que en todo el edificio no los hayan encontrado.

—Ruth Ortheris tiene una idea. Salió del Centro Científico antes que Fane pudiera echarle el guante y someterla a verificación. Parece ser que ella y su ayudante sacaron de allí un aparato en un camión a eso de las diez. Cree que los peludos pudieron viajar en su compañía. Ya sé que esto suena como muy poco

verosímil, pero cualquier otra hipótesis parece imposible. Quiero que se siga buscando, porque es posible que los encontremos antes que Holloway. Lo cierto es que no están en el Centro Científico. —A todo esto su vaso se había quedado vacío y pensó si volverlo a llenar o no, decidiéndose por lo último, y preguntó a su interlocutor—: De modo que O'Brien está definitivamente fuera del asunto, ¿verdad?

—Completamente. Pendarvis le dio a elegir entre renunciar o afrontar una acusación por dolo en el desempeño de su cargo.

—Realmente no pueden acusarle de dolo por lo que ha hecho. ¿O acaso sí? Dolo... puede..., pero...

—Pueden acusarle y además interrogarle bajo veridicación sobre toda su conducta en la oficina, y en tal caso ya sabe usted lo que podría salir a relucir... —dijo Coombes—. Por poco se rompe un brazo firmando su dimisión. Todavía es fiscal general de la colonia, desde luego. Nick ha redactado un informe apoyándolo. Le perjudica menos hacerlo que lo que podría perjudicarle que O'Brien contase todo lo que sabe sobre los negocios del delegado. Ahora Brannhard trata de procesar a la Compañía y está proporcionando copias de las películas que tomó a los peludos de Holloway a las agencias de noticias. Interworld News está ya mosqueada con el asunto y ni siquiera los servicios sobre los que ejercemos control podrán hacer gran cosa. No sé quién va a llevar estos casos, pero quien lo haga no puede permitirse ciertas debilidades. Así ha resultado que Pendarvis ha hecho que todo se vuelva contra nosotros. Ya sé lo de la Ley y las Pruebas y nada roas que Ley y Pruebas, pero las pruebas llevan camino de meterse en su conciencia por medio de la hostilidad. Para mañana por la tarde ha convocado una reunión a la que tenemos que ir Brannhard y yo. No sé qué saldrá de ahí.

11

Los dos abogados se levantaron al entrar el juez Pendarvis, quien tras corresponder a su saludo se sentó. En su mesa de despacho estaba la caja de plata para los cigarros; la abrió y sacó una panatela. Brannhard dio unas chupadas al cigarro que un momento antes había dejado a un lado; Leslie Coombes sacó un cigarrillo de su pitillera. Los dos miraron al juez con expectación; parecían dos armas dispuestas para el combate: un hacha de guerra y un florete. Pendarvis comenzó:

—Bien, señores. Tenemos dos casos de homicidio, pero como saben no hay fiscal.

—Y no hace falta, Señoría —dijo Coombes—. Los cargos en ambos casos son pueriles: un hombre mata a un animal salvaje y el otro mata a un individuo que iba a matarle a él...

—Señoría —intervino Brannhard—, no creo que mi cliente sea culpable de nada, ni legal ni moralmente, y como quiera que ha sido acusado deseo que sea una sentencia la que reivindique su inocencia. —Y mirando a Coombes añadió—: Yo creía que el señor Coombes tendría el mismo afán por que su cliente se viera libre también de cualquier estigma criminal...

—De acuerdo; quien ha sido acusado de un crimen tiene derecho, si es inocente, a que su inocencia sea reivindicada públicamente. Por eso estimo que se debe ver en primer lugar la causa del señor Kellogg y pasar luego a la del señor Holloway. ¿Les parece bien?

—De ninguna manera, Señoría —protestó Brannhard—. Precisamente la defensa del señor Holloway se basa en que ese tal Borch murió con ocasión de estar cometiendo una felonía. Estamos preparados para demostrarlo, pero no queremos que nuestra causa se vea prejuzgada por un proceso anterior.

—Por lo visto —dijo riendo Coombes— lo que el señor Brannhard quiere es librar a su cliente condenando de antemano al mío, y con eso no puedo estar de acuerdo...

—Naturalmente; y por eso hace la misma objeción al proceso de su cliente en primer lugar. Está bien; vamos a eliminar las objeciones de las dos partes. Voy a mandar que se vean los dos casos en forma conjunta y se juzgará simultáneamente a los dos acusados.

A Coombes no le gustó ni pizca aquella proposición, y Gus Brannhard no pudo evitar un momentáneo brillo de alegría perversa en su mirada.

—Señoría, confío en que esa proposición sea solamente una broma, una prueba de ingenio...

—No, señor Coombes. Lo he dicho en serio.

—En tal caso, si Su Señoría no me toma a mal el decirlo, puedo afirmar que se trata del proceso judicial más chocantemente irregular que haya visto jamás y no me atrevo a decir que sea una arbitrariedad, pero... considere que no se trata de dos cómplices con idénticos cargos, sino de un caso en el que a cada individuo se le acusa de un acto criminal diferente, y la culpabilidad de uno puede suponer casi de modo automático la inocencia del otro. No sé a quién se nombrará fiscal para sustituir al señor O'Brien, pero le compadezco de veras. El señor Brannhard y yo podríamos, en tal caso, marcharnos a jugar una partidita de póquer mientras el fiscal va desmenuzando el caso.

—Es que no vamos a tener un solo fiscal, señor Coombes, sino dos. Voy a nombrarles a usted y al señor Brannhard fiscales en funciones, y lo mismo que usted hará la acusación pública contra el cliente del señor Brannhard, él la hará con el suyo. Creo que de esta forma no habrá más objeciones, ¿verdad?

No podía hacer mucho para que su rostro no trasluciese el regocijo: Brannhard casi ronroneaba como lo hubiera hecho un gran tigre que acabase de conseguir la mejor porción de un venado. La compostura de Coombes empezaba a desmoronarse.

—Señoría, es una excelente idea. Acusaré al cliente del señor Coombes con el mayor placer que cabe en todo el universo...

—Yo lo único que puedo decir, Señoría, es que si su primera propuesta me pareció lo más irregular de que haya tenido noticia, esta segunda la ha desbancado.

—No se extrañe, señor Coombes. Repasando las leyes y la jurisprudencia con todo esmero, no he podido encontrar ni una sola palabra que desautorice este procedimiento...

—Pero apuesto a que tampoco ha encontrado ningún precedente.

Leslie Coombes debería haber sido más prudente antes de hablar así, porque en las leyes coloniales se pueden encontrar precedentes para casi todo.

—¿Cuánto se apuesta usted, señor Coombes? —preguntó Brannhard con los ojos brillando de codicia.

—Cuidado no le vayan a desplumar. Estoy convencido de que antes de una hora se pueden encontrar al menos dieciséis precedentes en la legislación de una docena de planetas.

—Está bien, Señoría —capituló Coombes—. Pero espero que se dé cuenta de lo que hace, ya que está convirtiendo en un pleito común por lo civil dos casos en que es el pueblo de la colonia quien acusa...

—¿Y qué otra cosa es sino LOS AMIGOS DE LOS PELUDOS DEMANDAN A LA COMPAÑÍA CONCESIONARIA ZARATHUSTRA? —dijo riéndose Brannhard—. Yo intervengo como amigo de unos aborígenes incompetentes para que se reconozca su racionalidad, y el señor Coombes, en apoyo de la Compañía, litiga en pro de la concesión que la Compañía tiene. Eso es, nada más y nada menos, de lo que se trata, o de lo que se ha tratado hasta ahora.

Gus Brannhard indudablemente fue poco cortés. Leslie Coombes insistió en que la concesión hecha a la Compañía nada tenía que ver con el asunto.

Hubo un sinfín de informaciones sobre los peludos. Al parecer habían sido vistos en muchos sitios, a menudo en apariencias simultáneas y en puntos demasiado distantes para que la noticia fuera cierta. Evidentemente se trataba de gente que buscaba publicidad, de embusteros patológicos, chiflados inofensivos, etc. Algunas de las noticias recibidas eran resultado de equivocaciones inocentes o de superimaginatividad. Había razones para suponer que no pocas de las noticias podían ser obra de la Compañía para provocar más confusión en la búsqueda de los peludos. Algo muy palpable puso en aviso a Jack Holloway: la policía de la Compañía y el departamento de policía municipal de Mallorysport, controlado por ésta, efectuaban una búsqueda intensiva, pero procuraban ocultarlo.

El comisario Max Fane dedicaba todo el tiempo posible a las pesquisas y no precisamente por aversión hacia la Compañía, aunque algo de eso pudiera haber, ni tampoco porque el juez le insistiera, sino que simplemente lo hacía porque era "propeludos".

Tampoco estaban a favor de los peludos la Policía Colonial, sobre la que Nick Emmert parecía tener muy poca influencia. El coronel Ian Ferguson, jefe de la

Policía Colonial, dependía directamente del Departamento de Colonias en la Tierra, y había llamado a través de la pantalla para ofrecer su ayuda. George Lunt, el teniente que mandaba la policía en el continente Beta, también llamaba diariamente para saber cómo iba la búsqueda.

El vivir en el hotel Mallory resultaba caro y Jack tuvo que vender algunas piedras solares. Los compradores de gemas de la Compañía no se comportaron demasiado bien con él. Claro que él tampoco intentó ser afable. En el Banco la actitud que encontró fue de una extrema frialdad. En cambio, el personal naval de la base situada en el satélite Jerjes procuraba ir a verle y saludarle, siempre que les era posible, para animarle y manifestarle sus mejores deseos.

Un día un anciano con una gorra negra bajo la cual se veía su cabello cano, se encontró con Holloway en un centro comercial y le dijo:

—Quiero manifestarle lo preocupado que estoy por la desaparición de esos pequeños seres. Lamento no poder hacer nada para ayudarle, pero deseo de veras que los recupere sanos y salvos.

—Muchas gracias, señor Stenson —dijo Jack estrechando la mano del viejo instrumentista—. Si usted pudiera fabricarme un verificador de bolsillo para aplicárselo a toda esa gente que dice haber visto a los peludos, sería una ayuda estupenda...

—Bueno, yo puedo hacer verificadores de tamaño reducido, portátiles, pero son para la policía. Sin embargo, lo que creo que usted necesitaría es un instrumento para la detección de psicópatas, y eso, hoy por hoy, todavía está fuera de nuestro alcance.

Pero si sigue usted buscando piedras solares puede que le venga bien un detector de microrradiaciones que acabo de perfeccionar...

Acompañó a Stenson hasta su establecimiento y pudo ver el detector mientras tomaba una taza de té en compañía del anciano. Desde la pantalla de comunicaciones de Stenson llamó al comisario Max Fane y supo que seis personas más habían asegurado que vieron a los peludos.

Al cabo de una semana, las películas tomadas en el campamento habían perdido casi todo el interés a fuerza de pasarlas una y otra vez por televisión. Sin embargo, al peludito se le podía fotografiar, y al cabo de unos pocos días hubo de contratar los servicios de una señorita para que se encargara de la correspondencia que sus "fans" le dirigían. Una vez, al entrar en un bar, Jack tuvo la sensación de que el peludito estaba en la cabeza de una señora, sin embargo, al mirar bien, se dio cuenta de que era un muñeco sujeto con una cinta elástica. Al cabo de otra semana, por toda la ciudad veía peluditos en la cabeza de muchas señoras y chicas. En los escaparates de las tiendas había muñecos que representaban al peludito.

Dos semanas después de la desaparición de los peludos, el comisario Fane apareció en el hotel a última hora de la tarde. Se sentaron en el vehículo unos momentos y Fane dijo:

—Creo que esto es el final. Estamos desbordados por las declaraciones de tanto chiflado.

—Ya he visto que aquella mujer con la que hemos hablado está más loca que un cencerro —dijo Jack.

—Ya lo creo; tan loca que en los últimos diez años no ha habido crimen sin resolver en el que no haya prestado declaración. Eso indica lo feo que está el asunto, porque para que los dos hayamos perdido el tiempo escuchándola...

—Mire, comisario: nadie los ha visto. ¿No cree usted que es casi seguro que ya no están vivos?

—Lo peor no es que nadie los haya visto, sino que no hayan visto el menor rastro de ellos. Por todas partes se ven camarones terrestres, pero no se encuentra ni un caparazón roto y es de suponer que seis peludos activos, curiosos y juguetones como eran tendrían que dejar algún rastro. Entrarían en sitios, se meterían en puestos de fruta del mercado, en escaparates o almacenes. Pero no han hecho nada de eso. La policía de la Compañía ha dejado de buscarlos ya...

—Bueno, pero yo no voy a dejar de hacerlo. Han de estar por ahí, en alguna parte —dijo Jack estrechando la mano del comisario y saliendo de su aerocoche—. Me ha ayudado usted mucho, Max, y quiero que sepa cuánto se lo agradezco.

Vio cómo se levantaba del suelo y se alejaba el coche del comisario, luego miró en derredor contemplando aquella ciudad con sus tejados, terrazas, sus cúpulas de los centros comerciales, los espacios verdes, los lugares de diversión y aquellos altos edificios sobresaliendo del conjunto como otros angulosos... Era una ciudad nueva en un nuevo planeta, una ciudad que no había conocido el tráfico en el suelo. Por eso podía decirse que no tenía calles. Los peludos podían hallarse en cualquier lugar, lo mismo entre los árboles que en cualquiera de las trampas hechas por el hombre y que para ellos podían ser mortales: maquinaria que aunque estuviera parada podía comenzar a moverse apretando un interruptor. Conducciones que sin previo aviso podían llevar un caudal de agua, de líquido caliente o de vapores peligrosos. Pobres seres indefensos. A lo mejor habían creído que la ciudad era algo inocuo y resultaba mucho más peligrosa que el bosque donde los peligros mayores eran algunos pajarracos y fieras.

Gus Brannhard no estaba cuando él regresó; Ben Rainsford se hallaba ante la pantalla de lectura consultando un texto de psicología y Gerd estaba trabajando en una mesa que habían hecho traer a la *suite* del hotel. El peludito estaba jugando en el suelo con unos llamativos juguetes que le habían traído. Cuando papá Jack entró, el peludo soltó los juguetes acercándose a darle la bienvenida y para que lo levantaran en brazos.

—Ha llamado George Lunt —dijo Gerd—. Tienen en el puesto de policía una familia de peludos.

—¡Hombre, eso es estupendo! —dijo tratando de mostrar entusiasmo—. ¿Y cuántos son?

—Cinco: tres machos y dos hembras. Les han puesto nombre ya: doctor Crippen, Dillinger, Ned Kelly, Lizzie Borden y Juanita Calamidad.

—Creo que los *polis* se han pasado de rosca al bautizar así a los peludos. No hay derecho a llamar de esta forma a unos seres inocentes...

—¿Por qué no llamas al puesto y les saludas? —dijo Ben—. Al pequeñín le han hecho gracia y debe estar ansioso de hablar de nuevo con ellos.

Marcó la combinación en la pantalla y, efectivamente, aparecieron unos peludos de muy buen aspecto, pero los suyos le gustaban más, sin lugar a dudas. Lunt le dijo:

—Si no recuperas a los tuyos a tiempo para el juicio, Gus puede hacer comparecer a los nuestros. Tienes que presentar alguno ante el tribunal. En un par de semanas estos nuestros estarán sin duda capacitados para hacer muchas cosas. Sería estupendo que los pudieras observar y eso que solamente los tenemos aquí desde ayer tarde.

Jack no respondió que esperaba poder recuperar a los suyos antes del juicio, pero se dio cuenta de que lo estaba diciendo sin demasiada convicción.

Cuando Gus regresó tomaron unas copas. Gus se mostró encantado con la oferta de Lunt. Evidentemente tampoco él pensaba volver a ver vivos a los peludos de Jack.

—Aquí no hago maldita la cosa —dijo Rainsford—, de manera que hasta que se vea la causa me voy a marchar a Beta. A lo mejor viendo a los peludos de George se me ocurre alguna idea, porque lo que es aquí, no soy capaz de discurrir. —Hizo algunos gestos ante la pantalla de lectura, como subrayando lo que estaba pensando—. Todo lo que tengo es un vocabulario y ni siquiera la mitad de las palabras sé lo que significan... —comentó apagando la pantalla—. Empiezo a creer si no tendría razón Jiménez cuando afirmaba que se puede ser un poco racional... Es posible que la equivocada fuera Ruth Ortheris...

—Puede que sea posible ser racional y no saberlo —terció Gus—. Como aquel personaje de una obra del teatro francés que no sabía que estaba hablando en prosa...

—¿Qué es lo que nos quiere decir, Gus? —preguntó Gerd.

—No estoy seguro de saberlo, pero se trata de una idea que se me ha ocurrido hoy mismo. A ver si pensando sobre ella sacamos algo en limpio.

Ernst Mallín decía que, a su juicio, la diferencia radicaba en la zona de lo consciente, y añadió:

—Todos conocemos el axioma de que solamente una décima parte o a lo sumo una octava parte de nuestra actividad mental se desarrolla por encima del nivel de consciencia. Imaginémosnos una raza hipotética en la que toda su actividad mental se desarrolla a nivel consciente.

—Espero que tal raza siga siendo una simple hipótesis —dijo a través de la pantalla Víctor Grego, que se hallaba en su despacho en la otra punta de la ciudad — . Dicha raza no nos consideraría racionales en absoluto.

—No seríamos racionales según su definición — dijo Leslie Coombes, que apareció en la pantalla junto a Grego — . Pudiera ser que ellos tuvieran el equivalente a nuestro patrón del lenguaje y de saber encender un fuego, basado en aptitudes que nosotros no podemos ni siquiera imaginar.

Tal vez, pensó Ruth, podrían reconocer en nosotros una décima de racionalidad. Si bien en tal caso nosotros tendríamos que reconocer en los chimpancés, por poner un ejemplo, algo así como una centésima de racionalidad, y una lombriz tendría una milmillonésima de racionalidad.

—Un momento — dijo Ruth — . Si he entendido bien, lo que quiere decir es que seres irracionales son capaces de pensar, pero solamente en forma inconsciente, ¿verdad?

—En efecto, Ruth. Nos enfrentamos a una situación completamente distinta. Según eso un ser irracional piensa, pero nunca de manera consciente. Desde luego las situaciones familiares vienen siendo afrontadas por el simple hábito y la respuesta de la memoria.

—Acaba de ocurrírseme una cosa, verán — dijo Grego — . Creo que podemos explicar el entierro de los peludos, que tanto nos ha sorprendido, mediante un argumento irracional. Los peludos — añadió mientras encendía un cigarrillo y los demás le miraban con expectación — entierran sus excrementos y lo hacen para evitar un desagradable estímulo sensorial: el mal olor. Los cuerpos muertos comienzan a producir mal olor en seguida, por la putrefacción. De este modo son equiparados subconscientemente a los excrementos y se les entierra. Todos los peludos llevan armas y sus armas son consideradas subconscientemente como un miembro más del cuerpo, y por lo tanto se les entierra con ellas.

Mallín frunció el ceño. La idea pareció caerle bien, pero no podía permitirse admitirla así como así viniendo de un lego en la materia como era su jefe.

—Bueno, eso será suponiendo que estemos en lo cierto, señor Grego — admitió—. La asociación de objetos disimilares a causa de cierta aparente similitud es uno de los componentes reconocidos en la actitud irracional en los animales. Esa podría —dijo frunciendo el ceño otra vez— ser una explicación. Tengo que pensar en ello.

Al día siguiente a aquella hora, la idea sería ya suya. Eso sí: reconociendo a regañadientes que se basaba en una sugerencia de Víctor Grego. Con el tiempo hasta aquello se olvidaría y quedaría todo en la Teoría de Mallín. Evidentemente Grego era un tipo agradable en tanto fuese sacando adelante el trabajo.

—Está bien —dijo—. Si le sirve esta idea para algo, dígaselo al señor Coombes lo antes posible para que pueda utilizarla ante el tribunal.

12

Ben Rainsford regresó al continente Beta, mientras que Gerd van Riebeek permaneció en Mallorysport. La policía del Puesto Quince había hecho unas armas-herramientas de acero para sus peludos y podían dar fe de un sensible descenso en los daños causados por los camarones terrestres. Hicieron también unas sencillas imitaciones a escala reducida de herramientas de carpintero con las que los peludos estaban haciéndose una casita con cajas de embalaje. En el campamento de Ben aparecieron un par de peludos más y los adoptó bautizándolos como Flora y Fauna.

Ahora todo el mundo tenía peludos. Papá Jack sólo tenía un peludito. Tendido en el suelo le enseñaba a hacer nudos con un trozo de cuerda. Gus Brannhard trabajaba toda la jornada en el despacho que como fiscal en funciones se le había asignado en los tribunales. Como estaba cansado dormitaba en un sillón vestido con un pijama rojo y azul. Sus vicios eran ahora el fumar y el tomar de vez en cuando una taza de café mientras estudiaba los textos legales. Su consumo de whisky había descendido notablemente, reduciéndose a un par de copas al día. De vez en cuando tomaba notas y las grababa en un estenomemófono. Gerd, en su mesa, trataba desesperadamente, gastando papel a mansalva, de hacer alguna deducción por lógica simbólica. Una de las veces, arrugó la hoja de papel y la arrojó al otro extremo de la habitación mientras profería una palabrota. Brannhard le miró.

—¿Muchas pegas, Gerd?

—¿Cómo diablos puedo expresar que los peludos generalizan? —dijo soltando otra maldición—. ¿Y cómo puedo decir que son capaces de expresar ideas abstractas? O incluso demostrar que tienen ideas, ¿eh? Pero ¡qué diablos!, ¿cómo podría demostrar convincentemente que yo mismo soy capaz de pensar conscientemente?

—Pues con base en la idea que di..., quizá fuese posible, ¿no? —preguntó Brannhard.

—Fue una buena idea; al menos lo parecía, pero...

—Vamos a suponer que volvemos a unos aspectos concretos de la actitud de los peludos y los presentamos como pruebas de racionalidad —dijo Brannhard—. Por ejemplo lo del entierro...

—Pero seguirán insistiendo en la definición de racionalidad.

La pantalla de comunicaciones dio la señal de llamada. El peludito levantó la vista con escasa curiosidad y la volvió a bajar para concentrar su atención en un nudo en forma de ocho que no lograba deshacer. Jack se puso en pie y conectó la pantalla. Era Max Fane, y por primera vez vio Jack al comisario presa de una gran excitación.

—Oiga, Holloway, ¿ha recibido alguna otra información por la pantalla últimamente?

—No, señor. ¿Es que ha sucedido algo?

—Sí, por Dios. Los guardias están por toda la ciudad tratando de cazar peludos. Tienen órdenes de disparar al verlos y el propio Nick Emmert ha ofrecido públicamente una recompensa de quinientos créditos por cada uno que le presenten, vivo o muerto.

Aquello tardó unos segundos en hacer impacto en quienes lo escuchaban, y momentos más tarde, junto

a Holloway, estaban ante la pantalla tanto Gus como Gerd. El comisario prosiguió:

—Resulta que rumores procedentes de un campamento de colonos de la zona este aseguran que unos peludos apalearon a una niña de diez años. El padre y la hija están en el cuartel de la policía y han dado la información a Zarathustra News y a Planetwide Coverage. Desde luego son agencias controladas por la Compañía y están tratando de sacarle a este asunto todo el jugo posible.

—¿Les han sometido al verificador? —preguntó

Brannhard.

—No. La policía municipal los tiene bajo su custodia. La chica dice que estaba jugando fuera de casa y que esos peludos saltaron sobre ella y comenzaron a darle golpes con sus palos. Las lesiones que le causaron son numerosas erosiones, una muñeca roía y *shock* generalizado.

—¡No me lo creo! Los peludos no habrían atacado a una niña.

—Quiero hablar con padre e hija —dijo Brannhard—. Voy a solicitar que sus declaraciones sean hechas con verificación. Se trata de una maniobra bien calculada a una semana del juicio. Me apostaría . las orejas a que es un embuste.

Era posible que los peludos hubieran querido jugar con la niña y ésta, asustada, hubiera hecho daño a alguno de ellos. Una criatura humana de diez años puede parecerle peligrosamente enorme a un peludo, y si éstos se creyeron seriamente amenazados lo natural es que reaccionasen violentamente.

Evidentemente estaban vivos y en la ciudad. Eso era cierto. Pero ahora les acechaban mayores peligros que antes. Fane le preguntó a Brannhard si tardaría mucho en estar vestido.

—¿Cinco minutos? Bien. Pasaré a recogerle. Hasta luego.

Jack entró apresuradamente en la habitación que compartía con Brannhard. Se quitó los mocasines y se calzó laz bota. Brannhard se puso los pantalones sobre el pijama y preguntó a Jack adonde pensaba ir.

—Con usted. He de encontrarlos antes de que cualquier hijo de khoogra les eche el ojo encima y dispare.

—Quédese aquí —ordenó Gus—. Permanezca junto a la pantalla de comunicaciones y mantenga la televisión encendida por si hay noticias. Pero, por favor, acabe de ponerse las botas: es posible que le necesite en cuanto tenga algo concreto sobre el particular.

Gerd tenía sintonizado el canal de Planetwide, que explotaba la Compañía y que era propiedad suya. El locutor estaba excitado por el brutal ataque a la inocente criatura, pero no lograba centrar correctamente la noticia en cuanto a las quejas sobre la culpabilidad, ya que, después de todo, ¿quién era el culpable de que los peludos 'hubieran escapado? Y hasta el más sutil demagogo tendría dificultades en presentar a los peludos como una auténtica amenaza. Al menos daba detalles, fueran o no ciertos. La niña se llamaba Lolita Lurkin. Había estado jugando en el exterior de su casa a eso de las veintiuna cien. Seis peludos se abalanzaron sobre ella armados con cachiporras. No hubo provocación, pero la derribaron y la apalearon. La policía se llevó a padre e hija, que prestaron declaración en la jefatura. La zona este de la ciudad estaba siendo rastrillada por policías municipales, miembros del servicio de seguridad de la Compañía y policía gubernativa. El delegado Nick Emmert intervino en seguida para ofrecer una recompensa de cinco mil créditos por peludo...

—La chica está mintiendo, y si la someten a verificación podrán comprobarlo —dijo Jaek—. Emmert o Grego, ¡o los dos!, han inducido a esas personas a contar una serie de embustes.

—Eso mismo creo yo —dijo Gerd—. Conozco el sitio, en los suburbios. Ruth desarrolla allí gran parte de su actividad del tribunal de menores. —Se detuvo un momento con pena en la mirada, recordando y pensando— Allí puedes encontrar gente que por cien créditos es capaz de hacer cualquier cosa, especialmente si se han confabulado de antemano con los guardias.

Conectó el canal de Interworld News y pudo darse cuenta de que desde un aerocoche los reporteros de la agencia estaban retransmitiendo la batida contra los peludos. Los reflectores iluminaban desde lo alto las chozas del barrio y los vehículos destinados a la chatarra. Docenas de hombres estaban batiendo los matorrales con palos. Incluso por delante de la cámara pasó un aerocoche con un hombre empuñando una ametralladora y mirando hacia el suelo. —¡Cuánto me alegro de no estar metido ahí! —exclamó Gerd—. Cualquiera que vea algo sospechoso es capaz de confundirlo con un peludo, y como se ponga nervioso puede conseguir que esta gente se maten unos a otros en cuestiones de segundos. —Es fácil que lo hagan...

Interworld News era partidaria de los peludos. El comentarista del aerocoche se mostraba muy sarcástico acerca de todo el asunto, y en medio de una de las secuencias en las que se podía ver a un numeroso grupo de hombres, rifle en ristre, batiendo los matorrales, se proyectó una de las escenas obtenidas en el campamento cuando los peludos aguardaban el desayuno. La voz del locutor dijo enfáticamente: —Estos son los terribles monstruos contra los que estos valerosos hombres nos están protegiendo. Momentos después se oyó un disparo que fue secundado por una descarga cerrada. El corazón de Jack dio un vuelco. El vehículo con la cámara se acercó y al llegar habían cesado los disparos. El grupo de batidores se acercó a algo blanquecino que yacía en el suelo. Tuvo que esforzarse para atreverse a mirar y cuál no sería el suspiro de alivio que salió de su pecho al ver que se trataba de una zaracabra: un ungulado doméstico con tres cuernos.

—¡Vaya, hombre! ¡Algún pobre granjero se quedará sin leche! —comentó riéndose el locutor—. Pero no creo que sea el primero que deje de chupar esta noche —añadió el locutor—. Me dicen que el ex fiscal, señor O'Brien, va a tener más de un pleito con la administración a causa de este asunto.

—¡Y menudo escarmiento le va a dar Jack Holloway! —comentó entre dientes Jack.

La pantalla de comunicaciones dio la señal de llamada y Gerd se apresuró a conectarla.

—Acabo de hablar con el juez Pendarvis —explicó Gus a través del aparato—. Está dando ahora mismo una orden para que Emmert limite la recompensa ofrecida a los peludos que se le entreguen sanos y salvos al comisario Fane. Además, hace saber en otra orden que quienquiera que mate a un peludo, hasta que se determine su definitivo *status*, puede ser acusado de asesinato.

—Estupendo, Gus, pero ¿has visto a la niña y a su padre?

—La chica —explicó Brannhard enojado— está en el hospital de la Compañía, en una habitación privada. Los médicos no dejan que nadie la vea. Creo que Emmert está ocultando al padre en el edificio de la Residencia. Además tampoco hay modo de dar con la pareja de guardias que los llevaron a la jefatura, ni con el sargento que les tomó declaración ni con el teniente de la policía que estaba de servicio allí. Todos se han evaporado. Max ha enviado un par de hombres al suburbio para ver de localizar a quienes por primera vez dieron aviso a los guardias.

Puede que a partir de ahí vayamos sacando algo en claro.

Minutos después se hacía pública la orden del juez y algo más tarde llegó a los batidores, que suspendieron la batida. La policía municipal y la de la Compañía abandonaron el escenario inmediatamente. Pero muchas personas de paisano, tentadas por la oferta de capturar vivo algún peludo, siguieron la búsqueda unos veinte minutos más. Asimismo, y al parecer para controlar a esta gente, siguió por allí también la policía gubernativa. Se canceló la recompensa y los reflectores se apagaron, concluyendo todo aquel confuso espectáculo.

Poco después llegó Gus Brannhard. Tan pronto como cerró la puerta comenzó a quitarse ropa. Al quitarse la corbata y la chaqueta se dejó caer sobre una silla y se sirvió un vaso de whisky, bebiéndose la mitad antes de comenzar a quitarse las botas.

—Si este vaso tiene algún hermano pequeño, estaría dispuesto a bebérmelo —comentó Gerd—. ¿Qué ha pasado, Gus?

Brannhard empezó a soltar improperios mientras encendía el cigarro apagado que había empezado a fumar cuando llamó el comisario.

—Es todo un bulo, una invención que huele desde lejos a lo de Niffenheim. Encontramos a la mujer que llamó a la policía. Es una vecina que aseguró que Osear Lurkin, padre de la chica, llegó a su casa borracho. Poco después oyó gritar a la niña. Nos dijo que cada vez que el padre llega a casa bebido la chica recibe una paliza y que eso suele suceder unas cinco veces por semana. Por eso la buena mujer se propuso acabar con algo tan poco edificante y en cuanto pudo llamó a la policía. Ha negado que hubiera visto un peludo por los alrededores ni cosa parecida.

Todo el alboroto de la noche anterior desencadenó una oleada de informaciones acerca de la aparición de peludos. Jack acudió al despacho del comisario para entrevistarse con las personas que decían haberlos visto. La primera docena coincidían en todo con las primeras personas que acudieron al principio. Luego declaró un joven que presentaba un aspecto muy distinto de los tipos habituales.

—Los vi tan claramente como les estoy viendo a ustedes ahora —dijo—. Estaban a poco más de quince metros. Yo llevaba una carabina automática. Disparé alto, pues no me atrevía a dispararles para hacer blanco. ¡Parecían tan inofensivos! Tenían el aspecto de personas pequeñas y daban la sensación de estar asustados. Por eso tiré alto en lugar de tirar a dar, soltando una segunda serie de disparos para obligarles a marcharse de allí antes de que alguien más los viera y disparase a matar.

—Está bien, muchacho. Deja que te dé un apretón de manos por hacer lo que has hecho. Ya puedes darte cuenta de que al hacerlo has dejado escapar un montón de dinero... Por cierto, ¿cuántos peludos viste?

—Pues solamente cuatro. He oído que eran seis, pero quizá los dos que faltaban estaban escondidos en la espesura y no los vi.

El joven señaló en un mapa el lugar en que los había visto.

Tres personas más decían haberlos visto. Nadie podía asegurar su número pero todos estaban de acuerdo sobre el lugar y la hora. Llevando al mapa los tiempos y los lugares se podía deducir que los peludos parecían dirigirse hacia el norte y hacia el oeste de la ciudad.

Brannhard hizo su aparición en el hotel a la hora del almuerzo. Estaba sudoroso y jadeante, pero su rostro denotaba satisfacción.

—Están poniendo en un aprieto a O'Brien. Tiene delante un montón de pleitos tanto por faltas como por comportamiento peligroso y otras cosas parecidas. Entretanto Leslie Coombes está preparando su caso para el juicio y yo me divierto.

Han tratado incluso de hacer que el peludito sea expulsado del hotel por medio del administrador. Yo le he amenazado con denunciarle por discriminación racial y eso le ha parado los pies. Además acabo de demandar a la Compañía reclamando siete millones de créditos como indemnización, de los que seis serán para los peludos y uno para su abogado.

—Esta tarde voy a salir con un par de hombres del comisario; llevaremos en el coche a Peludito y un altavoz —dijo Jack desplegando el mapa de la ciudad y sus alrededores—. Parece que han seguido en esta dirección, y deben de estar por esta zona. Confiamos en que si les habla el pequeño podamos atraer su atención.

No vieron nada a pesar de que anduvieron por la zona hasta que se hizo oscuro. El peludito se lo pasó la mar de bien con el altavoz, gritando ensordecedoramente hasta el extremo de que los tres humanos que iban en el aerocoche se ponían casi enfermos cada vez que abría la boca. Los gritos de Peludito debían afectar también a los perros, pues cuando se acercaban al suelo y evolucionaban les seguían un cerco de aullidos y ladridos lastimeros.

Al día siguiente hubo noticia de algún que otro hurto, como por ejemplo el de una manta extendida en la hierba detrás de una casa, o los almohadones de un sofá situado bajo el porche de otra. Entre los informes recopilados había uno que decía que una asustada madre había notificado haber visto a su hijo de seis años jugando con seis peludos y que cuando ella se precipitó hacia allí para salvarlo, los peludos escaparon y el chico se echó a llorar. Jack y Gerd acudieron al lugar indicado. Sin duda el relato del pequeño tenía su tinte de imaginación y fantasía, pero algo seguro había: que los peludos no le habían hecho daño y se habían comportado de forma agradable. Grabaron el relato del chico por si podía serles de utilidad.

Cuando llegaron al hotel, Gus Brannhard estaba radiante de alegría:

—El juez me ha encargado un proceso especial. He de averiguar si todo el jaleo aquel de la otra noche fue algo premeditado y tengo que preparar cargos contra cualquiera que haya hecho algo punible. Tengo autoridad para escuchar declaraciones y hacer comparecer a testigos, a quienes puedo interrogar con el verificador. Max Fane tiene instrucciones concretas para cooperar. Mañana vamos a empezar con Dumont, el jefe de la policía municipal. Y puede que podamos llegar hasta Nick Emmert y Víctor Grego —dijo Gus echándose a reír—. Seguramente podremos dar a Leslie Coombes algo con que preocuparse.

Gerd dejó su vehículo junto a la excavación rectangular de unos siete metros cuadrados de extensión. Tenía unos seis o siete metros de profundidad y seguían profundizando en ella. Unos cinco o seis hombres que llevaban botas altas y unos chaquetones de protección se acercaron a los recién llegados.

—Buenos días, señor Holloway —dijo uno de ellos—. No hemos tocado nada. Está justamente al Otro lado de la colina.

—¿Tiene usted inconveniente en repetir lo que ha visto? Mi compañero no estaba cuando usted llamó.

El operario se dirigió hacia Gerd y dijo:

—Hace cosa de una hora colocamos dos barrenos. Algunos de los hombres que fueron a buscar amparo al otro lado de la colina vieron a los peludos que salían de debajo de aquella capa de rocas y marchaban en aquella dirección —dijo señalando el lugar—. Estos hombres me llamaron y me acerqué para echar un vistazo, de modo que vi el sitio donde habían acampado los peludos. La roca es durísima por aquí y tuvimos que emplear cargas muy potentes. Las explosiones les asustaron.

Siguieron por una vereda entre la hierba florecida que poblaba la ladera hasta la cima y luego bajo un voladizo formado por el estrato de caliza gris encontraron dos cojines de sofá, una manta gris y roja y algunos restos de telas y vestidos que parecían haber sido utilizados como trapos de limpieza. Había allí una vieja cuchara de cocina, un cuchillo y algunos utensilios metálicos.

—Ya lo tenemos. Muy bien... He hablado con la gente que echó de menos la manta y los almohadones. Seguramente acamparon aquí por la noche, después de que su cuadrilla de operarios acabase el trabajo del día. Los barrenos los pusieron en fuga. ¿Dice usted que los vio salir en aquella dirección? —preguntó señalando hacia el riachuelo que procedía de las montañas y discurría hacia el norte.

El riachuelo era de cauce hondo y curso rápido, seguramente demasiado para que los peludos pudieran vadearlo. Posiblemente siguieron aguas arriba. Tomó los nombres de todos y les dio las gracias por la información. Si encontraba a los peludos personalmente y tenía que pagar las informaciones positivas, necesitaría ser un genio matemático para saber lo que debería pagar a cada cual.

—Veamos, Gerd. En caso de que usted fuese un peludo, ¿hacia dónde se dirigiría? —preguntó Jack.

Gerd contempló el curso de agua que venía rugiendo desde las colinas boscosas y dijo:

—Hay un par de casas más arriba. Yo, de ellos, pasaría por arriba y enfilaría por uno de esos torrentes laterales, metiéndome entre las rocas, en donde las fieras no me pudieran sorprender. Desde luego que tan cerca de la ciudad no hay animales peligrosos, pero, claro, eso no lo saben los peludos. —Necesitaremos unos pocos aerocoches más. Voy a llamar al coronel Ferguson a ver si nos puede echar una mano, ya que el pobre comisario Fane va a tener demasiado trabajo con la investigación que Gus ha iniciado.

Piet Dumont, jefe de la policía municipal de Mallorysport, tal vez hubiera sido un buen funcionario en su día, pero desde que Gus Brannhard le conocía era, como ahora, una especie de concha vacía revestida de petulancia, con su rostro fofo que pretendía parecer enérgico y que solamente resultaba desagradable. Estaba sentado en un asiento que parecía una de aquellas antiguas sillas eléctricas o uno de esos sillones que hay en los institutos de belleza para tortura de clientes. Tenía sobre su cabeza una especie de yelmo cónico brillante y en diferentes puntos del cuerpo le habían colocado electrodos. En la pared que tenía detrás había una pantalla circular que debía mantenerse de un color azul turquesa, pero que estaba parpadeando y cambiaba desde el azul marino hasta el malva. Aquello indicaba la tensión nerviosa a que estaba sometido y el sentimiento de vergüenza, culpabilidad e indignación por el hecho de ser sometido a lo que consideraba un humillante interrogatorio por verificación. De vez en cuando un destello rojo indicaba que se trataba de una restricción mental o una interpretación de los hechos deliberadamente equivocada.

—Usted sabe muy bien que los peludos no hicieron ningún daño a la chica —dijo Brannhard.

—Yo no sé nada de eso —respondió el jefe de la policía municipal—. Lo único que sé es lo que me han dicho.

Lo que había comenzado por rojo brillante acabó en púrpura gradualmente. Sin duda Piet Dumont estaba adoptando una definición de la verdad basada en las reglas de la evidencia.

—¿Y quién se lo ha dicho?

—El teniente de detectives Luther Woller. Estaba de servicio en aquel momento.

El verificador no detectó falsedad alguna. Debía

—Bueno, pero usted ya sabe que lo que realmente sucedió fue que a la chica le pegó una paliza su propio padre, el señor Lurkin, y que fue Woller quien convenció a padre e hija para que dijese que los peludos eran los causantes de las lesiones —dijo Max Fane.

—¡De eso no sé nada! —casi gimió Dumont mientras la pantalla se teñía de rojo—. Lo único que sé es lo que me han dicho. Nadie me ha dicho más. —El rojo y el azul se alternaban en la pantalla, denotando que se trataba de sutilezas engañosas con una apariencia de verdad—. Por lo que he podido saber, fueron los peludos los que atacaron a la niña.

—Bueno, Piet —dijo impacientemente Fane—, usted ha usado este mismo verificador lo suficiente para saber que no puede disimular. Woller es quien ha mentido, pero usted lo sabe. ¿Es cierto, pues, que, por lo que usted honradamente sabe, esos peludos ni siquiera tocaron a la niña? ¿Y no fueron mencionados los peludos solamente después de que Woller y Lurkin se entrevistaran en la jefatura?

La pantalla se oscureció con un azul noche y luego fue aclarándose.

—Sí, es cierto —admitió Dumont con voz pastosa y desviando su mirada de los ojos que le contemplaban

— Yo creí que las cosas fueron como fueron y se lo pregunté a Woller. Se rió en mis narices y me dijo que lo olvidase... —la pantalla parpadeó un instante indicando miedo—. Ese hijo de khoogra se cree que el jefe es él y no yo...

—Ahora está usted respondiendo inteligentemente, Piet —dijo el comisario Fane—. Vamos a comenzar de nuevo, ¿eh?

A los mandos del aerocoché que había alquilado en el hotel Jack Holloway, estaba un cabo de la policía gubernativa. Gerd se había acomodado en uno de los dos coches policiales. El tercer vehículo se había situado entre ambos y los tres se mantenían en contacto por radio.

El policía que estaba en el vehículo que había conducido Gerd dijo:

—Señor Holloway, su amigo está ya en tierra; acaba de llamarme por radio, con la portátil, y me informa que ha encontrado un caparazón de camarón terrestre, aplastado.

—Siga usted hablándome para que pueda localizarle —dijo el cabo que estaba a los mandos, elevándose.

Unos instantes después vieron al otro vehículo cernerse sobre un estrecho barranco en la orilla izquierda del curso de agua. El tercer vehículo venía del norte. Gerd estaba todavía en el suelo, agachado, cuando los otros se posaron a su lado. Gerd se echó a un lado después de mirar hacia arriba y comentó:

—Ya lo tenemos, Jack. Es el rastro normal de un peludo.

Y así era. Fuera lo que fuese el instrumento utilizado, lo cierto es que no era algo afilado. La cabeza estaba aplastada en lugar de estar hendida claramente. El caparazón, sin embargo, estaba roto por debajo, tal como era habitual, y las cuatro partes de las pinzas habían sido utilizadas como pincho extractor de la carne. Seguramente participaron todos los peludos en la comida, porque las porciones en que se partió eran muy similares. Además no debía de hacer mucho que habían comido el camarón.

Hicieron que se elevase el vehículo, y mientras los tres vehículos daban vueltas en el aire por la zona, ellos siguieron barranco arriba gritando: —¡Peludo! ¡Peludo!

En los puntos que el agua había humedecido la tierra encontraron algunas huellas de pie de peludo. Gerd hablaba excusadamente por la radio portátil: —Uno de ustedes siga adelante cosa de quinientos metros y dese luego la vuelta hacia acá. No están lejos de aquí.

Por la radio se escuchó gritar: —¡Los veo! ¡Los veo! Están trepando por aquel saliente de la derecha... ¡En las rocas!

—No los pierda de vista y que alguien nos recoja para colocarnos sobre ellos y asomarnos para que nos vean.

El vehículo alquilado apareció en seguida mientras el cabo mantenía abierta la puerta. Una vez dentro se elevó violentamente mientras en lo alto de la colina se armaba cierto revuelo por el estrépito del vehículo al maniobrar. Jack los vio trepando ladera arriba por entre las rocas. Eran solamente cuatro y uno era ayudado por otro. Se preguntaba quiénes eran los que faltaban y qué habría sido de ellos. También pensaba en el que necesitaba ser ayudado y confiaba en que no fuese cosa demasiado grave.

El vehículo se posó *en* la cima, entre las rocas, en posición un tanto precaria. Jack, Gerd y el piloto salieron rápidamente y corrieron ladera abajo, subiendo y bajando por las rocas. Jack tenía a mano un peludo y lo agarró mientras otros dos escapaban. El peludo que tenía Jack en sus manos atacó a Jack con algo contundente, ataque que apenas pudo detener Holloway con su rápido antebrazo. A continuación inmovilizó y desarmó al peludo, que estaba armado de un martillo de bola de 250 gramos. Puso el martillo en su bolsillo trasero y agarró al belicoso peludo diciéndole:

—¡Le has pegado a papá Jack! ¿Es que ya no me conoces? ¡Pobrecillo, estás asustado!

El peludo que había recogido del suelo comenzó a chillar asustado. Se fijó bien y vio que no se trataba ni de Peludo ni de Ko-Ko, ni del astuto Mike... Era un peludo extraño al clan.

—Bueno, no te pongas así —comentó—. ¡Como no conoces a papá Jack...! Tú eres otro peludo...

En la cima de la colina, el cabo de la policía estaba sentado en una roca y tenía dos peludos; uno bajo cada brazo. Se cansaron de forcejear y ahora se limitaban a chillar lastimeramente después de haber visto cautivo también a su compañero.

—Su amigo ha seguido hacia abajo a ver si atrapa al otro peludo —dijo el cabo—. Más valdría que agarrase usted a estos dos que tengo; al fin y al cabo usted los conoce y yo no...

Con una mano, sacó de su chaquetón un pedazo de ración de emergencia del tipo III y se lo ofreció. El peludo dio un grito que parecía indicar sorpresa agradable, lo tomó y se lo comió ávidamente. Debía haber comido antes de aquello. Jack le dio un pedazo de ración tipo III al cabo para que se lo diese a los peludos que había atrapado, macho y hembra. También ellos parecían haber comido de aquel pastel otras veces. Desde abajo, Gerd llamó:

—¡Eh! ¡Tengo una peluda, no sé si se trata de Mitzi o de Cenicienta! ¡Ahora verán lo que lleva!

Al momento apareció Gerd llevando al cuarto peludo bajo el brazo, forcejeando para escapar. Pero aquel peludo hembra llevaba en brazos un gatito, con el cuerpo negro y la cara blanca. Lo llevaba como lleva una niña un muñeco al

brazo o como una madre lleva a una criatura. Jack estaba demasiado sorprendido para mirar la escena con algo más que vaga curiosidad.

—Estos no son mis peludos, Gerd. No los he visto nunca.

—¿Está seguro?

—¡Claro! —replicó indignado—. ¿Acaso duda de que conozca perfectamente a mis peludos? Y además ellos me reconocerían.

—Entonces, ¿de dónde han salido éstos? —preguntó el cabo—. ¿Y el gato?

—¡Quién sabe! Lo habrá cogido de cualquier sitio. Pero lo llevaba como si fuese una criatura...

—Estos peludos son de alguien. Han sido alimentados con ración del tipo III, de eso no cabe duda. Los vamos a llevar al hotel. Quienquiera que los tuviera, seguro que los está echando de menos como yo echo de menos a los míos.

¡Los peludos de Jack...! No se dio cuenta de que seguramente no los iba a ver nunca más, hasta que se halló en el aerocoche, junto a Gerd. De sus peludos nada se había sabido a partir del momento en que escaparon de sus jaulas en el Centro Científico. El cuarteto que habían capturado apareció la noche en la que la policía municipal había organizado la batida a causa de lo de la hija de Lurkin, y desde el momento en que aquel joven no se atrevió a disparar contra ellos, habían ido dejando un rastro que no fue difícil de seguir. ¿Cómo era posible que sus peludos, pensaba Jack, no hubieran dejado ni rastro a lo largo de las tres semanas que hacía que habían desaparecido?

Sencillamente, porque ya no estaban vivos. Seguramente no habían conseguido salir vivos del Centro Científico. Alguien los había matado. Alguien a quien Max Fane no había hecho pasar por el verificador. No había más remedio que irse haciendo a la idea de no volver a verlos.

—Pararemos en donde han acampado para recoger la manta y los almohadones, así como las demás cosas que llevaban. Les pagaré a las personas a las que les han quitado estas cosas, pero desde luego los peludos tienen que quedarse con ellas.

13

La dirección del hotel Mallory parecía haber cambiado de actitud o de política respecto a los peludos. Posiblemente se debiera a la amenaza que Gus Brannhard les había hecho y a que pensarán que en vez de una especie animal se trataba de seres racionales y que por lo tanto se les debía tratar sin discriminación para no faltar a las leyes. El gerente debió quedar impresionado por el feo asunto de Lurkin, que había desacreditado a los "antipeludos". Seguramente debió pensar también que la Compañía Zarathustra no era ente tan poderoso como él había creído hasta entonces. En cualquier caso el gran salón que se utilizaba para los banquetes se habilitó para recibir a los peludos que George Lunt, el teniente de la policía gubernativa en Beta, y Ben Rainsford habían traído para el juicio, así como para el cuarteto y su mascota blanca y negra. La dirección del hotel había tenido el detalle de traer diversos juguetes y una pantalla de gran tamaño. Los cuatro peludos forasteros se precipitaron hacia la pantalla y accionaron los mandos para sintonizar la emisión televisiva, dando animados gritos al ver las imágenes de las aeronaves al elevarse y posarse en el puerto espacial municipal. Encontraron el espectáculo muy interesante, pero evidentemente el que se aburría de lo lindo era el gatito.

Con cierto recelo, Jack bajó a la sala con Peludito y lo presentó. Todos estuvieron encantados y el pequeñín debió pensar que aquella mascota felina era la cosa más encantadora que había en el mundo. A la hora de darles cía comer, Jack se hizo traer la comida allí mismo. Gus y Gerd se reunieron con él un poco más tarde.

—Hemos podido hablar con Lurkin y con su hija —dijo Gus, imitando a continuación la voz de la niña mientras repetía sus palabras—: Papaíto me pegó y los guardias me pidieron que dijera que me habían pegado los peludos.

—¿De veras dijo eso?

—Sí. La pantalla del detector permaneció azul como un zafiro delante de unos seis testigos y con los elementos audiovisuales conectados. La Interworld tendrá en antena esta declaración por la tarde. El padre también confesó y dijo que se lo habían sugerido Woller y el sargento que estaba en la oficina. Todavía andamos buscándolos, pero hasta que no los encontremos no nos podemos acercar a Emmert o a Grego. Encontramos también a los dos guardias del coche, pero no saben nada ni conocen a nadie que no sea Woller.

Tal como iban las cosas, pensó Brannhard, había motivos para ser optimistas. Pero las cosas no iban a seguir siempre tan prometedoras. Ahora habían aparecido aquellos cuatro extraños peludos, que nadie sabía de dónde procedían, y además habían aparecido precisamente en plena batida organizada por Nick Emmert. Alguien los había tenido escondidos en algún sitio hasta entonces, porque si no ¿cómo sabían lo que era un televisor y el pastel de la ración tipo III? Su aparición en escena, pensó Gus, era sospechosamente oportuna para resultar mera casualidad. Aquello le olía a trampa.

Entretanto algo bueno había sucedido. El juez Pendarvis, en vista de la imposibilidad práctica de encontrar un jurado lo suficientemente ecuánime para decidir con imparcialidad, dada la difusión y el interés que el asunto de los peludos había despertado en la opinión pública, y teniendo en cuenta la gran influencia de la Compañía Zarathustra, decidió efectuar el juicio en presencia de tres jueces. El propio Pendarvis sería uno de ellos. Hasta Coombes se vio obligado a dar su consentimiento.

Gus comunicó a Jack la decisión que se había tomado y Holloway, tras escucharle con aparente interés, comentó:

—¿Sabe usted, Gus? No me he arrepentido de haber dejado que Peludo fumase con mi pipa aquella noche en el campamento...

A juzgar por lo que acababa de comentar, el hecho de que el juicio en lugar de celebrarse ante un jurado se celebrase ante tres jueces, pareció importarle lo mismo que si le hubieran dicho que la mesa del tribunal iba a estar presidida por tres cabras de Zarathustra.

El sábado, poco antes de mediodía, llegaron Ben Rainsford con sus dos peludos y George Lunt acompañado de Ahmed Khandra y sus peludos, junto con otros testigos del puesto de policía en Beta. Los peludos estaban reunidos en la sala y pronto hicieron amistad con sus congéneres y con Peludito. Cada grupo de peludos se acostaba aparte de los demás, pero el comer y el jugar era algo que hacían en grupo. Al principio la familia de peludos encontrada en Perny Creek se mostró recelosa del excesivo interés que parecía prestar la gente a su mascota, hasta que por fin se dieron cuenta de que nadie se pensaba apoderar del gatito.

El alboroto hubiera sido completo si junto a los once peludos, Peludito y el gato blanco y negro, Jack no hubiera estado viendo también, como fantasmas, las imágenes de sus peludos.

Max Fane se mostró radiante de alegría al ver en la pantalla de comunicaciones la imagen del coronel Ferguson.

—Buenos días, coronel. Me alegro de verle. —Pues se va a alegrar más dentro de un momento, comisario. Un par de mis hombres del puesto número ocho encontraron a Woller y al sargento de oficinas, un tal Fuentes.

—¡Ah! ¡Magnífico! —exclamó Fane más satisfecho—. ¿Y cómo ha sido?

—Verá, el señor Emmert tiene en las cercanías del puesto número ocho una cabaña de caza. De vez en cuando mi gente da una vuelta por allí a ver qué tal marcha todo. Sobrevolaba la cabaña uno de los aerocoches de patrulla del teniente Obefimi y en el detector de a bordo percibieron cierta radiación que indicaba que en la cabaña se estaba utilizando energía. Descendieron para investigar y encontraron confortablemente instalados allí a Woller y a Puentes. Los trajeron y ambos admitieron en el verificador que fue Emmert quien les dio las llaves y los envió allí hasta que acabase el juicio. ¡Ah! Y además negaron que la cosa hubiera sido urdida por Emmert. Fue, por lo visto, una de las geniales ocurrencias de Woller. Emmert lo supo y en vez de poner fin cortando por lo sano, dejó que las cosas siguieran el rumbo emprendido. Mañana por la mañana les traerán aquí. —Eso es estupendo, coronel. Por cierto. ¿Se ha publicado la noticia sobre el particular?

—No. No se ha dicho nada a los chicos de la Prensa porque lo primero que queremos en Mallorysport es interrogarles y grabar sus declaraciones antes de que las agencias de noticias tengan acceso; de otra forma pudiera ser que alguien intentase hacerles callar.

Eso mismo pensaba Fane y así lo dijo, asintiendo Ferguson. Luego, tras un momento de titubeo, preguntó :

—Oiga, Max, ¿qué le parece la situación aquí en Mallorysport? ¡Que me cuelguen si me gusta! ¡Hay algo que no entiendo...!

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues que hay demasiados forasteros en la ciudad —dijo Ferguson—. Pero todos del mismo estilo: más bien jóvenes y de aspecto duro, entre veinte y treinta años de edad. Además van por parejas o en grupos reducidos. Desde anteayer he advertido su presencia y cada vez parece que haya más...

—Bueno, señor Ferguson, este planeta está lleno de gente joven, y como va a tener lugar el juicio, que ha despertado mucha expectación, no hay que extrañarse de que por la ciudad veamos muchos forasteros...

Realmente, él no creía aquello. Sólo pretendía que fuese Ian Ferguson quien calibrara claramente la situación. Ferguson meneó la cabeza diciendo:

—No, Max. No es la gente que acude al palacio de justicia cuando hay un juicio sonado. ¿Recuerda usted cuando procesaron a los hermanos Gawn? No hay tanta gente por los bares, ni apuestas, ni emoción... Estos tipos se limitan a dar vueltas por ahí como si esperasen recibir una consigna de alguien... —¡Infiltración! —ésta era la palabra que ya había dicho él antes que el otro—. Víctor Grego está preocupado...

—Ya lo sé, Max, y Víctor Grego es como un ñu: no es peligroso hasta que se asusta y entonces más vale evitar su embestida. En cuanto a esos tipos que hemos visto por ahí, va a durar menos su presencia que un vaso de ginebra en un funeral de Shesha.

—¿Es que piensa apretar el botón de alarma? El jefe de policía arrugó el ceño diciendo: —No quiero hacer tal cosa. En la Tierra se molestarían si lo hiciéramos sin ser inevitable. Pero aún les molestaría más que no lo hiciera si no había más remedio... Pero, en fin, voy a hacer primero algunas otras averiguaciones.

Gerd van Riebeek ordenó los papeles en montoncitos sobre su mesa de despacho, encendió un cigarrillo y se sirvió un *high-ball*.

—Los peludos son seres pertenecientes a una raza racional —declaró—. Razonan en forma lógica tanto inductiva como deductivamente. Aprenden a través de la experiencia, el análisis y la asociación. Son capaces de formular principios generales y los aplican a casos concretos. Planean anticipadamente sus actividades. Pueden construir artefactos diseñados con anterioridad, y asimismo son capaces de hacer herramientas para hacer otras herramientas. Pueden traducir a símbolos y presentar las ideas en forma simbólica, lo mismo que formar símbolos por abstracción objetiva. Además tienen sentido estético y creativo, se aburren con la inactividad y les gusta resolver problemas sólo por el gusto de hacerlo. Entierran a sus muertos con ceremonia y con ellos entierran sus herramientas.

Hizo un anillo de humo, dio un sorbo al vaso y prosiguió:

—Además de todo eso, efectúan trabajos de carpintería, saben tocar el silbato, utilizan "cubiertos" para comerse los camarones terrestres y montan las construcciones modulares de palitos y bolas de colores. Es obvio que se trata de seres racionales, pero, por favor, no me pidan que defina la racionalidad porque eso es algo que todavía no me siento capaz de hacer...

—Pues creo que ya está —comentó Jack —No; eso no nos sirve. Hace falta una definición

—No se apure, Gerd —dijo Brannhard— Leslie Coombes traerá una estupenda y original definición ante el tribunal. Nos atenderemos a ella.

14

Frederic y Claudette Pendarvis caminaban juntos por el jardín de la terraza hacia el puesto de aterrizaje. Tal como solía hacer, Claudette cortó una flor y se la puso en el ojal a su marido. Luego le preguntó:

—¿Estarán los peludos ante el tribunal?

—Tienen que estar allí, aunque no sé si esta mañana precisamente... hay que hacer una serie de trámites —dijo con una mueca que podía denotar tanto contrariedad como buen humor—. El caso es que no sé si presentarlos como testigos o como pruebas, y espero que no tenga que decidirlo yo, al menos para empezar, pues haga lo que haga tanto Coombes como Brannhard pueden decir que prejuzgo.

—Me gustaría verlos personalmente. Los he visto por la televisión, pero no es lo mismo.

—No has asistido desde hace mucho a los juicios en que actúo, Claudette. Si veo que han de comparecer hoy, te llamaré. E incluso puedo hacer que los veas fuera del tribunal. ¿Te gustaría?

Naturalmente que le gustaba la idea. Claudette Pendarvis tenía una ilimitada capacidad de entusiasmo por cosas como aquélla. Se besaron al despedirse y el juez se dirigió al conductor que mantenía la puerta del vehículo abierta. A cosa de trescientos metros de altura, Pendarvis miró hacia abajo y vio que allí atrás estaba todavía su esposa, en pie a un extremo del jardín, mirando hacia lo alto.

Tenía que averiguar si sería oportuna o no la visita de su esposa a los peludos. Tanto Max Fane como Ian Ferguson temían que hubiera algún incidente, y eso que ninguno de los dos eran personas asustadizas. Cuando el aerocoche comenzó a descender sobre el edificio de los tribunales, vio que en la azotea había guardia y que su armamento no eran precisamente las pistolas reglamentarias, sino que se distinguía el reflejo del acero de los cañones de los rifles y de los cascos protectores. Luego, a medida que se aproximó, se dio cuenta de que sus uniformes eran de una tonalidad algo más clara que los de los policías. Llevaban botas altas y pantalones con lista roja en el costado. Se trataba, evidentemente, de la Infantería de Marina Espacial. No cabía duda de que Ian Ferguson había dado la señal de alarma, de manera que era posible que su mujer se encontrara aquí más segura que en su domicilio.

Al bajar del vehículo se le acercaron un sargento y un par de hombres. El sargento se llevó la mano a la visera del casco, saludando de la manera más correcta que jamás infante de marina alguno había empleado para saludar a una persona vestida de paisano.

—El juez Pendarvis, ¿verdad? Buenos días, Señoría.

—Buenos días, sargento. Dígame, ¿cómo es que el edificio de la Audiencia está vigilado por infantes de la Marina Federal?

—Esperando, Señoría. Son órdenes del comodoro Napier. Verá que el personal dependiente del comisario Fane está en el interior, pero los capitanes Casagra, de la Infantería de Marina, y Greibenfeld, de la Marina, le están esperando en su despacho.

Cuando se dirigía hacia el ascensor vio que se aproximaba un gran vehículo de la Compañía Zarathustra. El sargento se volvió rápidamente e hizo una seña a dos de sus hombres para que se acercasen al vehículo. El juez se preguntaba cuál sería la opinión de Coombes al verse rodeado por la Infantería de Marina.

Los oficiales que le esperaban en el antedespacho llevaban sus pistolas de reglamento. Lo mismo el comisario Fane, que estaba con ellos. Todos se pusieron en pie para saludarle, volviéndose a sentar al hacerlo el juez, quien les preguntó lo mismo que había preguntado antes al sargento en la azotea.

—Verá, el coronel de la policía Ferguson llamó al comodoro Napier anoche y solicitó apoyo de las fuerzas armadas —explicó el oficial de marina que vestía uniforme negro—. Sospechaba que en la ciudad se había infiltrado alguna fuerza desconocida. En eso tenía razón, porque a partir del viernes por la noche el capitán Casagra, de la Infantería de Marina, siguiendo órdenes del comodoro, comenzó a situar una fuerza de infiltración como medida previa a la ocupación de la Delegación. Esta acción acaba de tener lugar, ya que el comodoro Napier está allí y tiene bajo arresto tanto al delegado Emmert como al fiscal O'Brien, acusados de cometer actos punibles y de corrupción; pero no comparecerán ante el tribunal que preside su Señoría, sino que serán enviados a la Tierra para ser procesados allí.

—En tal caso, el comodoro Napier ha asumido el gobierno civil, ¿no es eso?

—Bueno, digamos que acaba de asumir el control, al menos mientras dure este juicio. Deseamos conocer si la administración actual actúa legalmente o no. — En tal caso no interfieren ustedes este juicio, ¿verdad?

—Depende de cómo se mire, Señoría. Porque lo que vamos a hacer es participar en él —dijo mirando a su reloj—. Si no varía la hora de la vista quizá tenga tiempo de explicárselo.

El comisario Max Fane se encontró con ellos a la puerta de la sala y saludó muy contento. Luego vio a Peludito sentado en el hombro de Jack Holloway y meneó la cabeza en ademán de duda:

—No sé si.. No sé si le dejarán entrar con él, Jack.

—¡Tonterías! —le dijo Gus Brannhard—. Al fin y al cabo se trata de un niño menor de edad y de un aborigen incompetente; pero además se trata del único superviviente de la familia de la difunta Jane Doe, conocida como Ricitos, y tiene derecho a estar presente.

—Bueno, eso será mientras usted pueda evitar que se siente en la cabeza de las personas. Gus y Jack van a sentarse ahí, y por lo que respecta a Gerd y a Ben, lo harán en la sección de testigos.

Media hora más tarde se había reunido el tribunal, pero los asientos destinados al público estaban llenos. Los estrados del jurado, a la izquierda de la mesa, estaban ocupados por oficiales navales y de Infantería de Marina. Como quiera que no había jurado, se permitieron ocupar aquellos bancos. El palco de la Prensa estaba lleno de reporteros y de material para cubrir la información.

Peludito miraba con gran interés la enorme pantalla situada a espaldas de los jueces. Mientras se transmitía al público la escena judicial, se mostraba al propio tiempo a los espectadores las mismas imágenes, pero como un espejo que no alterase la correspondencia de imagen. Peludito no tardó mucho en reconocerse en medio de la imagen de la pantalla y comenzó alborozado a mover los brazos. En aquel momento aparecieron por la puerta de la sala Leslie Coombes, Ernst Mallín y un par de ayudantes, Ruth Ortheris, Juan Jiménez y Leonard Kellogg. La última vez que Jack viera a Kellogg fue al producirse la denuncia ante George Lunt. Tenía unos vendajes por la cara y al haber tenido que aportar como prueba su calzado manchado por la sangre de Ricitos, llevaba unos mocasines prestados.

Coombes miró de soslayo hacia la mesa de Jack y Brannhard, viendo a Peludito que gesticulaba y miraba hacia la gran pantalla. Entonces se dirigió a Fane en ademán de protesta, pero el comisario movió la cabeza negativamente. Coombes volvió a protestar y no consiguió más que otra negativa. Por fin acompañó a Kellogg hasta la mesa que se les había asignado.

Una vez que Pendarvis y los dos jueces se sentaron, comenzó la vista. Se leyeron los cargos y luego Brannhard se dirigió al tribunal como fiscal de Kellogg mientras decía:

—. .conocida como Ricitos..., miembro racional de una raza de seres racionales..., el acto deliberado y voluntario del interfecto Leonard Kellogg..., brutal asesinato sin mediar provocación...

Luego se echó hacia atrás sentándose en la esquina de la mesa y tomó en brazos a Peludito, acariciándolo mientras Leslie Coombes acusaba a Jack Holloway de atacar brutalmente al citado Kellogg y de matar a sangre fría, con arma de fuego, a Kurt Borch.

—Bien, señores. Creo que ahora podemos comenzar a escuchar a los testigos —dijo el juez Pendarvis—. ¿Quién comienza a acusar a quién?

Gus entregó a Peludito a Jack y se adelantó. Coombes dio también un paso al frente situándose a su lado. Gus habló:

—Señorías: todo este juicio depende de la cuestión de si un miembro de la especie *Peludo Peludo Holloway Zarathustra* es o no un ser racional. Sin embargo, antes de hacer cualquier intento para determinar sobre el particular, se debe establecer, mediante los testimonios oportunos, qué fue lo sucedido en el campamento de Holloway en el valle de Cold Creek, la tarde del 19 de junio del cincuenta y cuatro de la era atómica; sólo después se podrá entrar en la cuestión de si la citada Ricitos era realmente un ser racional.

—Estoy de acuerdo —dijo ecuanímente Coombes—. La mayoría de estos testigos tendrán que comparecer más adelante, pero opino que en términos generales la sugerencia del señor Brannhard ahorrará tiempo a este tribunal.

—¿Está también de acuerdo, señor Coombes, en admitir que cualquier prueba que demuestre o invalide la tesis de la racionalidad de los peludos en general, puede demostrar o invalidar asimismo la racionalidad de ese ser llamado Ricitos?

Coombes consideró parsimoniosamente la pregunta, y una vez vio que no contenía equívoco alguno dio su consentimiento. Un funcionario se dirigió al estrado de los testigos, arregló unas cosas y accionó un botón situado en el respaldo de la silla. Inmediatamente, el globo situado en una peana tras la silla se encendió. El globo tenía unos setenta centímetros de diámetro. Se llamó a George Lunt, que tomó asiento y el casco esférico fue bajando sobre su cabeza brillando con resplandor azul. Le pusieron los electrodos y el resplandor siguió de color azul mientras Lunt respondía con su nombre y graduación. Aguardó unos instantes mientras Gus y Coombes se ponían de acuerdo. Finalmente Brannhard sacó una moneda del bolsillo, la agitó entre sus manos y la detuvo contra el dorso de la mano. Coombes dijo:

—¡Cara!

Brannhard mostró la moneda y, respetuoso con el acierto de la otra parte, se inclinó y se retiró hacia atrás.

—Veamos, teniente Lunt —dijo Coombes—, cuando llegó usted al campamento provisional al otro lado del campamento de Holloway, ¿qué es lo que encontró allí?

—Dos personas muertas — dijo Lunt — . Un ser humano terrestre al que se hablan hecho tres disparos de arma corta en el pecho y un peludo que había sido coceado o pisoteado hasta causarle la muerte.

—¡Señorías! Debo rogar que se haga responder de nuevo al testigo, ya que la respuesta que ha dado no debe constar en acta. El testigo, dadas las circunstancias, no tiene ningún derecho a referirse a los peludos como "personas".

—Si sus Señorías me permiten — intervino Gus — , la objeción del señor Coombes supone también un prejuicio, pues tampoco tiene nadie derecho, dadas las circunstancias, a protestar de que se hable de los peludos como "persona". Sería lo mismo que si el testigo insistiera en considerarlos "animales irracionales"...

Durante cinco minutos la cosa siguió en términos parecidos. Jack comenzó a jugar con un bloc de notas. Peludito tomó un lápiz con ambas manos y también empezó a dibujar garabatos. Aquellos trazos se parecían mucho a los nudos que había estado aprendiendo a hacer. Por fin el tribunal intervino y requirió a Lunt para que expresara en sus propias palabras por qué fue al campamento de Holloway, qué era lo que había encontrado allí, qué fue lo que le dijeron y qué determinaciones tomó. Hubo cierta discusión entre Coombes y Gus Brannhard cuando se trató de la diferencia entre lo que pudiéramos llamar *vox populi* y *res gestae*. Cuando concluyó, Coombes manifestó :

—Ninguna pregunta.

—Teniente Lunt: usted arrestó a Leonard Kellogg basándose en una denuncia por homicidio hecha por Jack Holloway. Deduzco, pues, que consideró válida la denuncia. ¿Es cierto? — preguntó Brannhard.

—Sí, señor. Consideré que Leonard Kellogg había dado muerte a un ser racional. Solamente los seres racionales entierran a sus muertos...

También prestaron testimonio Ahmed Khandra, los dos policías que habían ido en el otro vehículo y los operarios que habían llevado el equipo de investigación y habían sacado las fotografías. Brannhard llamó a declarar a Ruth Ortheris y después de unas fútiles observaciones por parte de Coombes, se le permitió dar su versión de la muerte de Ricitos, de los golpes recibidos por Kellogg y de los disparos que mataron a Borch. Cuando concluyó, el juez golpeó con el mazo para imponer silencio y dijo: —Creo, señores, que este testimonio basta para afirmar que el ser denominado Jane Doe, alias Ricitos, fue realmente pateado y pisoteado hasta morir por el acusado Leonard Kellogg; que el terrestre humano conocido como Kurt Borch fue efectivamente muerto por los disparos de Jack Holloway. A la vista de estos hechos, hemos de considerar si alguna de estas muertes, o ambas, constituyen asesinato en el sentido que las leyes dan a esta palabra. En este momento son las once cuarenta. Se levanta la sesión para almorzar y este tribunal se reunirá de nuevo a las catorce cien. Hay ciertos detalles que deben ser ultimados en la sala antes de la continuación de la vista ¿De acuerdo, señor Brannhard?

—Señorías: en estos momentos ante este tribunal solamente se halla presente un miembro de la especie *Peludo Peludo Holloway Zarathustra*. Se trata de un individuo inmaduro y por tanto incapaz de asumir su propia representación — dijo Brannhard, mostrando a Peludito en público—, y puesto que se va a decidir sobre la racionalidad de esta especie o de esta raza, creo que sería mejor enviar a buscar a los restantes peludos que se hallan alojados en el hotel Mallory, para tenerlos a mano.

—Bien, señor Brannhard —dijo el juez Pendarvis—, no cabe duda de que los peludos habrán de comparecer ante este tribunal; pero me permito indicar que tal comparecencia tendrá lugar después de que este tribunal se haya vuelto a reunir y sólo después de reunido se les mandará comparecer. Pudiera ser que no se precisara su presencia en toda la tarde. ¿Alguna otra pregunta? —dijo golpeando con el mazo y añadió—: Se levanta la sesión hasta las catorce cien.

El afirmar que había ciertos detalles que ultimar en la sala antes de reanudar la sesión había sido una forma muy diplomática de decir las cosas, ya que se quitaron cuatro filas de asientos del público y la barandilla divisoria se desplazó hacia atrás. La silla de los testigos, que habitualmente se hallaba a un costado de la mesa, quedó mirando hacia ésta y situada en la divisoria. Además se habían hecho traer varias mesas que se colocaron en forma de arco, cuyo centro era la silla del

testigo. Cualquiera desde las mesas podía ver a los jueces de frente, y además, mediante la gran pantalla, podía ver también cualquier rincón de la sala. El testigo en la silla podía igualmente ver el verificador.

Gus Brannhard miró en derredor. Iba acompañado de Jack, y al ver aquello soltó entre dientes una palabrota.

—No es de extrañar que nos dieran dos horas para almorzar.. Lo que me pregunto es qué pretenden con esto..! —luego se echó a reír—. Miren a Coombes. No le gusta ni pizca.

Un ujier que llevaba en la mano el plano y el orden de colocación del personal en la sala, se acercó a ellos diciendo:

—Usted, señor Brannhard, y usted, señor Holloway, pasen por aquí. Hacia aquella mesa —dijo señalando una que estaba algo separada de las otras y que se hallaba en el extremo de la derecha mirando hacia la mesa de los jueces—. Y ustedes, señores doctores Van Riebeek y Rainsford, tengan la bondad; por aquí..

El altavoz del locutor, situado sobre sus cabezas, emitió dos silbidos agudos y comenzó:

—Atención, atención. Dentro de cinco minutos se reanuda la sesión.

Brannhard miró rápidamente en derredor y la mirada de Holloway siguió la de Gus. El locutor era un oficial subalterno de la Marina Espacial.

—¿Qué diantres es esto? ¿Acaso una corte marcial? —preguntó Brannhard.

—Eso mismo me estaba preguntando, señor Brannhard —comentó el ujier—. Han tomado todo el planeta, ¿sabe?

—Quizá tengamos suerte, Gus. Siempre he oído decir que si uno es inocente sale mejor librado si le juzga un tribunal militar, mientras que si uno es culpable, suele salir mejor librado de un tribunal civil.

Vio a Leslie Coombes y a Leonard Kellogg sentados en una mesa semejante, al otro lado de la mesa presidencial. Evidentemente Coombes había oído también aquello. La disposición del resto de las mesas parecía también un poco insólita. Gerd van Riebeek estaba junto a Ruth Ortheris y Ernst Mallín junto a Ben Rainsford, con Juan Jiménez al otro lado. Gus miraba hacia arriba, hacia la galería.

—Apostaría a que en este juicio intervienen todos los abogados del planeta —dijo—. Por cierto, Jack, ¿ve a aquella dama de cabello blanco y vestido azul? Pues es la esposa del juez. Hace años que no acudía a un juicio...

—Atención, atención. ¡Pónganse en pie! El ilustre tribunal vuelve a reunirse en la sala.

Sin duda alguien había asesorado al oficial naval en la fraseología judicial. Jack se puso en pie sosteniendo a Peludito mientras los tres jueces que constituían la mesa presidencial tomaban asiento. En cuanto se sentaron, el juez Pendarvis golpeó la mesa con el mazo diciendo:

—Señores, a fin de salir al paso de ulteriores objeciones, debo advertir que las actuales modificaciones efectuadas en la sala son provisionales, lo mismo que los procedimientos que «seguirán. Por el momento no estamos reunidos para juzgar a Jack Holloway o a Leonard Kellogg. Durante el resto de la sesión, y me temo que durante algunos días, nos dedicamos exclusivamente a tratar del nivel de racionalidad de los *Peludo Peludo Holloway Zarathustra*, A tal fin estamos prescindiendo temporalmente de las formas tradicionales de procedimiento. Se llamará a los testigos; las comprobaciones de los hechos se harán mediante verificación como es usual. Tendrá lugar asimismo una discusión general en la que todos ustedes, los que ocupan esas mesas, podrán participar libremente. Mis colegas y yo presidiremos. Como quiera que no es posible que todos hablen a un

tiempo, quien desee intervenir deberá pedir la palabra. Deseo y espero que podamos llevar de este modo la discusión, Deseo manifestar que tal como habrán observado, nos acompañan cierto número de oficiales de la base de Jerjes. y supongo que estarán enterados de que el comodoro Napier ha asumido el control del gobierno civil. Capitán Greibenfeld, ¿tiene usted la amabilidad de ponerse en pie para que le vean? Este oficial está aquí como *amicus curiae* y le he autorizado a interrogar a los testigos e incluso a delegar esta función en cualquiera de sus oficiales a quien considere idóneo. Tanto el señor Coombes como el señor Brannhard pueden hacer también uso de esa delegación siempre que lo estimen oportuno.

—Señorías —dijo Coombes poniéndose en pie rápidamente—, si se va a discutir la cuestión de la racionalidad, me permito sugerir que lo primero que hay que hacer es dar una definición aceptable de ella. Por mi parte me gustaría mucho saber qué es lo que se entiende por tal en el cargo contra el señor Kellogg y en la defensa del señor Holloway.

Gerd van Biebeek estaba molesto, pero Gus Brannhard parecía complacido y dijo en voz muy baja:

—Mire, Jack: les pasa como a nosotros. No tienen definición de racionalidad.

El capitán Greibenfeld, que a requerimiento del tribunal se había puesto en pie, sentándose a continuación, volvió a levantarse para decir:

—Señorías, durante el mes pasado hemos estado trabajando sobre este problema en la base de Jerjes. Tenemos un gran interés en conocer la clasificación definitiva de este planeta y creemos que no será la última vez que se plantee la cuestión de la posible racionalidad. Creo, Señorías, que nos hemos acercado a una definición de dicho concepto. Sin embargo, antes de pasar a la discusión me permito solicitar su venia para proceder a una demostración que puede contribuir a la comprensión de ciertos problemas que nos afectan.

—El capitán Greibenfeld —dijo el juez Pendarvis— ha tratado ya conmigo sobre esta demostración y tiene mi consentimiento. Prosiga usted, capitán.

Greibenfeld asintió y un ujier abrió la puerta situada a la derecha de la mesa presidencial. Entraron dos hombres llevando unas tarjetas. Uno de ellos se dirigió al tribunal y el otro comenzó a repartir entre las mesas que tenía enfrente unos pequeños auriculares activados por pilas.

—Tengan la bondad de colocárselos en los oídos y conectarlos —dijo—. Muchas gracias.

Peludito intentó meterse en la oreja el auricular de Jack, quien se colocó el audífono tal como le indicaron y conectó las pilas comenzando a escuchar una serie de pequeños sonidos que nunca había escuchado anteriormente. Peludito estaba diciéndole: —Heinta sawa'aka; igga sa geeda...

—¡Diablos...! Escuche, Gus... ¡Está hablando!

—Sí, claro, ya lo oigo.

—Eran ultrasonidos... ¡Dios mío! ¿Cómo no se nos ocurrió antes?

Desconectó el audífono y solamente oyó a Peludito que decía:

—¡Yeek!

Al volver a conectar el auricular Peludito decía:

—Kukkina za zeeva...

—No, chiquitín Papá Jack no entiende. Tenemos que tener mucha paciencia desde ahora y cada uno tendrá que aprender el idioma del otro.

—Papá Jack —dijo Peludito—. ¡Pa-pá Jaaak! Ba-bi za-hin-ga; pa-pa Jaak za zag ga he-izza.

—Resulta que ese "yeek" que olmos es solo la cresta que sobresale en el umbral de nuestra audición. Pero pueden estar seguros de que nosotros también emitimos numerosos ultrasonidos al hablar.

—Bien, él puede oír lo que nosotros decimos. Ha reconocido su nombre.

—Señor Brannhard y señor Holloway —decía el juez Pendarvis—. ¿Quieren atender un momento? Pónganse los auriculares y conéctenlos. ¿Ya? Pues bien, siga usted, capitán.

Apareció un alférez acompañado de un grupo de infantes que llevaban con ellos a seis peludos. Los peludos fueron colocados en el espacio comprendido entre la mesa del tribunal y las mesas dispuestas en arco. Se agruparon y comenzaron a mirar en derredor con gran curiosidad. Pero ¡era imposible! ¡Aquello no podía ser cierto! ¡Los peludos de Holloway, que todos pensaban haber perdido para siempre, estaban allí! Efectivamente, allí estaban mamá peludo, Peludo, Ko-Ko, Mike, Mitzi y Cenicienta. Peludito soltó lo que tenía en la mano y se abalanzó hacia su madre, que se adelantó para estrecharle entre sus brazos. Fue entonces cuando vieron a Holloway y comenzaron a gritar:

—¡Pa-pa Jaak! ¡Pa-pa Jaak!

Holloway no tuvo el menor reparo en ponerse en pie y saludar a sus "fans". Después, de lo primero que se dio cuenta fue de que se hallaba tumbado en el suelo entre sus peludos que le zarandeaban y daban cariñosos empujones. Le pareció oír el mazo del juez que, tras reclamar silencio, decía: —Se suspende la vista durante diez minutos. En aquellos momentos Gus Brannhard se había reunido con Jack y los peludos y con gran regocijo los llevaron hasta su mesa.

Cuando se movían, lo hacían con cierta torpeza, lo cual le inspiró el temor de que pudieran estar drogados o ebrios, o padecer algún mal; pero no era eso, sino que al haber sido sometidos a ingravidez por un corto tiempo sin estar habituados, lo acusaban durante su readaptación a la gravedad normal. Ahora se daba cuenta Holloway de por qué no habla encontrado ni rastro de los peludos. Los peludos llevaban un pequeño macuto o bolsa de costado igual que las bolsas de primeras curas de la Infantería de Marina. ¡Cómo no se le había ocurrido a Jack hacerles unas así! Tocó una y habló con el timbre de voz imitando en lo posible el de los peludos. Como si hubieran conocido sus pensamientos, los peludos abrieron a un tiempo sus pequeños macutos enseñándole lo que contenían: cuchillos pequeños, herramientas en miniatura, retales y otros pequeños objetos desechados por alguien pero que, debido a los colores o al brillo, les habían llamado la atención y habían ido recogiendo. Peludo sacó una pequeña pipa con cazoleta de madera y hasta una bolsita de tabaco de cuyo contenido cargó la pipa. Luego, con un encendedor pequeño que también sacó de la bolsa, se dispuso a encender la pipa.

—¡Señorías! —gritó Gus—. Ya sé que la vista se ha suspendido momentáneamente, pero tengan la bondad de observar lo que este sujeto está haciendo...

Ante el asombro general, Peludo pulsó el encendedor y acercó la llama a la cazoleta, comenzando a chupar por la boquilla.

Coombes, en su mesa, no podía ni tragar saliva de la sorpresa y cerró los ojos. Al llamar la atención el juez y reanudar la sesión, dijo:

—Señoras y caballeros: todos ustedes han visto y oído la demostración del capitán Greibefeld. Han oído ustedes también cómo estos seres pronunciaban sílabas que evidentemente suenan como un lenguaje significativo y coherente. Incluso han podido ver cómo uno de ellos encendía una pipa y fumaba... Da la casualidad de que está prohibido fumar, pero este tribunal, mientras se ve esta

causa, ha estimado oportuno hacer una excepción en favor de los peludos. Rogamos al resto de las personas presentes que no se sientan vejadas por este hecho ni lo consideren discriminatorio.

—Señorías —intervino Coombes levantándose bruscamente y dando unos pasos alrededor de la mesa, cosa fuera de lugar dadas las nuevas normas vigentes en la vista—. Esta mañana he manifestado mi más rotunda disconformidad con el término usado por uno de los testigos y ahora debo protestar también por la utilización del mismo en esa mesa. He oído como estos peludos emiten sonidos que pudieran confundirse con palabras, pero no admito que se trate de lenguaje auténtico. En lo referente al truco de usar un encendedor, estimo que en menos de treinta días es factible que aprenda a hacerlo cualquier primate terrestre o cualquier kholph de Freya.

—Señorías —intervino el capitán Greibefeld—, durante los últimos treinta días, mientras estos peludos se hallaban en la base de Jerjes, hemos redactado un vocabulario de más de *un* centenar de palabras de las que usan los peludos, estableciendo los significados correctos de las mismas. Asimismo hemos compilado otra lista con muchas más palabras cuyo significado aún no hemos podido determinar correctamente. Se ha iniciado incluso la redacción de una gramática de la lengua de los peludos. En lo referente a lo que el señor Coombes denomina "truco del encendedor", Peludo (al que nosotros hemos denominado M-2 ignorando su nombre) ha aprendido a hacer eso por propia iniciativa y mediante la observación. Tampoco le hemos enseñado a fumar en pipa. Ya sabía hacerlo antes de que estuviera con nosotros.

Mientras Greibefeld estaba hablando, Jack se levantó para decir, en cuanto el oficial de la Marina Espacial concluyó su observación aclaratoria:

—Muchas gracias, capitán Greibefeld. Le estoy muy agradecido a usted y a los suyos por haber cuidado de los peludos y me complace comprobar que han logrado entender su lenguaje y hasta escuchar lo que no oíamos; pero ¿no podían ustedes haberme hecho saber que se encontraban sanos y salvos? Ya puede usted comprender que el mes transcurrido no ha sido muy dichoso para mí...

—Lo sé, señor Holloway, y por si le sirve de consuelo, le diré que estábamos muy preocupados por usted; pero aun sintiéndolo mucho no podíamos arriesgarnos a comprometer la seguridad de nuestro agente en el Centro Científico de la Compañía, que fue quien logró sacar del Centro a los peludos a la mañana siguiente de su huida.

Kellogg estaba sentado. La cara apoyada en sus manos y ajeno por completo a lo que allí sucedía; pero Leslie Coombes cambió su expresión equilibrada por otra de consternación, especialmente cuando Greibefeld prosiguió:

—Cuando usted, señor Holloway, junto con el señor Brannhard y el comisario Fane llegaron con la orden judicial para la recuperación de los peludos, éstos ya habían salido del Centro y se hallaban en una nave de desembarco espacial destinada a la base de Jerjes. No podíamos hacer nada sin comprometer a nuestro agente. Y celebro poder notificarle que ahora ya no hay razón para seguir actuando así.

—Bien, capitán Greibefeld —dijo el juez Pendarvis—. Supongo que nos presentará más testimonios sobre las observaciones y estudios hechos por su personal en Jerjes. Celebraría que para mejor constancia fuesen traídos aquí y me dijese cuándo y cómo llegaron a Jerjes los peludos.

—Naturalmente, y si su Señoría tiene la amabilidad de llamar a la persona cuyo nombre ocupa el cuarto lugar en la lista que le di a su Señoría... Ruego al tribunal me autorice a formular unas preguntas a esa persona a fin de poder demostrar lo que he afirmado.

El juez tomó una cuartilla de la mesa y leyó en voz alta:

—Teniente Ruth Ortheris, de la Reserva Naval de la Federación Terrestre.

Jack Holloway miró hacia la gran pantalla en la que se podía ver cuanto sucedía en la sala. Gerd van Riebeek, que había estado tratando de ignorar la presencia de aquella mujer situada a su lado, la miraba embobado y radiante de contento. Coombes, pálido, se quedó tieso como un cadáver; Ernst Mallín temblaba de miedo y a su lado Ben Rainsford hacía muecas de alegría. Cuando Ruth se adelantó para situarse frente a la mesa del tribunal, los peludos la ovacionaron, pues la recordaban y le profesaban afecto. Gus Brannhard agarró el brazo de Jack y dijo:

—¡Muchacho, esto es increíble! ¡Están listos!

La teniente Ortheris, bajo el globo azul límpido del verificador, declaró haber llegado a Zarathustra

====

acusar al doctor Rainsford y al señor Holloway de fraude científico deliberado.

—Señoría, debo objetar a eso —intervino Coombes levantándose—. Se trata de simples rumores.

—Pues esto constituye una parte del informe sobre la situación que facilitó a la teniente Ortheris nuestro servicio de inteligencia —replicó el capitán Greibenfeld—. Y este informe sobre la situación está basado en los datos que hemos recibido de otros agentes. Como comprenderá, ella no es el único agente de que disponemos en Zarathustra, y tenga presente, señor Coombes, que si usted vuelve a rechazar o hace alguna objeción al testimonio de este oficial, pediré al señor Brannhard que haga comparecer ante este tribunal a Víctor Grego y le interroge en público bajo verificación sobre este asunto.

—Y puedo asegurarle que estaré encantado de hacerlo —comentó en voz alta Gus Brannhard, mientras Coombes se sentaba refunfuñando.

—Bueno, teniente Ortheris —dijo el juez Ruiz, uno de los miembros del tribunal—, todo eso es muy interesante, pero ciñámonos a la cuestión de cómo llegaron a la base naval de Jerjes estos peludos.

—Verá, Señoría, yo traté de hacerlo lo más rápidamente posible. La noche del viernes veintidós, los peludos fueron sacados de casa del señor Holloway y llevados a Mallorysport. Mohamed O'Brien se los entregó a Juan Jiménez, quien los llevó al Centro Científico y los metió en unas jaulas que había en una habitación situada en la parte trasera de su despacho. Los peludos escaparon inmediatamente y yo logré encontrarlos a la mañana siguiente, consiguiendo sacarlos del edificio y así enviarlos al comandante Aelborg, que había llegado de Jerjes para hacerse cargo personalmente de la "operación peludos". No deseo testificar acerca de la forma en que lo conseguí. Era y soy todavía oficial de las Fuerzas Armadas de la Federación Terrestre, y los tribunales no pueden obligar a un oficial a hacer declaraciones que puedan atentarse contra la seguridad militar. De vez en cuando se me informaba a través de un enlace en Mallorysport de los progresos que se estaban haciendo en Jerjes de cara a determinar el nivel mental de los peludos. Alguna que otra vez formulé sugerencias sobre el particular. Cuando, en alguna ocasión, alguna de tales sugerencias se basaban en ideas del doctor Mallin, tuve buen cuidado de hacerlo constar así.

Mallin mostraba un aire singularmente despectivo. Brannhard se puso en pie y dijo:

—Antes de concluir con este testigo solicito se me autorice a preguntarle si sabe algo acerca de los otros peludos encontrados por Jack Holloway aguas arriba de Ferny Creek, el viernes pasado.

—Pues se trata de mis peludos. Estaba preocupada por ellos. Sus nombres: Complejo, Síndrome, Ego y Superego.

—¿Sus peludos, teniente?

—Bueno, yo los cuidé y trabajé con ellos. Juan Jiménez y otros cazadores de la Compañía los atraparon en el continente Beta. Los tenían en una estación agrícola a unos ochocientos kilómetros de aquí, hacia el norte. Dicha estación fue desalojada para poder albergarlos allí discretamente. Pasé todo mi tiempo con ellos y gran parte de ese tiempo también lo pasó allí el doctor Mallin; luego, el lunes por la noche, vino el señor Coombes y se los llevó.

—¿El señor Coombes? —repitió extrañado Gus Brannhard.

—En efecto, el señor Coombes, abogado de la Compañía. Dijo que en Mallorysport los necesitaban. Yo no supe hasta el día siguiente para qué los necesitaban aquí; ahora sé que lo que querían era soltarlos en plena batida para que alguien los matase...

Ruth miró a Coombes fijamente y, desde luego, si las miradas fueran proyectiles el abogado habría quedado más muerto que Kurt Borch.

—¿Y por qué iban a sacrificar a cuatro peludos simplemente para sostener una versión que iba a venirse abajo en cualquier momento? —preguntó Brannhard.

—No se trataba de sacrificarlos. Tenían que llevar cuidado con aquellos peludos y temían matarlos personalmente, no fuera que se les acusara de asesinato junto a Leonard Kellogg. Todos los que trataron a los peludos, desde el doctor Mallín para abajo, estaban convencidos de la racionalidad de estos seres. Por algo utilizamos esos auriculares nosotros también. Después de que me dieran la idea mis compañeros de Jerjes, lo sugerí. Pregúntenselo bajo veridicación al doctor Mallín. Pregúntenle acerca de los experimentos con el poliencefalógrafo multiordinal...

—Está bien. Ya sabemos cómo llegaron a Jerjes los peludos —dijo el juez Pendarvis—. En cualquier momento podemos escuchar la declaración de cualquiera de los testigos que trabajaron con ellos. Pero ahora veamos lo que tiene que decirnos el señor Mallín.

Coombes se puso en pie nuevamente y dijo:

—Antes de escuchar a ningún otro testigo ruego se me permita hablar privadamente con mi cliente.

—No veo la razón por la que debemos interrumpir el procedimiento con ese fin. Usted, señor Coombes, puede conferenciar con su cliente cuanto guste, al concluir esta sesión, y puedo asegurarle que hasta entonces no se le requerirá para que intervenga en su defensa —dijo el juez, y golpeando suavemente con el mazo sobre la mesa llamó a Mallín para oír su declaración.

15

Ernst Mallín se estremeció al oír su nombre. Parecía que le arrancasen el alma y no tenía el menor deseo de declarar. Hacía días que temía llegase aquel momento. Ahora no le quedaba más remedio que sentarse en aquella silla y responder a las preguntas sin poder faltar a la verdad por mor del globito que tenía sobre la cabeza...

Cuando el ujier le tocó en el hombro y le habla,, estaba convencido de que las piernas no iban a poder sostenerle. La distancia que le separaba de la silla le parecía kilométrica, tantos eran los rostros que le contemplaban desde todos lados. Llegó como pudo hasta la silla y le colocaron el casquete con los electrodos. En tiempos pretéritos se solía tomar juramento a los declarantes, pero ahora ya no era preciso hacerlo.

Tan pronto como se conectó el vindicador, leva», id la mirada hacia la gran pantalla situada detrás de la mesa de los jueces. El globo que tenía sobre la cabeza se puso a brillar con luz roja y en el auditorio se escuchó un murmullo de risas. Nadie mejor que él, en aquella sala, sabía lo que sucedía. Mallín tenía en su laboratorio pantallas capaces de distinguir las diferentes clases de impulsos: ondas regulares corticales, denominadas ondas alfa y beta, así como las ondas beta-aleph, beta-beth, beta-gimel y beta-daleth. Las ondas del tálamo. Pensó en todas aquellas clases de ondas y en los fenómenos electromagnéticos que acompañan a las actividades cerebrales. Al hacerlo, el globo se volvió de color azul. No iba a haber supresión ni sustitución de afirmaciones que sabía eran falsas. Si al menos pudiera seguir así la cosa, pensó..., pero más tarde o más temprano sabía que no lograría su propósito.

Mientras se limitó a decir en voz alta su nombre y sus datos profesionales, el globo permaneció de color azul. Al mencionar sus trabajos y publicaciones, un destello rojo atravesó el globo. Acababa de hacer mención de un informe que publicó como propio pero que en realidad se debía a uno de sus discípulos. Mallín se había olvidado, pero su conciencia seguía teniéndolo presente.

—Doctor Mallín —dijo el más anciano de los jueces—, dígame cuál es según su opinión general la diferencia mental entre un ser racional y otro que no lo es.

—La diferencia radica en la capacidad de pensar conscientemente —dijo mientras el globo seguía azul. —¿Afirma usted que los animales irracionales no tienen consciencia? ¿O cree que no piensan?

—Ni una cosa ni otra. Toda forma de vida con un sistema nervioso central tiene cierto grado de consciencia, como es el darse cuenta de la existencia, de lo que le rodea. Cualquier ser dotado de cerebro piensa, por decirlo de una forma amplia. Lo que yo quiero decir es que solamente las mentes racionales piensan y saben que están pensando.

Hasta aquí todo marchó bien. Habló de estímulos sensoriales y sus respuestas, así como de los reflejos condicionados. Se remontó al siglo I de la era preatómica y habló de Paulov, Korzybski y Freud. El globo mantuvo su color azul.

—El animal irracional solamente es consciente de lo que sus sentidos le ofrecen como inmediatamente presente y su respuesta es automática. Percibe algo y formula una explicación simple, como puede ser "esto me proporciona placer sexual", "esto es peligroso". En cambio la mente racional se da cuenta de que está pensando sobre tales estímulos y formula explicaciones descriptivas de los mismos e incluso explicaciones de tales explicaciones, encadenándolas.

"La mente racional —continuó Mallín— es capaz de generalizar. Para el animal irracional cada experiencia resulta o bien absolutamente nueva o idéntica a otra anterior que recuerda. Así, un conejo huirá de un perro porque, para la mentalidad del conejo, el perro es idéntico al que tiempo atrás trató de alcanzarle. Un pájaro puede sentirse atraído por una fruta y cada fruta será para él algo singular, rojo, que está ahí para ser picoteado. El ser racional se dirá: «Estas cosas son manzanas y pertenecen a una clase de cosas comestibles y aromáticas». Acaba de efectuar una clasificación bajo la denominación general de manzanas. Esto a su vez lleva a la formulación de conceptos abstractos como coloración, aroma, sabor, etc., conceptos distintos del objeto físico específico. Asimismo se llega a una ordenación de las abstracciones, pues el concepto fruta es distinto del concepto manzana, y el de comida es también distinto del de fruta.

El globo continuaba azul, los jueces aguardaban escuchando a Mallín, que prosiguió:

—Una vez se han formado estas ideas abstractas hace falta simbolizarlas a fin de operar con ellas independientemente del objeto real. El ser racional simboliza y comunica símbolos y es capaz de transmitir sus ideas a otros seres racionales en forma de símbolos.

—¿Como en el caso de "Pa-pa Jaak"? —preguntó otro de los jueces de la mesa mientras en aquel momento el globo comenzaba a enrojecer.

—Señorías, no me es posible considerar como ejemplos las palabras recogidas al azar y aprendidas por repetición maquinal. Los peludos se han limitado a asociar esos sonidos con un ser humano concreto y lo utilizan como una señal, no como símbolo.

Como el globo seguía rojo, el juez Pendarvis golpeó con el mazo y dijo:

—¡Doctor Mallín! Usted es el más indicado en este planeta para saber que es imposible mentir cuando se está declarando con la ayuda del verificador. La mayoría de la gente sabe solamente que no es posible mentir, pero usted precisamente sabe además por qué no se puede mentir. Voy a formularle de nuevo la pregunta que mi colega el juez Janiver le ha hecho, y espero que la responda con veracidad. De no hacerlo así lo calificaré como contumacia. Cuando aquellos peludos gritaban "Pa-pa Jaak", ¿cree usted que utilizaban una expresión verbal para designar al señor Holloway o no?

Le resultaba imposible decirlo porque ese tipo de racionalidad era un simple bulo, o al menos así tenía que creerlo. Los peludos eran solamente unos animales pequeños e irracionales...

Pero no obstante él mismo no lo creía así. Ahora lo sabía. Tragó saliva un momento y respondió:

—Sí, Señoría. La expresión "Pa-pa Jaak" es en sus mentes un símbolo que representa al señor Holloway.

Miró hacia el globo y vio que su tono se iba volviendo malva, pasando luego a violeta y de aquí a un azul estable. Mallín comenzó a sentirse bien, mucho mejor de lo que se había sentido desde que aquella tarde le hablara de los peludos el señor Kellogg.

—Entonces los peludos ¿piensan conscientemente, doctor Mallín?

—Sí, claro. El hecho de que utilicen símbolos verbales lo indica por sí solo, incluso sin otra clase de evidencia. La prueba instrumental fue de lo más impresionante. Las gráficas mentales obtenidas mediante la encefalografía se pueden comparar con las de un ser humano de diez o doce años de edad, lo mismo que su capacidad para aprender y para resolver rompecabezas. En los

rompecabezas lo primero que hacen es averiguar de qué se trata y luego efectúan el trabajo mecánico.

El globo permanecía azul. Mallin había dejado de mentir; ahora se limitaba a ir soltando todo lo que llevaba dentro.

Leonard Kellogg se había derrumbado. Tenía la cabeza metida entre los brazos y permanecía de bruces sobre la mesa, la vergüenza le subía en oleadas a la cabeza:

"Soy un asesino. He matado a una persona; a alguien pequeñito de cuerpo peludo, pero que era una persona y yo lo sabía cuando la maté. Lo supe cuando encontré la pequeña tumba en el bosque. Me han metido en esta silla y me han obligado a confesarlo públicamente. Ahora me van a sacar de aquí para meterme en una celda hasta que alguien me agujeree la cabeza de un balazo y... aquel pobre ser solamente pretendía enseñarme el colgante de su cuello."

—¿Quiere alguien formular alguna otra pregunta al testigo?

—Yo, no, Señoría —dijo el capitán Greibenfeld—, ¿Y usted, teniente?

—No; creo que no —dijo el teniente Ybarra—. El doctor Mallin nos ha dado una muestra muy clara de sus opiniones.

Efectivamente lo había hecho, al menos después de percatarse de que no podía engañar al verificador. Jack se dio cuenta de que empezaba a sentir cierta simpatía por Mallín. Desde un principio se le había atragantado aquel tipo, pero ahora lo veía distinto, como si se hubiera purificado y aseado por dentro. Quizá todos necesitésemos pasar de vez en cuando por el verificador para demostrar que la honradez ha de comenzar por uno mismo,

—¿Señor Coombes? —La cara que puso Coombes indicaba claramente que no tenía la menor intención de interrogar en su vida a un testigo—. Señor Brannhard, ¿y usted?

Gus se puso en pie con un miembro racional de una raza de seres racionales colgándole de la barba y le dio las gracias más efusivas a Mallín,

—En vista de las circunstancias, la sesión queda aplazada hasta las cero nueve cien de mañana. Y ahora, señor Coombes, tengo aquí un cheque de la Compañía Concesionaria Zarathustra por veinticinco mil créditos. Se lo entrego y con ello queda cancelada la fianza del doctor Kellogg.

Mientras decía esto, un par de ujieres comenzaron a quitar del verificador a Mallín.

—¿Cancela Su Señoría también la fianza del señor Holloway?

—No, señor Coombes, pero le ruego que no haga usted de ello un problema. La única razón por la que se ha sobreseído todavía el proceso contra el señor Holloway es que no deseo perjudicarle privándole de participar en la acusación. No considero que el señor Holloway constituya un riesgo en cuanto a la fianza, mientras que su cliente sí.

—Hablando con franqueza, Señoría, yo también lo creo —admitió Coombes—. . Mí protesta era lo que pudiéramos llamar un simple reflejo condicionado.

Momentos después había un grupo de personas abrazándose unos a otros: Ben Rainsford, George Lunt y sus policías, Gerd y Buth..

—Dentro de un rato estaremos en el hotel, Jack —dijo Gerd—. Ruth y yo vamos a beber y a comer algo juntos; luego pasaremos a recoger a sus peludos.

Ahora resultaba que su compañero había recuperado a su chica y que la chica había recuperado a su propia familia de peludos. La cosa parecía que iba a ser

divertida. Sus nombres. ¡Ah, sí...! Síndrome, Complejo, Ego y Superego. A eso algunas personas les llamaban peludos...,,

16

Dejaron de hablar en voz baja, volvieron hacia la derecha y subieron a la mesa como si fueran en una procesión. Primero pasó el juez Ruiz, luego Pendarvis y después Janiver. Se volvieron hacia la pantalla de modo que el público pudiera verles la cara y luego se sentaron. El locutor del tribunal comenzó la lectura. La tensión en la sala era casi palpable. Yves Janiver susurró:

—Todos lo saben.

Tan pronto como el vocero calló, el comisario Max Fane se acercó al tribunal con el rostro inexpresivo:

—Señorías. Confieso avergonzado que el acusado, Leonard Kellogg, no puede presentarse ante este tribunal. Está muerto. En su celda, la noche pasada, se quitó la vida. —Y añadió amargamente—: El suicidio tuvo lugar hallándose bajo mi custodia.

El revuelo que reinaba en la sala no era precisamente el de un hecho inesperado y sorprendente, sino de expectación. Todo el mundo lo sabía.

—¿Cómo sucedió, señor comisario? —preguntó el juez en tono lo menos severo que pudo.

—El detenido entró en la celda por su propio pie. Había un visor y uno de mis hombres le mantenía vigilado a través de la pantalla. A las veintidós treinta —explicó el comisario con voz inexpresiva, cual si se tratase de un robot— se metió en la cama. Llevaba la camisa puesta y se cubrió con las mantas hasta taparse la cabeza con ellas. Aquello no hizo sospechar nada al vigilante. Muchos prisioneros hacen lo mismo para protegerse de la luz. Se movió un poco y luego pareció quedarse dormido. Esta mañana, cuando entró un guardia a despertarlo, encontró la colchoneta, bajo las mantas, llena de sangre. Kellogg se había cortado la yugular moviendo arriba y abajo, como una sierra, el canto de la cremallera de su camisa. Estaba desangrado.

—¡Dios mío! —exclamó sorprendido el juez, que por la manera de expresarse el comisario creyó que el detenido había ocultado un cortaplumas y pensaba echar una buena reprimenda a Fane por no haberlo registrado bien. Su impresión fue tal que sentía en su propio cuello los dientes de la cremallera, y añadió—: No creo que se le pueda censurar por no haber previsto una cosa así. Me parece que a nadie se nos hubiera ocurrido...

Janiver y Ruiz cambiaron impresiones mostrándose de acuerdo con el juez Pendarvis. El comisario hizo una leve inclinación de cabeza y se hizo a un lado.

Leslie Coombes, que parecía estar haciendo un gran esfuerzo para mostrarse contrariado y sorprendido, se puso en pie:

—Señorías: estoy sin mi cliente. Me siento aquí sin finalidad alguna; la causa contra el señor Holloway resulta del todo insostenible. Mató a un hombre que trataba de matarle a él y eso es todo. Por lo tanto ruego a Sus Señorías el sobreseimiento de esta causa y pido se deje de tenerlo bajo custodia.

—Señorías: me doy perfecta cuenta —dijo el capitán Greibefeld poniéndose en pie— de que el acusado está todavía bajo la jurisdicción de este tribunal, pero permítaseme señalar el hecho de que tanto yo como quienes me acompañan estamos aquí para tratar de determinar la clasificación de este planeta y para que se dicte una definición de lo que es la racionalidad. Estas son dos cuestiones muy serias.

—Pero, Señorías. ¡No irán a juzgar a un muerto! —protestó Coombes—. ¡Sería una farsa!

El honorable señor Gustavus Adolphus Branahard interrumpió la protesta con una cita de jurisprudencia :

—"Caso A. E. seis cero cuatro. Cargos: incendio provocado y sabotaje; demandante: el pueblo de la Colonia de Baphomet contra el demandado Jamsha? Singh, fallecido."

Efectivamente, en las leyes coloniales se pueden encontrar casi toda clase de precedentes.

Jack Holloway estaba en pie. En sus brazos tenía un peludo y su blanco bigote estaba erizado en forma espectacular.

—Señorías, yo no estoy muerto —dijo— y estoy aquí en este juicio. La razón de que no esté muerto es la causa de mi presencia aquí. Mi defensa es que disparé contra Kurt Borch mientras contribuía e instigaba a la muerte de un peludo. Deseo que ante este tribunal quede establecido que el matar a un peludo es cometer un crimen.

—No pretendo sobreeser los cargos contra el señor Holloway —dijo el juez—. Al señor Holloway se le ha acusado de crimen y por tanto, si no es culpable, merece que así se reconozca públicamente en sentencia firme; por lo tanto, señor Coombes, me temo que tendrá que continuar el caso con la afirmación.

Hubo otro revuelo en la sala. Parecía un soplo de brisa en un campo de grano. Después de todo, el espectáculo iba a seguir.

Aquella mañana comparecieron en la sala todos los peludos: los seis de Jack y los cinco del puesto de policía, además de Flora y Fauna y de los cuatro que Ruth tenía a su cargo. La discusión era demasiado fuerte para que nadie se fijase en ellos. Uno de los peludos de la policía, posiblemente Dillinger o doctor Crippen, ayudado por Fauna y Flora, saltaron al espacio que había entre las mesas y el tribunal. Arrastraban la manguera de un aspirador de polvo. Ahmed Khandra se agachó metiéndose bajo una mesa y trató de quitarles la manguera de vacío. Pero algo insólito y divertido iba a suceder: al ver esto, se colocaron todos en un extremo de la manguera y comenzaron a tirar de ella. En su ayuda acudieron Mike, Mitzi, Superego y Complejo. El policía fue arrastrando unos tres metros hasta que soltó la manguera y se dio por vencido. Al propio tiempo, en las mesas del extremo tuvo lugar un conato de riña entre el director de la sección de idiomas de la Academia de Mallorysport y una solterona aficionada a la fonética. En aquel momento el juez Pendarvis pensó que cuando uno no puede evitar hechos así, lo mejor que se puede hacer es relajarse y disfrutar de ellos, por eso golpeó con el mazo varias veces y declaró aplazada la sesión.

—Todos ustedes se quedarán aquí. No se trata de la sesión, de manera que si alguno de los distintos grupos que parecen estar discutiendo los varios aspectos del problema llega a una conclusión que crean debe presentarse como prueba, les ruego que tengan la bondad de comunicarlo a la mesa para que pueda reanudarse la sesión. En cualquier caso, a las once treinta se reanudará la sesión.

Como alguien deseó saber si se permitiría fumar durante aquel tiempo, el juez decidió que, efectivamente, se podría fumar. Y sacando un cigarro lo encendió. Mamá peludo quiso dar una chupada, pero no le gustó. Mike, Mitzi, Flora y Fauna estaban correteando por los escalones de la parte trasera de la mesa del tribunal, y cuando Jack volvió a mirarlos estaban encima de la mesa. Mitzi enseñaba a uno de los jueces el contenido de su macuto. Se levantó con mamá peludo y con Peludito y se dirigió hacia donde estaba sentado Leslie Coombes. Alguien trajo entonces una cafetera de la cafetería de la Audiencia.

Indudablemente la aparición de peludos ante los tribunales debería ser un acontecimiento más frecuente.

El mazo sonó lentamente sobre la mesa. Paludo saltó al regazo de Jack Holloway. A los cinco días de sesiones habían aprendido que aquello indicaba para los peludos y para toda la gente que había que estarse callado y quieto. Cuando volviera a casa, pensó Jack, no sería mala idea hacerse con un mazo y tenerlo siempre a mano en la mesa de la sala de estar para cuando aquella familia alborotase demasiado. Peludito no estaba todavía muy bien educado ni acostumbrado al mazo y seguía en el suelo; su madre lo recogió y le hizo meterse bajo la mesa.

Aquello volvía a parecer un juzgado. Las mesas estaban dispuestas en fila mirando hacia la mesa del tribunal, y tanto la silla de los testigos como el estrado del jurado volvían a estar situados en su lugar habitual. Tanto las cafeteras como los ceniceros y los termos para las bebidas habían desaparecido. Parecía que la amigable reunión se había acabado. Casi daba pena, porque la cosa había sido entretenida, especialmente por lo que a los diecisiete peludos, un peludito y un gato blanco y negro respectaba.

Pero algo nuevo había: en la mesa se podía ver ahora un cuarto hombre, de uniforme negro y con entorchados. Estaba sentado un poco separado de los jueces y como si la cosa no fuese con él. Era el comodoro del espacio Alex Napier.

El juez Pendarvis dejó el mazo y dijo:

—Señoras y caballeros, ¿están ustedes preparados para presentar sus conclusiones?

El teniente Ybarra, psicólogo de la Marina, se puso en pie conectando una pantalla de lectura que tenía delante y comenzó:

—Señorías, si bien todavía hay considerables diferencias de opinión en cuestiones de detalle, en los puntos fundamentales hemos llegado a un acuerdo.

Se trata de un informe muy extenso incorporado al sumario. Si se me autoriza voy a resumirlo.

Una vez concedido el permiso, Ybarra miró hacia la pantalla y prosiguió:

—En nuestra opinión, los seres racionales puede decirse que se distinguen de los irracionales en lo que llamaríamos pensamiento consciente, aptitud para pensar en secuencia lógica y en términos distintos de los datos sensibles. Nosotros, los miembros de las razas racionales, pensamos conscientemente y sabemos que pensamos. No quiere decir esto que toda nuestra actividad mental sea consciente. Las ciencias psicológicas se basan en gran parte en la percepción del hecho de que solamente una pequeña parte de nuestra actividad mental tiene lugar a nivel de consciencia. Ya desde hace siglos se ha representado nuestra mente como un iceberg, del que una décima parte sobresale de la superficie y el resto queda oculto bajo ella. El mérito de la psiquiatría consiste en gran medida en hacer consciente parte del contenido de estos nueve décimos que siguen sumergidos, y como profesional de esta rama puedo asegurar que el hacerlo es difícil y no muy seguro.

"Estamos tan acostumbrados al pensamiento consciente que cuando llegamos a una conclusión a través de un proceso inconsciente, decimos que se trata de un presentimiento o de una intuición, y por lo tanto ponemos en duda la validez de tal conclusión. Asimismo, estamos tan habituados a actuar conforme a decisiones, conscientemente formadas, que nos vemos obligados a adquirir laboriosamente, mediante el adiestramiento sistemático, aquellas respuestas automáticas de las que depende nuestra supervivencia en el combate o en otra contingencia cualquiera. Somos tan naturalmente ajenos a esta extensa zona mental que se halla sumergida, que no fue hasta el siglo i de la era Preatómica que

se comenzó a sospechar vagamente su existencia, siendo su naturaleza, todavía hoy, objeto de fuertes polémicas profesionales.

Algunas de esas polémicas habían tenido lugar en los cuatro días anteriores.

. —Describiendo la mente racional como un iceberg —prosiguió—, podemos imaginar que la mente irracional es como la luz del sol que su superficie refleja. Naturalmente, la analogía es mucho menos exacta; aunque la mente irracional no trata, conscientemente, sino con datos sensibles en presente, hay una considerable absorción y reemisión de recuerdos subconscientes. También tenemos reflejos momentáneos de lo que debiera ser actividad mental consciente al afrontar una nueva situación. El doctor Van Riebeek, que está particularmente interesado en el aspecto evolutivo de la cuestión, insinúa que la introducción de una innovación a causa de severos cambios del entorno puede haber forzado a los seres irracionales a una forma más o menos consistente de pensamiento consciente, iniciándose así unos hábitos mentales que con el tiempo pudieran dar lugar a la aparición de la auténtica racionalidad.

"La mente racional no solamente piensa conscientemente por costumbre, sino que lo hace en secuencia encadenada. Asocia una cosa a otra. Razona lógicamente y saca conclusiones, utilizando tales conclusiones como premisas con las que llegar a ulteriores conclusiones. Va agrupando estas asociaciones y generaliza. En este punto rebasamos ampliamente a los irracionales. No se trata de pensar más o de tener mayor consciencia, se trata de pensar de una forma radicalmente distinta. La mente irracional trata exclusivamente con un material puro y simplemente sensorial. La mente racional traduce las impresiones sensoriales en ideas y forma luego lo que pudiéramos llamar ideas de ideas, en órdenes ascendentes de abstracción, casi ilimitadamente.

"Esto nos lleva a una de las manifestaciones evidentes de la racionalidad. El ser racional es un utilizador de símbolos. Los seres irracionales no pueden simbolizar porque la mente irracional es incapaz captar conceptos más allá de las puras imágenes seriales.

Ybarra bebió un poco de agua y movió el dial de su pantalla de lectura con la otra mano, continuando:

—El ser racional puede hacer algo más. Es una combinación de las tres aptitudes citadas, pero combinándolas crea algo mucho más grande que la simple suma de las partes. El ser racional puede imaginar, puede tener concepto de algo que no existe *en* el mundo real de lo sensible y entonces se afana y planifica para convertirlo en una parte de la realidad. Así no sólo puede imaginar, sino crear. Esta es, pues, nuestra definición de racionalidad. Cuando encontramos un ser cualquiera cuya mente posee estas características podemos reconocer en él a un hermano en racionalidad. Y la opinión de los aquí reunidos es que los seres llamados peludos son seres racionales.

Jack apretó al pequeño ser racional que tenía en su regazo y Peludo levantó los ojos y murmuró:

—¿He-inta?

—Ya estás dentro, muchacho; *ya* eres una persona.

El teniente Ybarra continuaba hablando;

—Piensan en forma consciente y continua. Lo sabemos por el estudio de sus encefalogramas, comparables a los que se obtienen de niños de diez años aproximadamente. Piensan en secuencia conexas. Me permito invitar a que se consideren la totalidad de los distintos escalones lógicos que intervienen en la Invención, diseño y construcción de sus armas-herramientas y en el desarrollo de instrumentos con los que realizarlas. Tenemos abundantes pruebas de su capacidad de generalización, de abstracción y de simbolización. Pero, además, pueden

imaginar no solamente una nueva herramienta, sino un nuevo modo de vida. Esto podemos observarlo en el primer contacto humano con esta raza que propongo sea denominada *peludo sapiens*. Peludo encontró un extraño lugar en el bosque, un maravilloso lugar distinto a cualquier otro que hubiera conocido anteriormente. Imaginó que vivía en él, disfrutando de la amistad y la protección de un ser misterioso. Así entró, se hizo amigo de Jack Holloway y vivió en su compañía. Luego imaginó a su familia compartiendo estas magníficas comodidades y la amistad con él y se fue a buscarlos para llevarlos allí. Lo mismo que otros muchos seres racionales, Peludo tuvo un sueño magnífico, y como unos pocos afortunados logró hacerlo realidad.

El juez dejó que los aplausos atronasen la sala unos momentos antes de imponer silencio con su mazo. Entre los jueces hubo un breve coloquio y Pendarvis tuvo que hacer sonar de nuevo su mazo. Peludo estaba perplejo; todo el mundo se había callado a la primera

—Por decisión unánime de este tribunal se acepta el informe que consta en acta y que ha sido resumido por el teniente Ybarra, felicitándole a él y a sus compañeros por su valiosa colaboración.

"Asimismo, este tribunal decide que la especie conocida como *Peludo Peludo Holloway Zarathustra* es una raza de seres racionales merecedora del respeto de las demás razas racionales y amparada por la Ley de la Federación Terrestre.

El comodoro Napier se inclinó hacia adelante y murmuró algo a lo que los otros jueces asintieron enfáticamente. Poniéndose en pie dijo:

—Teniente Ybarra, le felicito en nombre del Servicio y de la Federación Terrestre y les agradezco a usted y a sus colaboradores el magnífico y claro informe que han redactado y que les honra. Deseo también hacer constar que la sugerencia hecha por el teniente Ybarra acerca de la posibilidad de detección de racionalidad por medios instrumentales consta en mi informe como idea suya y en él recomiendo que el Departamento de Investigación y Desarrollo le dé prioridad. Es posible que la próxima vez que encontremos a alguien que hable con sonidos distintos de los que nuestro oído puede captar, que tenga la piel peluda, que viva en un clima templado y le guste comer las cosas crudas, sepamos desde un principio lo que es.

Jack pensó, lo deseó vehementemente, que al teniente Ybarra le correspondía un ascenso y un destino mejor que el que desempeñaba actualmente. El juez Pendarvis volvió a golpear con el mazo:

—Casi se nos olvidaba: como se trata de un caso criminal, es el veredicto de este tribunal declarar que el acusado, Jack Holloway, es inocente de los cargos que se le han imputado, dejando de estar bajo custodia a partir de este momento. Si él o su abogado quieren subir hasta la mesa se les reembolsaré la fianza.

A Peludo le extrañó que el juez martillease en la mesa antes y después de cada intervención, tal como había hecho ahora para levantar la sesión.

En esta ocasión, en vez de guardar silencio, todo el mundo se puso a hacer todo el ruido que pudo y el tío Gus lo levantó en hombros mientras gritabas

—¡Este es el vencedor por decisión unánime!

17

Ruth Ortheris dio un sorbo al agridulce cóctel frío. Estaba muy bueno, ibuenísimo! Todo era estupendo, la música suave, la luz tenue, las mesas bastante separadas unas de otras. Sólo estaban allí Gerd y ella y nadie les prestaba atención. Ya no estaba metida en aquella clase de trabajo, pues siempre que un agente ha de comparecer ante los tribunales, ya se sabe que hay que prescindir de él, lo mismo que se prescinde del cartucho que ha sido disparado ya. Ciertamente la volverían a llamar dentro de un año, para responder a las preguntas de la comisión investigadora que llegaría de la Tierra; pero para entonces ya no sería el teniente de la Reserva Naval Ruth Ortheris, sino la señora Van Riebeek. Dejó el vaso y frotó la piedra solar que adornaba su dedo. Aquello significaba algo muy íntimo y querido.

—Ahora resulta que cuando nos casemos tendremos ya una familia lista, compuesta por cuatro peludos y un gato.

—Pero ¿de veras quieres irte a vivir a Beta? — preguntó Gerd—. Cuando el comodoro Napier organice este nuevo gobierno me haré cargo del Centro Científico. Podremos trabajar de nuevo en nuestros puestos, aunque quizá haya empleos mejores...

—¿No querrás volver a lo mismo? —El meneó la cabeza—. Pues tampoco yo. Lo único que quiero es marcharme a Beta y convertirme en la esposa de un buscador de piedras solares.

—Y en especialista en "peludología".

—Efectivamente, no puedo prescindir de la peludología, Gerd; únicamente estamos empezando. Ho sabemos prácticamente nada de su psicología...

—¿Sabes que podría ser que resultasen más inteligentes que nosotros? — dijo él con un gesto de seriedad.

Ella se echó a reír.

—¡Vamos, Gerd! No nos preocupemos demasiado de eso. Son igual que chiquillos. ¡Solamente piensan en divertirse!

—Tienes razón. Ya dije que eran más inteligentes que nosotros. Sólo se preocupan de lo que es importante —comentó fumando silenciosamente un instante—. Pero no se trata sólo de su psicología; resulta que tampoco de su biología sabemos gran cosa... Mira, tenemos dieciocho peludos en total. Diecisiete adultos y una cría. ¿Cuál es la proporción? En cuanto a los que vimos por el bosque, la proporción venía a ser por el estilo... En números redondos, por cien o cincuenta adultos sólo había unas diez crías...

—Quizá han crecido en un año —comentó Ruth.

—¿Sabes de alguna raza racional cuyo período de maduración sólo dure un año? Te apuesto lo que sea a que tardan de diez a quince años en hacerse adultos. Peludito no ha ganado ni trescientos gramos en este último mes. Y ahora otro enigma: la afición que han tomado a la ración del tipo III, que salvo por su contenido en cereales, todo lo demás que contiene es puramente sintético. Yo se lo dije a Ybarra y él me dijo que a lo mejor alguno de los ingredientes creaba hábito.

—O a lo mejor suple alguna deficiencia dietética,,

—Bueno, ya lo averiguaremos —dijo escurriendo la coctelera sobre el vaso—. ¿Crees que nos sentará mal otro cóctel antes de cenar?

El comodoro Napier se sentó en el despacho que fuera de Nick Emmert y miró al hombrecillo de patillas pelirrojas y traje astroso que le miraba asustado:

—Por Dios, comodoro, no será en serio, ¿verdad?

—Le estoy hablando en serio, doctor Rainsford.

—Entonces usted es tonto —dijo sin poder contenerse Rainsford—. Yo estoy tan capacitado para que me nombren gobernador general como para que me den el mando de la base naval de Jerjes. ¡Pero si además nunca he ejercido un cargo administrativo *en mi vida!*

—Eso pueden ser puntos a su favor. Usted va a sustituir a un veterano administrador...

—Pero si ya tengo un empleo... En el Instituto de Ciencias Zeno.

—Creo que, dadas las circunstancias, se sentirás muy honrados dándole permiso para asumir el cargo. Precisamente usted, doctor, es la persona idónea para este puesto. Es ecólogo y conoce mejor que nadie los perjuicios que pueden derivarse de alterar el equilibrio de la naturaleza. La Compañía Zarathustra cuidaba del planeta cuando ella lo explotaba en su totalidad, pero ahora que el noventa por ciento de su superficie es de propiedad pública comenzará a venir gente de todas partes, para intentar hacerse ricos lo antes posible. Por eso necesito a alguien que, como usted, sepa controlar las cosas convenientemente.

—Sí, claro, una especie de delegado de conservación o algo así... Para eso sí creo que estoy cualificado.

—Y para gobernador general. Su tarea será política ; la administrativa puede usted encargarla a otros, —¿A quiénes, por ejemplo?

—Usted va a necesitar a un fiscal general y ¿quién se le ocurre que iría bien para ese puesto?

—Gus Brannhard naturalmente —respondió en seguida Ben.

—Bien y, aunque la cuestión es puramente retórica, ¿a quién nombraría usted para delegado de asuntos indígenas?

Jack Holloway estaba de regreso hacia el continente Beta en el aerocoché de la policía. Oficialmente, era el delegado para asuntos indígenas Jack Holloway, y su estado mayor lo componían Peludo, Cenicienta, mamá peludo, Peludito, Mike, Mitzi y Ko-Ko, aunque estos últimos no sabían que formaban parte del equipo oficial.

Realmente, tampoco a Jack le apetecía desempeñar un cargo así.

—¿Te gustaría un buen destino, George? —preguntó al teniente Lunt.

—Tengo ya un buen destino.

—Pero éste sería mejor. Con el grado de comandante, dieciocho mil créditos al año... Fuerza para la Protección de los Nativos. Además no perderías antigüedad en la policía, el coronel Ferguson te daría licencia indefinida...

—Ya me gustaría, Jack, pero no deseo dejar a mis peludos y no puedo tampoco separarlos del resto de mi gente.

—Tráelos contigo. Estoy autorizado a que la policía me preste hasta veinte de sus hombres como cuadro de instrucción y tú solamente dispones de dieciséis. Tus suboficiales tendrán el grado de oficial y los números ascenderán a suboficial... Para empezar vamos a contar con una fuerza de centenar y medio de hombres.

—Sin duda crees que los peludos necesitan mucha protección, ¿no?

—La necesitarán. Todo el territorio entre las cordilleras y la sierra de la costa oeste va a convertirse en reserva de peludos y tendrá que ser vigilada. Además habrá que proteger a los peludos que se hallen fuera de esa zona. Ya sabes lo que va a pasar. Todo el mundo quiere peludos; incluso la esposa del juez Pendarvis me pidió un par. Habrá cuadrillas de gente intentando cazarlos para venderlos, y no te extrañe que empleen gases anestésicos o cualquier cosa así. Tendré que montar una oficina de adopción, de la que se encargará Ruth; eso requerirá bastantes investigadores...

Parecía que iba a ser un trabajo pesado, y los cincuenta mil créditos que iba a ganar eran una minucia comparados con lo que iba a perder al abandonar las excavaciones... Pero alguien tenía que hacerlo y los peludos eran algo de lo que se sentía responsable.

¿O acaso no había acudido a los tribunales para demostrar su racionalidad?

Ya estaban camino de casa, camino de aquel Lugar Maravilloso. Desde aquella noche en que los metieron en los sacos habían visto muchos sitios estupendos; aquel sitio en el que todo eran luces y donde se sintieron tan ligeros, tan ligeros que podían saltar hasta alturas insospechadas, y el sitio en el que habían encontrado a sus otros congéneres y tanto se habían divertido. Pero ahora volvían al viejo Lugar Maravilloso, en los bosques, allí donde todo había comenzado.

Habían encontrado a muchos "mayores". Algunos de estos "mayores" eran malos, pero sólo una minoría. La mayor parte de los "mayores" eran buenos. Incluso el que había matado se arrepintió de haberlo hecho, al menos eso creían. Los otros "mayores" se habían llevado al que mató y no se le volvió a ver.

Había hablado de ello con los demás, con Flora y Fauna, con doctor Crippen, Complejo, Superego, Dillinger y Lizzie Borden. Ahora iban todos a vivir en compañía de los "mayores" y tendrían que utilizar aquellos nombres tan graciosos que les habían puesto. Seguramente algún día comprenderían el significado de aquellos nombres y probablemente sería divertido. Además, ahora que sabían que poniéndose unas cositas en los oídos los "mayores" podían escuchar todo lo que decían, papá Jack aprendería palabras de los peludos y éstos de la lengua de papá Jack.

No pasaría mucho tiempo sin que todos encontraran "mayores" con quienes vivir y con quienes divertirse. Los cuidarían y se profesarían mutuo afecto» Además, los "mayores" les darían aquella "comida maravillosa", y cuidándolos seguramente no se les morirían tantos hermanitos pequeños y vivirían más tiempo. Los peludos, con su afecto, harían felices a los "mayores", y luego, cuando aprendieran el modo de hacerlo, les ayudarían en lo posible.

FIN